MEGAN MAXWELL

ELLA ES TU DESTINO

Click EDICIONES

Índice

Portada
Índice
Parte 1
Parte 2
Biografía
Créditos

Parte 1

Saltando por encima de pedruscos afilados, Lidia, una cazarrecompensas fuerte y de piernas musculosas, corría dispuesta a dejarse la vida por alcanzar al hombre que habían ido a buscar. *Dracela*, su dragón alado, pasó volando a escasos metros por encima de ella.

—¡Yo iré por la derecha! —gritó Lidia—. Le cortaré el paso allí.

—De acuerdo —asintió Gaúl, su compañero.

Sin quitarle ojo, Lidia observó cómo aquel al que perseguían sabía lo que se hacía, pero al vislumbrar sangre en su costado supo que estaba herido. Eso la hizo sonreír. Aquella herida sangrante significaba que sería suyo.

Con la espada en una mano y la daga en la otra, llegó a lo alto de una roca al final del camino y se abalanzó sin miedo sobre su presa, un individuo llamado Bruno Pezzia.

Días antes, Lidia y Gaúl habían desembarcado de la goleta *Rizalpilla* en el puerto de Perla, tras surcar el mar de Banks y conseguir rescatar a la hija de un terrateniente de Londan. La recompensa que dicho terrateniente les había prometido por recuperar a su hija sana y salva, que había sido raptada por un comerciante egipcio en Feire, les ofrecía la oportunidad de continuar con su particular misión: encontrar a Dimas Deceus y vengar las muertes de sus familiares más queridos.

Pero el hermano del terrateniente les encomendó un nuevo encargo, al que no pudieron negarse. Debían encontrar a un ladrón llamado Bruno Pezzia, que se les había escapado pocos días antes. Y ése era precisamente el hombre que estaba ahora inconsciente en el suelo, con sangre en el costado, y al que Lidia amordazaba ya con maestría.

—Buen trabajo, jefa —sonrió Gaúl al llegar a su altura.

—Gracias —asintió ella—. Pero ha sido *Dracela* quien ha derribado al ladrón, no yo.

Gaúl miró al hombre que yacía inmóvil en el suelo y, al agacharse, vio que era joven y que, por los golpes en su rostro y la sangre en su costado, parecía haber sufrido una violenta tortura. Al ver cómo su compañero miraba al individuo, Lidia le espetó:

—Si quieres curar su costado, ¡cúralo!, pero no quiero oír ni un solo comentario. No me interesa cómo se hizo esos moratones, ni cómo se partió el labio. Cobraremos la recompensa y fin del asunto.

—Parece un tipo gallardo —murmuró *Dracela* con su voz profunda y adragonada—. Creo que las mujeres de tu especie lo considerarían un hombre apuesto y agradable de mirar.

Gaúl y la dragona se miraron y sonrieron.

—Me da igual lo que piensen las mujeres —bufó Lidia—. Para mí, este hombre es una simple mercancía. —Y, mirando a la dragona, añadió tras atarle al hombre las manos a la espalda —: *Dracela*, si tanto te gusta, disfrútalo antes de que lo entreguemos a su dueño.

—Un resoplido mío y lo carbonizo —se mofó la dragona—. Mejor no.

Diez minutos después, Gaúl cargó al individuo sobre uno de los caballos y todos se dirigieron hacia el camino del Sauce cansados del viaje. Harían noche cerca del arroyo.

Amanecía. El bosque despertaba de la quietud de la noche. Los pájaros comenzaban a trinar y los conejos corrían de un lado para otro en busca de comida para sus crías. El sol anaranjado iluminó sin piedad el rostro de Lidia, que intentaba descansar enroscada en su manta junto a una enorme roca.

—Maldita sea, ¿por qué no puedo dormir un poco más?—protestó dándose media vuelta mientras se tapaba la cara con la manta.

Si algo llevaba mal la joven era la falta de sueño. La inquietud no la dejaba descansar. Años atrás, una mañana en que había salido a cazar a lomos de su caballo *Zorba*, el malvado Dimas Deceus había entrado en su casa y había matado despiadadamente a sus padres y a su hermana Cora por el impago de una deuda.

Lidia nunca olvidaría lo que había sentido al regresar y encontrarse con la macabra escena. Miedo, dolor… Eso había sido al principio. Pero con el paso del tiempo esos sentimientos fueron reemplazados por la rabia y la furia.

A partir de ese día, Gaúl, el triste novio de su hermana fallecida, y ella misma juraron encontrar a Dimas Deceus y matarlo sin compasión. El tiempo los había convertido en dos reputados cazadores de recompensas, y aunque a la joven era la venganza la que la mantenía viva, esa misma venganza la estaba consumiendo. No podía descansar, y eso la iba minando día tras día.

Harta de dar vueltas e incapaz de conciliar el sueño, Lidia decidió dar su supuesto descanso por finalizado.

—Buenos días —la saludó Gaúl mientras preparaba con un poco de harina una especie de gachas sobre la fogata.

—Lo serán para ti —replicó ella con su habitual mal humor.

Gaúl sonrió al oírla. Desde que habían emprendido aquella aventura juntos, no había habido ni un solo día en que Lidia hubiera sonreído al levantarse. Apenas si lo hacía nunca, y eso lo entristecía en cierto modo.

Conocía a la joven de toda la vida. Aún recordaba a la muchacha alegre y dicharachera que había sido, a pesar de su innata brutalidad, cuando peleaba con Chenfu, un vecino chino que la había adiestrado en el arte de la lucha.

Aquello, tan propio de hombres, era algo que sus padres, Tedor y Monia, siempre le habían recriminado en vida. Si continuaba comportándose así, como una muchacha excesivamente ruda, nunca encontraría un hombre que quisiera desposarse con ella. Gaúl recordaba cómo Lidia sonreía al oírlos… Por aquel entonces, siempre sonreía.

—Ven a desayunar —insistió él—. Las gachas están preparadas, te vendrán bien.

Con el ceño fruncido, la joven terminó de ajustarse su cota de cuero liviana y de colocarse varias de sus preciadas armas en torno a la cintura.

—¿Dónde está *Dracela*? —preguntó tras colgarse su carcaj con flechas a la espalda.

Gaúl la miró con sus ojos azules, ladeó la cabeza y sonrió.

—Quería visitar a un amigo en el Pequeño Río —explicó.

Un movimiento a su derecha hizo entonces que Lidia se volviera y desenvainara la espada. Quien se movía era su prisionero, Bruno Pezzia, y por sus pintas no debía de haber pasado una buena noche.

—Por favor, un poco de agua —carraspeó con los labios casi pegados.

Gaúl se le acercó y, sin soltarlo, le dio un poco de agua que él bebió con desesperación.

—Gracias —agradeció con dificultad.

Preocupado por los vidriosos ojos del hombre, Gaúl le retiró de la frente la maraña sucia de pelo claro y, tras tocársela con una mano, dijo:

—Este hombre no está bien. Arde de fiebre.

Lidia volvió la cabeza y luego se ajustó su espada a la cintura.

—Déjalo, no lo toques —murmuró—. Intentaremos que no muera antes de llegar a su destino. Si lo llevamos muerto, sólo nos pagarán la mitad por él.

Al oír eso, y a pesar del dolor que sentía, el tipo sonrió:

—Tal vez la muerte sea un dulce regalo.

Lidia lo oyó pero no lo miró. No quería implicarse emocionalmente con nadie.

Gaúl, que siempre había sido un hombre de buen corazón, sacó unos polvos de la pequeña bolsa que llevaba sujeta a la cintura. Los echó en el agua y, tras cocerlos, se acercó de nuevo al individuo con un cuenco.

—Bebe esto, Bruno. Te sanará.

Al oír que aquél lo llamaba por su nombre, el prisionero lo miró, bebió lo que le ofrecía y segundos después cayó en un profundo sueño.

Lidia, que ya estaba recogiendo sus mantas, observó a su amigo.

—Estás desperdiciando la medicina —gruñó.

Su compañero no respondió. En ocasiones, la muchacha podía ser excesivamente insensible con la gente. Sin hablar, Gaúl se dirigió entonces hacia un pequeño riachuelo para lavar el cazo.

Una vez a solas con su prisionero, Lidia se acercó a él. Se agachó y contempló su rostro. Sin lugar a dudas, a aquel hombre le habían dado una buena paliza. Con un dedo le abrió un ojo y vio que tenía unos bonitos ojos azules, muy acordes con su pelo pajizo.

Lo observó durante unos minutos hasta que oyó que su amigo regresaba y, en un susurro, murmuró antes de alejarse:

—Siento tener que entregarte, pero es mi trabajo.

Cuando Gaúl volvió, se encontró a Lidia comiendo junto al fuego. Se sentó con ella y ambos se enfrascaron en una animada charla, hasta que un buen rato después oyeron que una voz preguntaba tras ellos:

—¿Quién os mandó a buscarme?

Al volverse, vieron que el prisionero había despertado.

—Un mercader de Londan —repuso Gaúl mientras Lidia levantaba la vista al cielo en busca de *Draciela*.

—¿Sebástian Shol?

—El mismo —asintió él. Sentía curiosidad por saber su versión, así que le preguntó—: ¿Qué fue lo que le hiciste para que ese hombre pague tan buena recompensa por ti.

Bruno, que se encontraba bastante mejor después de tomar lo que fuera que aquél le hubiese dado, consiguió sentarse.

—Aún no le he hecho nada —repuso—, pero sabe que en cuanto lo tenga delante lo haré.

—Dijo que le habías robado —apostilló Lidia.

Sorprendido, Bruno aclaró con gesto sombrío al tiempo que se retiraba el pelo del rostro:

—En mi vida he robado nada, y menos a un miserable como él. Me teme porque sabe que lo voy a matar. Ese gusano…

—Gaúl, no me interesa escuchar a esta escoria —lo cortó la guerrera—. Vamos, debemos levantar el campamento.

Al oír eso, Bruno la miró. Alta. Morena. Pelo corto y actitud chulesca, nada propia de las jóvenes a las que él estaba acostumbrado; sin duda había perdido la feminidad por el camino.

Sin embargo, sonrió y murmuró con humor:

—Qué mujer tan dulce y agradable. ¿Es siempre así?

Gaúl lo miró divertido y respondió mientras su amiga se alejaba:

—Puede ser peor, te lo aseguro.

—No me digas… ¡Qué maravilla!

—Descansa hasta que partamos —apostilló Gaúl.

El comentario consiguió arrancarle una sonrisa al hombre, que, acto seguido, cerró los ojos para descansar. Lo necesitaba.

Una vez Gaúl llegó junto a Lidia, ella lo miró a los ojos.

—¿Dé que hablabas con ese ladrón? —inquirió.

—Según él, nunca ha robado y…

—No me cuentes milongas, no me interesa.

—Pero si me has preguntado tú… —rio su amigo.

Ella asintió molesta porque él tuviera la razón.

—Lo sé. Pero acabo de decidir que no me interesa saber nada de él. Quiero seguir viéndolo como una mercancía y ya está.

Conocedor de sus frecuentes cambios de humor, Gaúl guardó silencio. Si había algo que había aprendido tras años juntos era precisamente a callar.

Un par de minutos después, mientras hablaban sobre su viaje, oyeron los gritos de una mujer. Ambos se levantaron de un salto, asieron con fuerza las empuñaduras de sus espadas y, con

sigilo, se dirigieron al lugar del que provenían los lamentos.

Una vez junto al caudaloso arroyo, semiocultos entre los gigantescos sauces llorones, observaron durante unos segundos a una mujer de largos cabellos rubios que, de rodillas en el suelo, lloraba con desesperación mientras cuatro enanos verdes, pelones y malolientes reían y la miraban con ojos lascivos.

Lidia y Gaúl cruzaron una mirada y se entendieron sin hablar.

Instantes después, él salió desarmado de entre los árboles y, para atraer la atención de los pequeños seres, exclamó con voz chillona:

—¡Oh, Dios mío, enanos verdes!

Cuando lo oyeron, los enanos se volvieron y se carcajearon al ver al humano que caía tembloroso de bruces al intentar huir. Rápidamente, éstos corrieron con sus cortas piernas hacia él, olvidándose así de la joven. En ese momento, Lidia apareció junto a la mujer y la empujó para esconderla tras los árboles.

—Quítale todo lo que tenga de valor —dijo uno de los enanos.

—Dame ese anillo que llevas —gruñó el más pestilente.

—¡¿El anillo?! —preguntó Gaúl viendo cómo Lidia se las apañaba con la mujer—. Oh, no… Es un recuerdo de mi padre y le tengo mucho cariño.

—Arráncale el dedo o córtale la mano —dijo otro de los enanos mientras sonreía con su boca mellada.

—¿La mano? ¡¿Mi preciosa mano?! —replicó Gaúl tapándose la boca.

Los enanos, divertidos y envalentonados al ver cómo temblaba el hombre, se disponían a golpearlo con una de sus pequeñas espadas cuando de pronto Gaúl dio una voltereta en el aire y, después de coger su espada, se levantó con una sonrisa desconcertante y dijo con voz profunda:

—¿Que preferís: huir o morir?

Sorprendidos por la rapidez de sus movimientos, los enanos se separaron dispuestos a luchar. Pero entonces oyeron otra voz a sus espaldas:

—Cortémoslos en pedacitos, tardaremos poco.

Segundos después, los cuatro enanos corrían con desesperación escabulléndose entre los árboles mientras Gaúl reía a mandíbula batiente y Lidia observaba a la mujer de cabellos claros que los miraba asustada.

Una vez la tranquilidad llegó de nuevo al bosque, Gaúl enfundó su espada y se acercó a aquélla.

—¿Estás bien?

La temblorosa joven asintió y murmuró secándose las lágrimas:

—Sí…, gracias por vuestra ayuda, caballeros.

Ante ella tenía a dos extraños, dos guerreros de aspecto fiero armados hasta los dientes con espadas, dagas y arcos. Pero, cuando se fijó mejor, descubrió sorprendida que el hombre de pelo negro y corto con unas acentuadas ojeras era en realidad ¡una mujer!

Al ver el espanto de la hermosa joven, Gaúl se acercó a ella. Si había algo que no podía soportar en este mundo era ver a una mujer llorar. Por ello, y con delicadeza, la ayudó a levantarse, clavó sus verdes ojos en ella y murmuró:

—Tranquila. No tienes nada que temer. Nosotros nunca te haríamos daños. Ella es Lidia Álamo y…

De pronto, la mujer abrió descomunalmente los ojos y, alejándose de él y sin dejarlo terminar, preguntó a la alta mujer de pelo negro y actitud guerrera:

—¿Eres Lidia, la cazadora de recompensas?

La mujer de interminables piernas y ojos oscuros asintió.

Gaúl dio un paso atrás. Ya estaba acostumbrado a ese tipo de reacción por parte de la gente al saber que su amiga era la famosa cazarrecompensas.

—Regresaré al campamento para recoger las cosas —declaró.

Y, dicho esto, se marchó dejando a solas a las dos mujeres.

Sin perder un segundo, la mujer de cabellos claros se acercó a Lidia.

—Mi nombre es Penelope Barmey. Vivo a las afueras de la ciudad de Villa Silencio y estoy desesperada. Hace días llegó a mis oídos que mi esposo Fenton, que marchó hacia el norte, ha caído preso y… —Pero no pudo continuar. Las lágrimas inundaron su rostro y comenzó a llorar de nuevo.

Lidia odiaba los llantos. Esa demostración de debilidad, que ella se había negado tras la muerte de su familia, la sacaba de sus casillas. No obstante, al ver la desesperación de la mujer, suspiró, le levantó el mentón con una mano y le preguntó directamente:

—¿A qué fue tu marido al norte?

Secándose las lágrimas con su ajada túnica amarillenta, Penelope murmuró:

—Fenton fue en busca de trabajo. Las deudas nos ahogan, y él pensó que podría ganar algo de dinero. Pero los guerreros de Dimas Deceus…

—¿Dimas Deceus? —la interrumpió Lidia.

—Sí…

Al oír ese nombre se le puso la carne de gallina. Aquél era el hombre que ella buscaba por haber matado a su familia. Llevaba años tras él pero, siempre que parecía tenerlo a tiro, se le escabullía en el último momento.

Al ver que la mujer guerrera la observaba con detenimiento, Penelope continuó:

—No tengo dinero, ni mucho que ofreceros, pero si me ayudáis a encontrar a mi marido prometo…

Pero Lidia apenas si la escuchó. Tenía prisa. Quería entregar cuanto antes a su prisionero al mercader de Londan para poder continuar con lo que no la dejaba descansar. Así pues, dio media vuelta y, olvidándose de la desamparada mujer, comenzó a andar en dirección a su improvisado campamento.

Comprendía las penas de aquella mujer, pero ella tenía que solventar las suyas propias. Al ver que se alejaba sin escucharla, Penelope fue tras ella y la agarró del brazo.

—¿Me ayudarás? —preguntó.

Molesta por su insistencia, Lidia se soltó y gruñó secamente:

—No.

Clavando en ella su mirada triste y desamparada, Penelope declaró entonces entre susurros:

—Hace días, en mi camino me encontré con un monje. Me regaló una llave élfica, y…

Al oír eso, Lidia le prestó atención en el acto. Sabía perfectamente a lo que se refería.

—¿Tienes una llave élfica? —inquirió.

Penelope asintió.

—Sí…, y si me ayudas a encontrar y liberar a mi marido, prometo que te la entregaré.

Lidia sabía que el hecho de que le entregara la llave no servía para nada. Las llaves élficas sólo funcionaban en manos de sus dueños, pero rápidamente reconsideró la idea.

Desviarse de su camino con el prisionero Bruno Pezzia para atender otro encargo no era algo que le agradara pero, sin saber por qué, le preguntó a la triste mujer:

—Y ¿dices que a tu marido se lo llevaron los guerreros de Dimas Deceus?

—Sí…

Conocedora del poder de aquella llave, la guerrera pensó en los beneficios que ésta podría proporcionarles. Y, sin dar tiempo a reaccionar a la mujer, estiró la mano y le arrancó del cuello un colgante de oro fino.

—De acuerdo —dijo a continuación—. Te ayudaré a encontrar a tu marido, pero de momento cojo a cuenta este colgante y…

—Pero… pero ese colgante me lo regaló mi esposo el día de nuestra boda para que no lo olvidara… —balbuceó Penelope conmocionada.

—¡Perfecto! Así no olvidarás la promesa que me hiciste a mí —asintió Lidia al tiempo que echaba a andar hacia el campamento—. Te devolveré el colgante el día que libere a tu marido. Viajarás con nosotros pero nunca, recuerda, nunca hagas preguntas, ni me cuestiones, ni toques absolutamente nada de lo que llevo en las alforjas de mi caballo, ¿entendido?

Penelope asintió. La cazarrecompensas era su única ayuda, y se agarró a ella con rotundidad. Tras decir esto, Lidia siguió andando y la joven agarró su caballo pardo y fue tras ella en silencio. Quería encontrar a su marido.

Al llegar al campamento, Gaúl escuchó lo que Lidia le contaba. La llave élfica de la mujer les vendría muy bien para ocultarse en el Gran Pantano, un lugar al que nadie accedía, pues las almas errantes de los caídos los seducían y los mataban.

Penelope, perdida entre aquellos dos desconocidos y al ver a otro hombre tendido en el suelo con sangre en el costado, se acercó rápidamente a él. Pero, tras comprobar que su herida ya había sido curada, se sentó a su lado a esperar.

Durante un buen rato Gaúl y Lidia hablaron de los pros y los contras de desviarse de su ruta. Al final, ambos llegaron a la misma conclusión: poseer la ayuda de una llave élfica merecía la pena el retraso en la entrega de Bruno Pezzia.

Aquella tarde, tras caminar durante horas, acamparon lejos del enorme bosque que se cernía ante ellos.

—Bordearemos el bosque de las Serpientes —dijo Lidia mirando el mapa.

—No lo dudes. Yo no vuelvo a entrar allí ni loco —convino Gaúl.

Aún recordaba la vez que se metieron en él y estuvieron a punto de ser aniquilados por aquellos asquerosos bichos.

—Podemos llegar al valle Oscuro dentro de tres días si cogemos este camino —señaló Lidia —. Liberar al marido de Penelope nos llevará menos de una semana. ¿Qué te parece?

—¡Perfecto! —asintió su amigo.

Bruno Pezzia, que se había ido reponiendo en el transcurso de la jornada gracias a la medicina que Gaúl le había dado y a los cuidados de la dulce mujer que ahora los acompañaba, escuchaba a distancia la conversación.

Sin poder evitarlo, observó a Penelope y le recordó a su hermana fallecida. La fragilidad de aquélla lo hizo compadecerse de la joven, más aún cuando vio cómo las lágrimas surcaban su rostro sin contención alguna. Sentándose muy erguido contra el árbol al que estaba atado, dijo para atraer la atención de sus captores:

—Conozco varias cuevas que comienzan en el faro y terminan en…

—Cierra el pico o te corto la lengua —gruñó Lidia sin mirarlo.

—Uuuhhh…, ¡qué miedo! —murmuró él.

Al ver que Lidia apretaba los puños, su amigo le pidió tranquilidad con la mirada.

—Vamos a ver, fierecilla… —espetó Bruno a continuación.

—Mi nombre es Lidia —lo corrigió ella furiosa.

Bruno suspiró entonces con resignación.

—Precioso nombre, *fierecilla…* —dijo en tono peleón. Al ver que la joven blasfemaba, continuó—: Estoy ofreciéndome a ayudaros, ¿es que no me escuchas?

Tras soltar la daga que tenía en la mano, Lidia se levantó, dio varias zancadas para llegar junto a él y le propinó un puntapié en el brazo.

—He dicho que te calles —siseó—. ¿Me escuchas tú a mí?

—¡Serás bruta! —gruñó molesto Bruno.

Sonriendo con maldad, la muchacha se agachó para estar a su altura y, clavando sus impresionantes ojos negros sobre él, declaró muy cerca de su rostro:

—Hasta el momento sólo te he acariciado, así que ¡cállate, si no quieres que verdaderamente te arañe!

Bruno sonrió divertido y cruzó una mirada con Gaúl, que le pidió calma. Sin embargo, él no podía callarse y, a pesar de saber que tenía las de perder con aquella fiera, murmuró mientras recorría su cuerpo con una mirada lasciva:

—Si me arañas mientras te hago el amor, estaré encantado de recibir tus zarpazos, *fierecilla*.

El puñetazo que Lidia le soltó hizo que la cara de Bruno se volviera violentamente hacia la derecha. Ningún hombre había osado hablarle nunca así, y no iba a ser ése el primero.

Gaúl miró hacia otro lado intentando ocultar su sonrisa, y Penelope, al ver aquello, intentó mediar, pero Lidia se volvió hacia ella y la apuntó con un dedo.

—Será mejor que te calles, ¿entendido? —le espetó.

La joven asintió temerosa. No quería problemas, y se sentó mientras observaba a la

cazarrecompensas regresar junto a su compañero Gaúl y sentarse junto a él. Tras recobrarse del puñetazo que la morena le había dado, Bruno volvió a sonreír con descaro.

—Sólo quería ayudaros —insistió—. Conozco el terreno y sé que varias cuevas atajan al menos un día de camino entre el bosque de las Serpientes y el valle Oscuro. Pero como veo que no os interesa, cerraré el pico.

Gaúl y Lidia se miraron.

Ambos sabían de la existencia de la cueva de la Pena y de la cueva de la Duda, pero nunca las habían encontrado. Por ello, Lidia suspiró y luego se volvió para enfrentarse a los claros ojos de su prisionero.

—¿Cómo sé que no estás intentando engañarnos? —inquirió.

Al ver que ella lo miraba por primera vez a los ojos en busca de preguntas, Bruno sonrió y dijo para desconcierto de todos:

—Ahora soy yo el que no quiere hablar.

Lidia se levantó de nuevo en el acto dispuesta a sacarle la información a golpes, pero Gaúl la sujetó y la hizo sentar. Debían dejar las cosas como estaban y descansar.

A la mañana siguiente, el humor de la guerrera no había mejorado.

Sin mediar palabra, Bruno subió al caballo pardo de Penelope ayudado por Gaúl. De pronto vio una mancha oscura que planeaba en el cielo sobre sus cabezas y se tiró de la montura junto a la joven.

—¡A cubierto! ¡Dragones! —exclamó.

Lidia miró entonces al cielo y reconoció en la panza del susodicho dragón la marca de *Dracela*. Su dragona. Así pues, continuó metiendo sus enseres en las alforjas sin inmutarse.

Al ver que aquella incauta no se ponía a resguardo, Bruno se levantó con las manos atadas, corrió hacia ella y se le abalanzó para protegerla. Dos segundos después, ambos estaban rodando por el suelo.

—Maldita sea, ¿por qué me has empujado, idiota? —gritó Lidia mientras intentaba zafarse de él a patadas.

Gaúl, que había presenciado la escena divertido, ayudó a Penelope a levantarse y le pidió silencio al comprobar que el prisionero se encogía al ver la sombra de la dragona sobrevolar de nuevo sus cabezas.

—Te estoy salvando la vida, maldita gruñona, ¿es que no lo ves? —se quejó Bruno mientras la aplastaba con su cuerpo y reptaba hasta llegar bajo el caballo de la joven.

—¿Salvándome? ¿De qué me estás salvando, si puede saberse?

Mirando entre las patas del animal al cielo, él murmuró:

—He avistado un dragón sobre nosotros e intento que no te mate, ¿te parece poco?

Sorprendida por su acción, Lidia sonrió sin poder evitarlo. Y su tímida sonrisa no le pasó inadvertida a Gaúl.

—Ese dragón es… —empezó a decir ella.

Pero Bruno, al ver que el enorme bicho volvía a pasar sobre ellos, le tapó la boca con la suya propia y susurró contra sus labios:

—Calla, no hables.

Durante unos segundos, Lidia y Bruno permanecieron con los labios pegados. Esa intimidad se tornó dulzona y caliente y, cuando él comenzó a sonreír, Lidia se liberó de su abrazo de una patada y, tras rodar por el suelo para alejarse de él, le espetó mientras se levantaba:

—Que sea la última vez que haces algo parecido, o te juro que… que…

Poniéndose a su vez en pie, Bruno miró al cielo y, al verlo despejado, preguntó:

—¿O qué?

Lidia desenvainó entonces su espada, se la puso en la garganta y siseó:

—O te juro que te mato. ¿Entendido?

La boca de Bruno se secó al instante al percatarse de que el dragón que segundos antes volaba sobre sus cabezas caminaba hacia ellos con tranquilidad sin que la joven se diera cuenta.

Gaúl, que observaba la escena, cruzó una mirada con su amiga y la informó de lo que ella ya imaginaba. Sin retirar su espada del cuello de Bruno, la joven declaró:

—Te presento a *Dracela*, mi dragona. Ella me ayudó a capturarte y, si vuelves a propasarte conmigo, te aseguro que también me ayudará a deshacerme de ti, ¿verdad, *Dracela*?

La criatura alada, de color violeta y escamas afiladas, se detuvo a escasos metros de ellos y, enseñándole los enormes dientes, acercó su cabeza hasta Bruno y afirmó con voz ronca:

—Será un honor carbonizarlo o arrancarle la cabeza, jefa…

El apuesto guerrero, al oír las carcajadas de todos, incluidas las de la dragona, se sintió ridículo y humillado. Le habían tomado el pelo.

Bruno había intentado proteger a Lidia de un peligro, y ella no había sabido darle a ese detalle su valor. Por eso, cuando ella retiró la espada de su garganta, regresó hasta el caballo de Penelope sin decir nada y, agarrándose como pudo, montó encima. Segundos después, Gaúl ayudó a Penelope a acomodarse delante de él y todos prosiguieron viaje.

Durante horas, un sol de justicia los abrasó a pesar de que *Dracela* intentaba volar sobre ellos para proporcionarles algo de sombra. Pero la dragona también necesitaba refrescarse, y el sol parecía estar en su contra.

En un par de ocasiones, las miradas de Bruno y de Lidia se encontraron y, aunque rápidamente ella retiró la suya, él intuyó que en su fuero interno se había despertado una curiosidad que el día anterior no existía, y eso le gustó.

Con cautela, rodearon el bosque de las Serpientes. Sabían que como se acercaran a él la salvaje arboleda los atraparía y tendrían problemas. Agotado por el viaje, Bruno se fijó en que el desvío para el faro estaba cercano y, azuzando el caballo pardo de Penelope hasta ponerlo a la par que el de la valerosa guerrera, la informó:

—Las cuevas de la Duda y de la Pena están cerca. ¿Queréis mi ayuda o no?

Lidia miró entonces a Gaúl, que asintió, y se disponía a responder cuando de pronto un enano

azul apareció ante ellos agotado y sudoroso.

—¿Qué ocurre? —preguntó la guerrera al ver la piel deslucida del enano.

Éste se detuvo en seco y gritó horrorizado antes de que una flecha pasara silbando por su lado.

—¡Troles tufosos!

Sin perder un segundo, todos dirigieron sus caballos hacia un pequeño montículo que les serviría de escudo y, tras desmontar, Bruno dijo acercándose a la morena:

—Suéltame las manos.

—No.

—Por el amor de Dios…, con ellas atadas no podré ayudar.

—¿Te crees que soy tonta? —replicó Lidia.

De repente, una docena de troles tufosos aparecieron de la nada, a cuál más sucio, pegajoso y feo.

—¿Crees que es momento para pensar si yo te creo tonta o no? —replicó Bruno.

—Vuelve con Penelope y déjame en paz —bufó ella.

Desesperado por verse atado y limitado en sus movimientos, el prisionero se abalanzó entonces sobre la joven guerrera y le siseó en la cara:

—Esos troles tufosos son carnívoros y muy peligrosos. La única manera de matarlos es clavándoles algo entre los ojos.

Con un certero tiro, Lidia incrustó una flecha entre los ojos de una de las criaturas.

—¿Te parece un buen tiro?

—Perfecto —asintió Bruno, pero al ver aparecer a más bichos de aquéllos se impacientó—. Desátame las manos de una vez, maldita cabezota, y terminaremos con estos asquerosos en un santiamén.

Con rapidez, Lidia volvió a cargar su arco y, sin contestar, comenzó a lanzar junto a Gaúl flechas contra las malolientes criaturas. Pero, tras aquellos primeros, aparecieron otra media docena y, tras ésta, otra, y la cosa comenzó a complicarse.

Bruno, que ya le había pedido repetidas veces a Lidia que lo soltara sin que ella le hiciera caso, reparó en que Penelope llevaba una pequeña daga al cinto.

—Suéltame si no quieres que todos muramos aquí y ahora —la apremió. Al ver que la joven lo miraba con ojos dudosos, insistió—: Por favor, confía en mí.

Tres segundos después, cuando los troles se abalanzaron sobre ellos, Lidia tiró el arco y, sacando su espada larga de la cintura, comenzó una encarnizada lucha con varios de ellos, a los que fue clavando con la otra mano su pequeña daga entre los ojos.

Al ver a Bruno liberado correr hacia él, Gaúl no lo dudó ni por un segundo, le lanzó una de sus espadas y comprobó cómo el otro comenzaba a luchar con fiereza y, en menos de lo que imaginaban, se vieron rodeados de un centenar de troles muertos.

Cuando comprobó que no aparecía ninguno más, Lidia se miró el brazo. La habían herido y debía curarse, pero al ver a Bruno preguntó molesta:

—¿Quién te ha desatado?

Él no respondió sino que, en vez de ello, mirándole la herida, preguntó:

—¿Estás bien?

Sin el menor gesto de dolor, Lidia asintió y aclaró con una sonrisa helada:

—Por supuesto que estoy bien, ¿acaso lo dudas?

Bruno cruzó entonces una mirada con Gaúl.

—No —murmuró—. No lo dudo. Pero hay que curarte.

—Luego —gruño ella.

Pero Bruno, que era aún más cabezota que la guerrera, y aun a riesgo de recibir un espadazo, la sujetó e insistió:

—Ahora.

Sus miradas volvieron a encontrarse en ese instante.

—Eres una muchacha muy hermosa para pretender ser tan dura —declaró él bajando la voz.

Boquiabierta porque la viera como una chica guapa y no como una guerrera, Lidia se disponía a replicar cuando Bruno afirmó:

—Si te hubiera conocido en otras circunstancias, ten por seguro que habría estado encantado de cortejarte.

Ella lo observó sin habla. Le gustara o no reconocerlo, aquellos ojos, aquellos labios y aquella sonrisa descarada y seductora la atraían como un imán y, consciente de cómo su corazón se aceleraba al escucharlo teniéndolo tan cerca, murmuró:

—Aléjate de mí.

Bruno asintió y sonrió al ver cómo lo miraba ella.

—Cúrate y, en cuanto acabes, proseguiremos nuestro camino —declaró.

Sin miramientos, la guerrera se curó la fea herida y, cuando terminó, Bruno dijo montándose a lomos del caballo con Penelope:

—Vayamos hacia la cueva. El hedor de estos pestilentes bichos atraerá rápidamente a otros de su raza. La humedad de la cueva desvanecerá nuestro rastro.

Por extraño que pudiera parecer, Lidia no dijo nada y obedeció sin más. Al ver que su prisionero no había intentado escapar al estar libre de sus ataduras, montó a su vez sin mediar palabra y, tras una rauda y rápida galopada, todos, incluidos el enano azul y la dragona, entraron en la cueva oscura.

Una vez en el interior, Bruno desmontó y miró a Lidia ignorando su entrecejo fruncido.

—Aquí hay dos caminos que desembocan en el mismo lugar.

—¿Adónde llevan esos caminos? —preguntó Gaúl.

—A un templo abandonado situado al oeste del bosque de las Serpientes. Cerca de dicho templo pasa una senda y…

—Sabemos a qué senda te refieres —lo interrumpió Lidia mientras Penelope le ajustaba con delicadeza el apósito de la herida del brazo.

Bruno la miró con intensidad, y de inmediato ella notó que la sangre le hervía en las venas. Entonces él reparó en que la sangre le chorreaba de nuevo por el brazo.

—Vuelves a sangrar —dijo acercándose.

Ella se miró y suspiró:

—No es nada.

—Lidia, es mejor que te cambies la cura —murmuró la dragona al ver la sangre.

—No hace falta, *Dracela*. No seas pesada —protestó ella.

Pero Bruno, que no estaba dispuesto a que la sangre continuara manando de su brazo, se acercó más a ella y con voz íntima susurró:

—Me preocupas cuando te pones tan testaruda.

Esas simples palabras, su cercanía y la intensidad con que la miraba consiguieron que el estómago de la dura guerrera se deshiciera y, antes de que pudiera decir nada, él la agarró de la mano.

—Siéntate —le ordenó.

Gaúl y *Dracela* se miraron sorprendidos y sonrieron. Ningún hombre había conseguido pasar de la nada al todo con Lidia como lo estaba haciendo ése.

Consciente de cómo aquel hombre podía con su voluntad guerrera, ella se dispuso a protestar, pero él insistió con mimo.

—Lo sé. Tú sola sabes cuidarte muy bien y no me necesitas. Pero no sólo a mí me preocupa que estés herida, ¿no es así? —Todos asintieron, y Bruno prosiguió feliz de sentirse respaldado —: Venga, sé buena y permite que Penelope te cure en condiciones.

—¿Quién te crees que eres para mandarme? —protestó ella.

El hombre de ojos claros sonrió.

—Sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con él —terció la dragona.

—Gracias, *Dracela* —murmuró Bruno de buen humor—. Además de lista, eres preciosa.

La criatura alada pestañeó ante la cara de asombro de Lidia.

—Para ser de tu especie, ¡eres muy galante! —repuso.

Lidia arrugó el entrecejo y puso los ojos en blanco al distinguir la mirada divertida de Gaúl ante su tonteo. No soportaba que nadie la tratara como a una niña y, cuando fue a protestar, aquel presuntuoso al que apenas conocía y que para ella era tan sólo mercancía que entregar dijo poniéndole un dedo sobre los labios:

—Vamos, fierecilla… Danos el gusto.

—No me llames así —siseó ella.

Bruno sonrió.

—Deja de protestar, cúrate y, cuando dejes de sangrar, proseguiremos nuestro camino.

Por mucho que la jorobara sabía que debía de hacerlo. El olor de la sangre atraería no sólo a los troles, sino también a cientos de bestias y, resoplando, se puso manos a la obra.

Una vez Penelope acabó de curarla, Lidia se puso en pie.

—Una vez salgamos del templo Abandonado —indicó Bruno—, tendremos ante nosotros una gran llanura hasta llegar al valle Oscuro. Ahora únicamente queda elegir qué camino queréis tomar, si el de la cueva de la Pena o el de la cueva de la Duda.

—Oh…, complicada decisión —replicó *Dracela*.

Desconcertada como nunca en su vida, y no sólo por estar en aquella tesitura, Lidia miró a Gaúl, que, encogiéndose de hombros, le dio a entender que le daba igual. Ninguno de los dos había recorrido nunca aquellas cuevas.

Penelope y Bruno los observaron mientras esperaban su contestación. Finalmente fue Lidia

quien habló.

—Tú, que has cruzado ambas cuevas, ¿cuál nos aconsejas? —Él sonrió y, al hacerlo de aquella manera que le quitó hasta el hipo, ella se puso nerviosa y añadió en un siseo—: Espera…, espera…, espera. ¿Por qué debemos confiar en ti?

—Porque en este instante soy vuestra única opción —respondió él.

—¿Opción? ¿Tú eres nuestra opción? —exclamó Lidia.

—Sí, fierecilla. Así es, aunque te retuerza un poco las tripas reconocerlo.

Su seguridad…

Su arrogancia…

Su contención…

Todo ello enojó aún más a Lidia y, llevándose las manos a la cabeza, gritó:

—¿Qué hago dejando mi vida y la de mi gente en manos de mi mercancía?

—Mira, me habían llamado de todo excepto ¡mercancía! —se mofó Bruno apoyándose en la pared.

Furiosa por el autocontrol de aquel hombre, la guerrera se acercó a él a grandes zancadas.

—Te crees muy gracioso, ¿verdad? —le espetó.

Él la miró y, tras pasear con lujuria su mirada por aquel cuerpo que tanto llamaba su atención, afirmó en tono bajo para que sólo ella lo oyera:

—A cada segundo que pasa, me pareces más bonita e interesante.

Lidia no daba crédito a sus oídos.

—¡Tú eres tonto! —le soltó.

Bruno sonrió y, acercándose un poco a ella para hacerle ver que no lo intimidaba, respondió:

—Si sigues comportándote de este modo, al final voy a tener que besarte.

—Atrévete y te arrancaré la lengua de un mordisco —le escupió ella boquiabierta por su descaro.

—Hummm…, no me tientes o yo te arrancaré a ti otra cosa.

Incrédula. Ésa era la palabra, ¡incrédula!

Aquel tipo era osado, atrevido, imprudente y desvergonzado. Y, cuando iba a largarle cuatro frescas para ponerlo en su lugar, él se apartó de ella y caminó en dirección a Penelope.

—¿Estás segura de que tu esposo está en el valle Oscuro? —Al ver que aquélla no contestaba, insistió—: Te lo pregunto porque ya pocos prisioneros quedan allí.

—Las últimas informaciones que oí fueron ésas —susurró Penelope retorciéndose las manos —, pero yo…

Al ver la desesperación en el rostro de la joven, Bruno la consoló. Odiaba ver sufrir a una mujer. Y, tras pasarle la mano con delicadeza y cariño por la mejilla, dijo, consiguiendo así que algo en el pecho de Lidia se desbocara y sintiera un extraño calor en sus entrañas:

—No te preocupes, seguro que lo encontraremos. Te lo prometo, Penelope, y yo siempre cumplo mis promesas.

El enano azul, que hasta el momento había permanecido en silencio, intervino al oírlos hablar:

—¿Qué y a quiénes buscáis?

Penelope volvió a relatar entonces lo ocurrido con su esposo.

—Mis padres estaban retenidos allí —declaró el enano para sorpresa de todos—, quizá esté con ellos.

—¡Oh, Dios mío! —sollozó la joven.

Al ver que temblaba, Lidia se acercó a ella mientras el enano decía:

—Lo último que sé es que todos los que estaban en valle Oscuro fueron trasladados al castillo Merino. Allí me dirigía yo.

—Y ¿tú por qué estás aquí solo? —quiso saber Gaúl.

El hombrecillo murmuró entonces con pesar:

—Unos ogros me asustaron, salí huyendo en dirección opuesta a mis padres y eso fue lo que me salvó de caer en manos de los guerreros de Dimas Deceus.

—¿Cómo te llamas? —preguntó *Dracela*.

—Risco Mancuerda.

Conmovida por saber que la familia del enano azul había corrido la misma suerte que su marido, Penelope se emocionó y Bruno la abrazó.

Rápidamente, Gaúl dio un paso adelante y miró a Lidia.

—Jefa, tú dirás.

Con la boca seca por lo que aquel hombre llamado Bruno le hacía sentir, ella carraspeó y, acercándose a su detenido con una cuerda para atarle las manos de nuevo, le indicó:

—Guíanos por la cueva de la Pena.

Sin embargo, él dio un paso hacia atrás para separarse de ella y de Penelope y afirmó alto y claro:

—No iré atado.

Lidia lo miró desafiante.

—Irás atado y punto.

Mirándola directamente a los ojos, Bruno se agachó entonces para estar a su altura y murmuró en voz muy baja:

—Sólo me dejaré atar por ti el día que te tenga desnuda en mi cama. Nada más.

—¡Uyyy! —se mofó *Dracela*.

El bofetón que Lidia le soltó retumbó por toda la cueva.

—Vuelve a decir algo parecido y te aseguro que no te ato, sino que te mato —juró y, furiosa, se alejó de él para hablar con Gaúl.

La dragona, viendo que Bruno sonreía, murmuró divertida:

—No seas tan truhan y descarado con la jefa, y recuerda: tengo un oído muy fino.

Bruno sonrió y, al ver que Lidia y Gaúl lo observaban, declaró:

—Si me atáis las manos, no os guiaré. La cueva de la Pena es peligrosa y, una vez entremos en ella, una extraña angustia os atenazará el corazón. Sólo alguien que haya pasado antes por ella está inmunizado y podrá arrancaros de la tristeza a la que os sumirá o moriréis en el interior.

—Y justó has de ser tú, ¿verdad? —se mofó Lidia.

—Por supuesto, fierecilla —respondió él, con lo que se ganó una de sus miradas aniquiladoras. Luego prosiguió con rotundidad—: Además, si apareciese algún atacante, no

quiero estar en desventaja. Debéis entenderlo.

Gaúl y Lidia cruzaron una mirada. Al cabo, ella resopló.

—De acuerdo —dijo de mala gana—, pero ándate con ojo. Si descubro que nos engañas o haces algo incorrecto, juro que te mataré.

—¿En serio? ¿De verdad estarías dispuesta a cobrar tan sólo la mitad de la recompensa por tu mercancía? —bromeó él al recordar lo que ella había dicho días antes—. Mira que si muero pierdo valor, fierecilla.

Tras dar un puntapié en el suelo y agarrar la daga de su cintura con fuerza, Lidia resopló y caminó en dirección a *Dracela*. Necesitaba alejarse de aquel idiota engreído o le arrancaría la lengua. Cuando pasó junto a la dragona, ésta murmuró con una tonta sonrisa:

—Vaya, vaya, jefa… Por fin alguien que no te teme.

Al oír eso, la guerrera se paró en seco y, clavando su furiosa mirada en su fiel dragona, siseó:

—¿Qué tal si cierras esa bocaza?

Dracela asintió y no dijo más. Bastante tenía con reír para sus adentros.

Un rato después se sumergieron en la cueva de la Pena y, nada más poner un pie en su interior, todos sintieron una profunda tristeza. Miles de recuerdos, de sentimientos y sensaciones colapsaron sus corazones y, a pesar de que nadie dijo nada, el abatimiento los asaltó.

Gaúl recordó a su preciosa y delicada novia Cora, y lo mucho que la había querido. Lidia pensó en sus maravillosos padres y en su increíble hermana y se emocionó. Penelope evocó a su cariñoso marido Fenton. *Dracela* a su madre, y el enano a su familia.

Todos, a excepción de Bruno, recordaron a sus seres perdidos, y la angustia en ciertos momentos se tornó tan abrumadora que, si no hubiera sido porque él, conocedor de lo que aquella cueva provocaba, los sacó de sus recuerdos, habrían terminado muertos de melancolía en cualquier rincón.

Conmovido, Bruno se fijó en Lidia. En su padecimiento al recordar a sus padres y a su hermana y en su sonrisa cuando ella creía que hablaba con ellos. El grito desgarrador por algo ocurrido en su pasado, que regresaba para atormentarla, hizo que la estrechara contra sí y ella lo abrazó angustiada en busca de cobijo.

Durante unos instantes, sin percatarse de que estaba en sus brazos, la guerrera se apretó contra él. Bruno pudo oler su piel, su pelo, rozar con un dedo su suave mejilla, y ella se tranquilizó cuando éste la besó en la cabeza y la acunó con mimo.

Cuando por fin alcanzaron la salida de la cueva, Bruno se ocupó de sentarlos a todos en el suelo y aguardó a que sus recuerdos tristes se desvanecieran. Se tranquilizó cuando sus rostros comenzaron a normalizarse y las lágrimas desaparecieron.

—¿Dónde estamos? —preguntó Lidia cuando tomó conciencia de que habían conseguido atravesar la cueva.

Al ver que su mirada desafiante regresaba a ella, Bruno sonrió.

—En una bodega subterránea del templo Abandonado.

Dracela, que, durante su paso por la cueva de la Pena, había perdido su color, abrió sus alas y preguntó:

—¿Qué ha pasado?

Sin querer contar todo lo que había oído, Bruno preguntó a su vez:

—¿Estáis todos bien?

Los demás asintieron. Entonces, Gaúl lo agarró por el hombro.

—Gracias —declaró.

Bruno sonrió y, sin mirar a Lidia, que estaba a su lado, murmuró:

—No hay que darlas.

Después de tomar resuello salieron de aquel lugar y, una vez vieron que nadie transitaba por aquella senda, montaron de nuevo en sus caballos y, ocultos por la oscuridad de la noche, cabalgaron a través de una enorme llanura mientras *Dracela* volaba sobre ellos.

Sin descanso, prosiguieron su camino hasta que vieron unas pequeñas luces añiles resplandecer a lo lejos. Pronto oyeron el sonido del viento entre las copas de los árboles y supieron que estaban cerca del valle Oscuro. Se les puso la carne de gallina. Pero nadie paró.

Continuaron su camino y antes de que amaneciera llegaron a las inmediaciones del castillo Merino.

Semiocultos, comprobaron que un ogro y dos humanos de aspecto fiero y vestidos de cuero oscuro vigilaban la puerta y los alrededores. Visto aquello, se retiraron a un lugar más seguro.

—He contado tres vigilantes en el exterior y varios en las almenas —dijo *Dracela*.

—¿Cómo podremos pasar? —preguntó Bruno mientras Lidia comenzaba a dibujar con un palo en el suelo.

—Sólo hay una manera —respondió ella. Y, dirigiéndose a Penelope, añadió—: Tú y yo iremos hasta la puerta contoneando las caderas para que se les haga la boca agua.

—Oh, no… —susurró asustada la joven.

Lidia, que no se percató del gesto de sorpresa de Bruno, insistió:

—Es la única solución, Penelope. En cuanto esos idiotas vean a dos mujeres solas, bajarán la guardia. ¡No falla! Los hombres son así de simples.

Bruno iba a decir algo en defensa de la raza masculina, pero Gaúl se le adelantó.

—Necesitamos más monturas para poder huir. —Y, señalando las cuadras, indicó—: Dadnos unos minutos antes de ir hacia ellos. Bruno y yo nos haremos con varios caballos. Los llevaremos junto a los nuestros para que la huida sea más ligera.

—¡Buena idea! —asintió Lidia, quien había cogido una amplia falda de la bolsa de su caballo y se la ponía dejándose bajo ella su espada—. Cuando estéis donde los caballos, hazme una señal y nosotras entraremos en acción.

—De acuerdo —convino su amigo.

—Cuando desaparezcamos tras aquel muro —prosiguió ella—, avanzad y matad al ogro que custodia el portón. Para ese momento creo que Penelope y yo ya habremos acabado con los dos hombres y habremos regresado. —Lidia se volvió entonces para mirar a su dragona y continúo —: *Dracela*, quiero que vueles y con tu aliento de fuego carbonices a los que están en las almenas para que nosotros entremos en el patio de armas. Risco, tú ayúdalos a entrar en las mazmorras. Una vez allí, liberaremos a los detenidos y saldremos por el mismo lugar por donde hemos entrado. Cogeremos los caballos y cabalgaremos en dirección a Villa Silencio.

—Estoy impresionado por tu rapidez para urdir un plan —se mofó Bruno al oírla.

Sin muchas ganas de sonreír, Lidia lo miró.

—¿Se te ocurre algo mejor, *listillo*? Porque, si es así, adelante, todos deseamos escuchar tu maravillosa idea.

Bruno agarró entonces a Lidia del brazo y, con una media sonrisa, inquirió:

—¿Para todo eres igual de loca y arriesgada?

—Sí —contestó ella con descaro.

—Mmmm…, me gusta.

Y tras tirar de ella, la besó en los labios para sorpresa de todos.

Por primera vez en la vida, Lidia se sentía vencida. Notar los carnosos y tibios labios del hombre se le antojó delicioso y delirante al mismo tiempo y, sin poder rechazarlos, los tomó y los disfrutó durante unos segundos, hasta que él la apartó y sonrió al ver su gesto desconcertado.

—Ten cuidado, fierecilla —le advirtió.

Sin darle tiempo a decir o hacer nada, Bruno se levantó junto con un sonriente Gaúl y ambos se alejaron hacia las caballerizas en busca de las monturas. Las mujeres se quedaron a solas.

—¿Estás bien? —preguntó Penelope al verla todavía boquiabierta.

Confundida por lo que aquel beso le había hecho sentir, Lidia asintió.

—Sí…, sí…, es sólo que…

—Es sólo que el de tu especie te agrada, ¿verdad? —se mofó *Dracela.*

Con una extraña sonrisa, Penelope miró a la desconcertada cazarrecompensas y declaró:

—Debo decirte que hacéis una bonita pareja, Bruno y tú. Deberías darle una oportunidad. Se lo ve interesado por ti.

En ese instante, Lidia reaccionó. ¿«Oportunidad»? ¿«Interesado»?

Y, tomando las riendas de su cuerpo, miró atrás y, al encontrarse con la mirada de aquel que la había besado, sonrió y dijo:

—Si ese guaperas se cree que no voy a cobrar la recompensa por él, ¡va listo!

—Pero, Lidia, él…

—No, *Dracela* —cortó la guerrera—. No digas nada más.

Penelope le sonrió a la dragona y, cuando fue a añadir algo, Lidia le ordenó callar. Debían estar atentas a la señal de los dos hombres. Instantes después, mediante un sonido animal Gaúl le indicó que los caballos ya estaban en su poder y que el plan debía comenzar.

—¿Estás preparada, Penelope?

—Nooo…

Lidia la miró y, consciente de que la necesitaba para que el plan funcionara, preguntó:

—¿Quieres o no quieres rescatar a tu marido?

—Sí, pero…

—No hay peros que valgan. Si quieres recuperar a tu marido, colócate a mi lado e intenta seducir a esos idiotas como lo voy a hacer yo.

Penelope suspiró. No quedaba más remedio y, tras ponerse en pie, comenzó a caminar siguiendo a Lidia.

Tal y como había pronosticado minutos antes la guerrera, los dos hombres que custodiaban la fortaleza junto al ogro, al ver aparecer a dos mujeres bellas y solas se olvidaron de sus

obligaciones.

—Alto ahí. ¿Quiénes sois? —preguntó el más alto al verlas mientras recorría su cuerpo con mirada lasciva.

Aunque se sentía como paralizada, Penelope intentaba guardar las apariencias. No estaba en absoluto acostumbrada a que la mirasen de ese modo. Lidia, en cambio, dio un paso al frente y, pasándose provocadoramente la mano primero por la curvatura del cuello y luego por sus pechos, murmuró con voz sensual:

—Nuestros nombres son Melva y Aeilin, y…

—Bonitos nombres, los vuestros —asintió el guerrero más bajito mientras observaba con actitud pecaminosa el fino talle de Penelope y su dulce boca.

Al ver la cara de susto de su compañera, Lidia le pidió calma con la mirada y, contoneándose como había visto hacer a las mujeres que ofrecían sus favores en las mancebías a cambio de unas monedas, dijo con descaro:

—Mi hermana y yo vamos *solas* de camino hacia Bonow, y queríamos saber si podríais proporcionarnos comida y descanso.

Los guerreros se miraron con picardía. Dos mujeres bellas y solas en medio de aquel lugar sólo podía significar una cosa para ellos: diversión. Tras ordenar al ogro que se quedara en la puerta vigilando, los tipos dejaron sus lanzas apoyadas en el muro de la fortaleza. A continuación, el más alto se acercó a las muchachas en actitud fanfarrona y murmuró echando su aliento pestilente a la escultural morena de pelo corto:

—En la cabaña en la que nos alojamos tenemos comida para vosotras.

—Oh, ¡qué amables! Y ¿dónde está esa cabaña? —preguntó Lidia con una sensual sonrisa mientras pensaba «Habéis picado, idiotas».

El guerrero rio mirando a su compañero.

—Tras la fortaleza —indicó—. Si nos acompañáis, os proporcionaremos comida y descanso…, si os apetece.

—¡Qué maravillosa idea! —murmuró Lidia pasándole cariñosamente el dedo por la barbilla al hombre, que rápidamente la tomó de la cintura.

Penelope, que hasta el momento había permanecido en silencio, quiso correr en dirección opuesta al ver aquello. Ir con esos dos a su cabaña era una locura. Pero al ver que Lidia comenzaba a caminar hacia el lateral de la fortaleza, decidió seguirla. No la abandonaría.

Cuando doblaron la esquina, la luz de las antorchas desapareció y a Penelope se le puso la carne de gallina al notar la callosa mano del guerrero deslizarse por su cintura. No obstante, respiró hondo y siguió andando tras su compañera y el otro hombre, que reían a carcajadas.

—Eres muy bonita, ¿lo sabías? —carraspeó el guerrero cerca de su cuello.

Cuando la joven señora Barmey se disponía a contestar, una rápida mirada de Lidia le indicó que estuviera atenta. Penelope se llevó entonces la mano al cinto y tocó su daga. Con delicadeza, la desenfundó y, cuando vio a Lidia empujar al guerrero con ganas contra la pared de la fortaleza, ella hizo lo mismo.

Como era de esperar, los hombres reaccionaron con premura, pero la cazarrecompensas fue más rápida y hundió sin piedad la daga que sacó de su cinto en el estómago de su acompañante.

El hombre que iba con Penelope desenvainó entonces su espada y la blandió delante de él.

—Malditas mujerzuelas —espetó sorprendido—, ¿qué hacéis?

Con rapidez, Lidia extrajo su daga del cuerpo inerte del primer guerrero y, tras limpiarla con la camisa de aquél, siseó con gesto fiero mientras se levantaba la falda para sacar la espada.

—Yo que tú soltaría el arma si no quieres morir.

Pero el guerrero no estaba dispuesto a acatar aquella orden y embistió rápidamente. Los aceros chocaron entre sí y saltaron chispas. La arremetida hizo sonreír a Lidia, a quien la lucha le gustaba tanto como a Penelope tejer.

El hombre, furioso, volvió al ataque y, sorprendido por la joven de pelo negro, se defendió de un espadazo horizontal que lo hizo tambalearse.

—Baja tu espada o morirás. Te falta velocidad.

Esas palabras tocaron en lo más hondo al soldado. Él era un hombre, ella sólo una mujer. Y, siseando con furia, murmuró:

—¡Nunca! Y menos ante una mujer.

Lidia volvió a sonreír y, moviéndose con seguridad, replicó al tiempo que asestaba un espadazo bajo en diagonal:

—Nunca vuelvas a poner en duda la fuerza ni el poder de una mujer. Te puede sorprender.

Los aceros chocaron de nuevo. Lidia manejaba la espada con precisión. Durante unos minutos, ambos pelearon con crudeza embistiendo y rechazando enérgicamente los golpes del contrincante. Se atacaban con determinación, dispuestos a no aceptar la derrota. Era vivir o morir.

Penelope, que observaba el combate con el corazón en un puño, se encogió al ver a su compañera de viaje tropezar con la falda que llevaba y caer de espaldas al suelo. El soldado sonrió entonces con maldad. Su triunfo estaba cerca.

Al ver que el tipo se disponía a atacar a la mujer que la estaba ayudando a encontrar a su marido, Penelope sacó su daga del cinto y, tras abalanzarse sobre él, le rebanó el cuello sin piedad. El guerrero cayó paralizado en el acto y murió desangrado.

Lidia, sorprendida, se levantó del suelo y se quitó con celeridad la incómoda falda.

—Has hecho bien —dijo al ver el gesto de horror de Penelope—. Era él o nosotras. Has hecho bien, no lo dudes nunca.

La joven asintió, tragando con dificultad. Nunca había matado a nadie, y la sensación no le gustó. Pero la adrenalina del momento y el hecho de pensar en liberar a su marido la habían movido a actuar.

—Penelope, ¿estás bien?

—Sí…, sí…

Convencida de que aquello no había sido fácil para ella, Lidia la agarró de la mano para infundirle ánimos.

—Gracias por lo que has hecho —declaró mirándola a los ojos—. Te lo agradeceré toda la vida, pero ahora debemos ir a por tu marido.

La joven señora Barmey asintió y sonrió. Fenton estaba cerca y debía liberarlo.

De pronto, el estrépito que se oyó en el interior del castillo les hizo saber que *Dracela* había

entrado en acción. Mirando hacia el oscuro cielo divisaron a la dragona sobrevolar el lugar, mientras con su potente aliento chamuscaba a los vigías.

Doblaron la esquina a la carrera y vieron al ogro muerto en el suelo. Eso significaba que Gaúl, Bruno y Risco ya habían entrado en la fortaleza. Sin descanso, ni miedo, entraron en busca de sus amigos, a los que vieron luchando con ferocidad con los hombres que allí estaban.

Lidia hizo a un lado a Penelope y, lanzando mandobles de rápida sucesión, acabó con la vida de dos ogros. El desconcierto hizo que el caos se apoderara del lugar y, cuando terminaron con los escasos ogros y humanos que les presentaron batalla, llegaron hasta las mazmorras guiados por Risco. Era un lugar pestilente, donde las ratas corrían a sus anchas y la suciedad era negra y corrosiva.

Lidia comenzó a buscar las llaves para abrir las celdas entre los cuerpos muertos que estaban tendidos en el suelo. Entonces notó que alguien la agarraba del brazo y, al levantar la vista, vio a Bruno, que le preguntaba:

—¿Estás bien?

—Claro, ¿no me ves? —replicó.

Bruno sonrió y le entregó unas llaves.

—¿Buscas esto, fierecilla? —dijo sacándola de quicio.

Lidia se las arrebató de las manos en el acto.

—Mal momento para jugar, amiguito —siseó.

Sin perder un segundo, abrieron las celdas y sacaron a los presos por la misma puerta por la que habían entrado. El caos era tremendo, y a su paso hubo que rematar a algunos guerreros que parecían reponerse. Una vez el nutrido grupo estuvo fuera, todos corrieron hacia los caballos. Bruno distribuyó los animales y rápidamente partieron al galope, mientras Risco lloraba desconsolado tras saber por otro enano que sus padres habían muerto.

Penelope estaba histérica. Intentaba encontrar a su esposo entre aquellas personas, pero le era imposible. Todos estaban sucios, harapientos, y el galope de los caballos no le facilitaba la tarea.

Después de varias horas de cabalgada por el camino Libby, la comitiva llegó a las inmediaciones del castillo de St. Louis y se detuvo. Uno a uno, Penelope los miró. ¿Dónde estaba su marido?

Poco a poco, los presos liberados partieron agradecidos para sus hogares y, cuando todos se hubieron ido, Penelope lloró desesperada. Fenton no estaba entre ellos.

Bruno la abrazó al verla desconsolada, susurrándole al oído que se tranquilizara, asegurándole que encontrarían a su marido. Pero Penelope no lo escuchaba. Pensar que a Fenton le hubiera pasado algo le retorcía las entrañas y apenas si le permitía respirar.

Horas después, cuando lograron que la pobre mujer y Risco se tumbaran a descansar, Lidia los observó. El horror y la pena que veía en sus ojos eran los mismos que ella había sentido cuando había perdido a sus padres y a su hermana. Entendía su lamento. Entendía su desesperación, pero sabía que deberían pasar ese duelo para poder continuar adelante.

Después de hablar con Gaúl y *Dracela*, Bruno vio a Lidia sentada, apoyada en una gran roca, y se acercó a ella. Ella lo miró y él pudo ver reflejado el cansancio en sus ojos.

—¿Puedo sentarme a tu lado?

Lidia suspiró. Sabía que, dijera lo que dijese, terminaría haciendo lo que le diera la gana.

—Mientras te estés calladito, haz lo que quieras —repuso con apatía.

Bruno esbozó entonces una sonrisa socarrona y se sentó a su lado. Apoyó la espalda en la enorme piedra y, después de unos segundos de silencio, preguntó:

—¿Por qué?

Lidia resopló. Durante unos instantes calló, pero la curiosidad pudo más que ella.

—¿Por qué, qué? —replicó.

Conseguido su propósito de que fuera ella la que preguntara, Bruno respondió:

—¿Por qué eres tan dura contigo misma y por qué eres tan fría con los demás?

Ella cerró los ojos. No pensaba responder a su pregunta, pero él insistió.

—A mí no me engañas, fierecilla. Sé que dentro de ti hay un precioso corazoncito que desea que lo amen y lo mimen. Además, creo que…

—Te he dicho que te estuvieras calladito —lo cortó Lidia.

Bruno sonrió por la dureza de su tono.

—Mírame —musitó sin darse por vencido.

Ella se resistió. No pensaba mirarlo. Pero sus ojos la traicionaron y, cuando sin querer conectaron con los preciosos ojos azules de él, éste dijo:

—Eres una gran guerrera, de eso no me cabe la menor duda, pero también sé que eres una mujer dulce y tierna que se esconde tras una dura coraza para evitar que le hagan más daño del que ya le han hecho, ¿me equivoco?

Lidia no contestó y, cuando él enredó los dedos de su mano con los de ella, al sentir la calidez de su piel y el cobijo que le ofrecía, dulcificó su expresión. Consciente de ese gesto, Bruno sonrió, y entonces Lidia lo sorprendió. Acercó su boca a la de él y, tras pasar los labios por encima de los suyos, sacó la lengua y los resiguió con ella.

Excitado con ese simple gesto, Bruno jadeó. Ni en sus mejores sueños habría imaginado que ella hiciera eso, y menos que, con una agilidad increíble, se moviera hasta quedar sentada a horcajadas sobre él.

Con delicadeza, la joven acarició entonces el rostro de él con la punta de la nariz, mientras sus manos volaban a su cuello y a su pelo. Cerró los ojos para disfrutar de aquella intimidad tan maravillosa, mientras las manos de Bruno se posaban en su cintura y, lentamente, subían por su espalda.

Cuando los abrió de nuevo a escasos milímetros de su rostro, Lidia sonrió y, tras darle un morboso mordisquito en el labio inferior, volvió a acercar sus labios a los de él, pero en esta ocasión abiertos y dispuestos.

Sus respiraciones aún agitadas se acompasaron. Ambos se deseaban. Ambos se tentaban y, cuando Bruno no pudo más, dio el paso y la besó. Introdujo su húmeda lengua en la boca de ella y, dispuesto a disfrutarla, la asoló, mientras Lidia se apretaba contra él y abría la boca para recibirlo con pasión.

Un beso…, dos besos…, tres…

Cada beso era más acalorado que el anterior. Más ardiente. Más pasional. Y, cuando la joven sintió la dura excitación de Bruno apretándose contra ella, jadeó y volvió de golpe a la realidad.

—Soy una guerrera, no una damisela en apuros —dijo poniéndose bruscamente en pie—. No vuelvas a besarme o te aseguro que lo lamentarás.

Y, dicho esto, dio media vuelta y se alejó, dejando a Bruno confundido y excitado, aunque gratamente sorprendido con lo ocurrido.

Horas después, cuando todos hubieron descansado, continuaron hasta llegar a Villa Silencio, una ciudad dedicada especialmente a la agricultura, el cultivo de cereal y árboles frutales donde la gente más variopinta intentaba vivir en paz.

Allí se encontraron con varios de los hombres liberados el día anterior, y éstos los informaron de que habían oído a los guerreros de Dimas Deceus hablar sobre los presos que tenían en un lugar llamado El Picual.

Al oír eso y ver el desconcierto y la tristeza de nuevo instalados en los ojos de Penelope, Bruno maldijo en silencio y, acercándose a ella, dijo con voz grave:

—Te prometí que lo encontraría y lo encontraré.

Lidia lo oyó y, emocionada, sintió un extraño aleteo en el corazón. Después de todo, quizá Bruno no fuera tan mala persona como había imaginado…

Cuando el nutrido grupo se dispersó y sólo quedaron Gaúl, Lidia, Penelope, Risco y Bruno, la dragona *Dracela* se alejó volando para no asustar a los transeúntes y el resto decidieron ir a la posada más cercana a comer. Estaban exhaustos.

Al entrar, Lidia chocó con un tipo malhumorado de avanzada edad. Rápidamente Penelope la informó de que aquél era Thyran Deceus, el hermano del asesino que buscaban y que había matado a su familia.

Lidia se puso tensa de inmediato al oír ese nombre, y Bruno, al ver cómo lo miraba, la agarró de la mano con fuerza.

—Tranquila, fierecilla. Tranquila —murmuró.

A continuación hizo que se sentara a la mesa y le pidió tranquilidad con la mirada. Si le hacía algo a aquel individuo en la posada, los guerreros de Deceus que allí hubiera se les echarían encima.

Mientras comían cerdo asado y bebían cerveza entró en la posada un hombre joven. Bruno sonrió al verlo: era su amigo Semual Pich. Tras saludarse con afecto y saber que estaba allí porque había ido a comprar varios caballos, lo invitó a sentarse con ellos.

Durante un buen rato, todo el grupo mantuvo una interesante conversación con el recién llegado y, aprovechando un instante en que Gaúl distrajo a Bruno, Lidia le preguntó a Semual por la situación de Bruno, y éste se lo contó. Cuando supo la verdad de por qué buscaban a Bruno, la joven guerrera lo entendió todo y suspiró.

Por desgracia, el infesto mercader que los había contratado había raptado y matado a la joven

hermana de Bruno, Aldena, simplemente por diversión. Saber aquello, que él nunca había contado y que ocultaba tras su perpetua sonrisa, la emocionó. Sin duda Bruno era mucho más fuerte de lo que había imaginado, y en cuanto pudiera ella misma lo ayudaría a matar a aquel maldito mercader.

Poco después, Semual se marchó y Lidia observó que Thyran Deceus se levantaba y salía de la posada. Sin dudarlo, salió tras él.

Bruno se levantó a su vez y, segundos después, todos estaban fuera del local.

Con cautela siguieron a Thyran hasta su casa y, al ver que aquél tenía una tienda de venta de plantas medicinales, encontraron la excusa perfecta para abordarlo.

Al entrar en la tienda, Thyran los miró. Pensó que sin duda eran forasteros y los atendió con amabilidad. Mientras Bruno hablaba animadamente con Thyran sobre bálsamos para el reumatismo, Lidia observaba al viejo de piel curtida y elegantes faldones de seda verde. Su voz era amable, pero sus ojos de cobarde lo delataban. Y cuando la poca paciencia que poseía la joven se quebró, saltó sobre el mostrador y, poniéndole la daga en el cuello, le espetó:

—Busco a tu hermano Dimas. ¿Dónde está?

Sorprendido, el cobarde de Thyran confesó que su hermano, aquel sucio y rastrero asesino, se encontraba en el castillo de Emergar, guarecido por su gran ejército.

Cuando hubieron terminado con el interrogatorio, Penelope, que hasta el momento se había mantenido en un discreto segundo plano, con una sangre fría que dejó a todos atónitos, se acercó al viejo Thyran y, tras sacarse la daga que llevaba al cinto, se la clavó en medio de la mano.

—Mi marido es Fenton Barmey —siseó—. Por tu bien, más vale que cuando llegue donde has dicho lo encuentre con vida; de lo contrario, regresaré y yo misma te mataré con esta daga.

El hombre balbuceó tembloroso. Apenas se lo entendía, y finalmente, para que callara, Bruno de dio un puñetazo y este cayó desmayado.

Tras atar al viejo a una silla y ver que la herida provocada por la daga de Penelope era más superficial que otra cosa, los cinco salieron con el mismo sigilo con el que habían entrado y se encaminaron hacia otra tienda, donde compraron los víveres necesarios para su próximo viaje.

De madrugada, tras partir de Villa Silencio montados en sus caballos, con *Dracela* volando sobre sus cabezas, llegaron al monte Coulis. Una vez allí, desmontaron y Bruno miró a Lidia.

—¿Debo pensar que confías en mí y que das por perdida la recompensa que ofrece el mercader de Londan? —preguntó.

Ella lo miró entonces de hito en hito y, sin mediar palabra, lo besó delante de todos.

Gaúl y Penelope sonrieron al tiempo que *Dracela* murmuraba divertida:

—Vuestra especie es muy… rara.

Aturdido por aquel beso inesperado, Bruno ni siquiera se movió y, cuando Lidia terminó, se alejó de él en silencio y una tímida sonrisa en los labios.

—Vaya… —murmuró él observándola.

Lo que Bruno no sabía era que la noche anterior su amigo Semual le había contado la verdad sobre su historia. Él no era un ladrón, sino un guerrero que, como ella, sólo intentaba vengar la muerte injustificada de su hermana Aldena. El mercader de Londan les había mentido para que lo encontraran y, tras hablarlo con Gaúl a solas, habían decidido rechazar ese encargo. Bruno

merecía ser libre y vivir para vengar a su hermana.

El guerrero vio entonces cómo Lidia, tras dejar una de sus alforjas en el suelo, se volvía y caminaba de nuevo hacia él.

—Ya no eres nuestro prisionero —declaró la joven dejándolo pasmado—, y quiero que sepas que tu lucha es nuestra lucha. Si quieres, puedes cabalgar con nosotros hacia El Picual en busca del marido de Penelope y después a por Dimas Deceus. Pero también entenderé que prefieras regresar a Londan para vengar la muerte de tu hermana Aldena.

Boquiabierto porque supiera el nombre de su hermana y por el beso que le había dado minutos antes, Bruno se disponía a responder, pero Lidia dio entonces media vuelta y se encaminó hacia Penelope, que miraba con atención hacia el monte Coulis.

Al ver el desconcierto del guerrero tras lo ocurrido, Gaúl se le acercó, le propinó un codazo para llamar su atención y susurró en tono de mofa:

—Esto es inaudito. La jefa, rechazando un encargo, ¡increíble!

Dracela, que estaba tumbada en un lateral del camino y había observado la escena, murmuró mientras el enano Risco le limpiaba una uña:

—Tienes suerte, Bruno Pezzia, mucha suerte…

Él sonrió. Sin duda regresaría a Londan para vengar la muerte de su hermana, pero eso sería después de encontrar al marido de Penelope. Lo que al principio había sido un golpe de mala suerte había resultado ser todo lo contrario y, mirando a Lidia, aquella morena de modales no muy femeninos, replicó con socarronería:

—¿Sabéis? Creo que le gusto.

—Ten cuidado con ella —se mofó Gaúl—. El que avisa no es traidor.

—Quizá ella es tu destino —afirmó Risco mirándolo.

—En el fondo, esa fierecilla está loquita por mí —aseguró Bruno.

—Oh…, qué vanidoso —se guaseó la dragona mientras Gaúl y Risco se carcajeaban.

Bruno se estiró y, clavando la mirada en la cazarrecompensas que con su rudeza le estaba robando el corazón día tras día, murmuró:

—Sin duda éste va a ser el viaje más interesante de mi vida.

Gaúl y *Dracela* sonrieron. Era cierto, el viaje prometía.

No muy lejos de aquellos que bromeaban, Penelope observaba el cielo estrellado cuando notó que una mano se posaba en su hombro. Al volverse se encontró con Lidia, y ambas sonrieron.

Después de un silencio muy significativo, Lidia extendió una mano y Penelope vio sorprendida que la guerrera le ofrecía el colgante que le había arrancado del cuello el día que se conocieron; aquella maravilla de fino oro grabada con una «F» que su adorado Fenton le había regalado el día de su boda.

Las lágrimas afloraron a sus ojos y Penelope los cerró con fuerza mientras Lidia decía:

—Esto es tuyo, y sólo tú debes llevarlo.

La joven abrió los ojos, cogió el colgante que tanto significaba para ella y se lo llevó a los labios para besarlo.

Lidia, cuyas emociones parecían haber encontrado una puerta de escape tras conocer a Bruno, moduló la voz para no emocionarse y declaró:

—Buscaremos a tu marido en El Picual o donde sea y lo liberaremos. Y no porque desee que estés conmigo por la llave élfica, sino porque te aprecio, eres mi amiga y quiero que seas feliz.

Al oír su escueta pero clarísima declaración de amistad, Penelope la abrazó y Lidia sonrió feliz. La cercanía de las personas que habían llegado últimamente a su vida había conseguido que el hielo que rodeaba su congelado comenzara a derretirse.

Además de su inseparable amigo Gaúl y de su maravillosa dragona *Dracela*, ahora en su vida estaba Penelope, una candorosa mujer a la que quería como a una hermana, un enano azul que sonreía sin parar y un apuesto y valeroso guerrero llamado Bruno Pezzia, que, con sus continuos retos, su paciencia y su manera de besarla había logrado abrirse paso hasta su corazón.

Esa madrugada, cinco jinetes y un dragón volador viajaron por el camino de la Piedra en dirección a El Picual. Debían encontrar a Fenton Barmey y no pararían hasta localizarlo.

Parte 2

Meses después, a muchos kilómetros de distancia

Frío.

Dolor.

Soledad.

Desasosiego.

Todas esas sensaciones y alguna más sentía Fenton Barmey en ese momento.

Aún recordaba la fallida huida que él y otros presos habían intentado una semana antes. En aquella desorganizada locura, la gran mayoría de ellos habían muerto desangrados por los brutales hombres de Dimas Deceus. A él lo habían lastimado en el costado, y muchos de los que habían resultado heridos morían con el paso de los días a causa de la sed o la desnutrición.

Habían transcurrido casi nueve meses desde que lo interceptaron en el norte y lo separaron de su preciosa Penelope, y Fenton se moría de angustia al pensar en ella.

¿Sería cierto lo que había oído? ¿Estaría bien?

A diferencia de otras mujeres, Penelope era dulce, tierna y tranquila. Le encantaba coser, cocinar, mimarlo, y era incapaz de levantar la voz por nada. Nunca se enfadaba, siempre sonreía, y pensar en el sufrimiento que su ausencia le estaría provocando, junto con el no saber de ella, lo estaba volviendo loco de preocupación.

La destartalada carreta que se dirigía hacia Trastian, donde Fenton iba encadenado junto a otros prisioneros para ser vendidos posteriormente y enviados al mundo nuevo, traqueteaba todo el tiempo, y la herida de su costado no paraba de supurar.

Con cuidado, la destapó y frunció el ceño al ver la mancha oscura que se estaba formando a su alrededor. Infección. Aquellos malditos guerreros que lo atormentaban todos los días no lograrían matarlo, pero aquella infección, si no la detenía a tiempo, lo haría y pronto.

Sin fuerzas, se recostó en los tablones de la carreta y cerró los ojos. Como siempre, miles de recuerdos acudieron a su mente. Recuerdos bonitos, alegres y llenos de vida. Recuerdos de otros tiempos que le hacían recordar el hombre que había sido. Pensó en sus padres y en su bondad, en sus hermanos y su complicidad, pero inevitablemente su mente se centró en recordar a su preciosa y dulce Penelope. En sus ojos cuando lo observaba, en su sonrisa cuando le sonreía, en su boca cuando le decía «Te quiero», en el tacto de sus manos cuando le acariciaba el rostro o en la entrega de su cuerpo cuando le hacía el amor. Todo. Absolutamente todo regresaba a su

mente.

Pero no. No debía hacerlo. No debía castigarse más. Tenía que alejar aquellos pensamientos de él, porque aquello era el pasado. Él ya no era la persona que Penelope había conocido; era un monstruo desfigurado y sucio, y se avergonzaba sólo de pensar que pudiera verlo en su actual estado.

Él guerrero joven, divertido, gallarlo y lleno de vitalidad que Penelope conoció había desaparecido. Se había esfumado como su sonrisa, y Fenton dudaba que algún día volviera a verlo.

Los nueve meses que llevaba prisionero de un lado para otro habían hecho mella en él, convirtiéndolo en un ser hosco, desconfiado y repleto de cicatrices. La más grande, la que envolvía su corazón. Aunque la más visible era la que le habían infligido con una espada y le había desfigurado el lado derecho del rostro. Su fortaleza le permitió curarse, pero sus ojos se llenaron de odio y la rabia se instaló en su mirada.

Durante aquellos tortuosos meses, había conocido a muchas personas allá donde había estado cautivo. Tristes hombres y mujeres con historias desgarradoras que, por desgracia, acababan aún peor.

Un mes antes, había oído hablar a uno de aquellos presos sobre una cazarrecompensas que buscaba a un tal Fenton Barmey. Eso llamó su atención, y más cuando oyó que aquélla iba acompañada por un dragón, dos hombres, un enano azul y una bonita mujer llamada Penelope.

¿Sería su esposa? Y, en caso de que lo fuera, ¿cómo había llegado hasta ellos y qué hacía buscándolo?

La mujer con la que él se había casado era femenina e incapaz de empuñar un arma. ¿Tanto había podido cambiar en aquellos meses? Pero Fenton se respondió rápidamente a sí mismo: sí. Al igual que él había cambiado por las circunstancias, ella podría haberlo hecho también.

Montaña del Arapeo

Amanecía.

La luz del nuevo día caló a través de la tela de la tienda donde Lidia dormía y alcanzó sus párpados. Al sentir la luz, la guerrera se dio media vuelta deseosa de seguir durmiendo. Tenía sueño, mucho sueño, y quería dormir. En busca de calor, enroscó sus piernas en el cuerpo tibio que encontró a su lado y, al sentir que la abrazaban, abrió los ojos y oyó:

—Buenos días, fierecilla. Hoy estás más hermosa que ayer y…

Pero él no pudo terminar la frase. Como si tuviera un muelle en las piernas, Lidia lo empujó con tal fuerza que Bruno cambió su expresión amorosa por un ceño fruncido y siseó mientras se levantaba:

—A ti no hay quien te entienda, mujer.

—No pretendo que me entiendas —gruñó ella.

Bruno Pezzia no se sorprendió por aquella respuesta. Si algo tenía claro era el carácter endiablado de la guerrera, y no sólo cuando se levantaba por las mañanas.

¡Mujeres! ¿Quién las entendía?…

Su relación en aquellos meses había pasado de estar todo el día riñendo a algo más intenso y apasionado. Lidia se lo había permitido, y él había aceptado encantado. Sin embargo, en ocasiones como aquélla, tras haber pasado una bonita noche juntos bajo las mantas, donde sus cuerpos se habían encontrado para darse placer, se le hacía más difícil su reacción.

Bruno se levantó del suelo y cogió su manta para doblarla.

—Lidia, escucha, yo… —empezó a decir.

—No. No te escucho —lo interrumpió ella—. Te lo he dicho mil veces. Lo que ocurra entre nosotros ¡ocurre!, pero luego ¡olvídalo!

Bruno frunció el ceño. ¿Cómo podía ser tan dulce en determinados momentos y tan arisca en otros? No obstante, sin darse por vencido, pidió:

—De acuerdo, ¡olvidado! Pero escúchame, sabes lo que siento por ti y…

—No empieces, Bruno.

Acercándose a ella para tenerla más cerca, le rodeó la cintura con un brazo e insistió:

—Intento ser paciente contigo pero, créeme, si olvidara lo que hay entre nosotros como tú me dices, lo pasarías mal. Afortunadamente, tengo bastante éxito entre las mujeres y…

Al oír eso, Lidia resopló.

—¡Serás creído!

Sin soltarla, Bruno prosiguió:

—No puedes besarme como me besas ni entregarte como te entregas a mí bajo las estrellas y luego, al amanecer, alejarte como si tuviera la peste y pedirme que me olvide de lo ocurrido.

Lidia parpadeó con suspicacia. Su romanticismo, aquel romanticismo al que él la estaba acostumbrando, la hizo sonreír. Sin embargo, se contuvo.

—Vamos a ver, Bruno —dijo—. Simplemente lo pasamos bien en ciertos momentos. Ya sabes que no busco amor eterno, ni nada por el estilo. Por tanto, recoge tu manta, cierra la boca y asume que no eres tan especial para mí como tú crees.

Aquellas palabras cada día lo molestaban más. ¿Por qué se empeñaba en recordarle que él no era especial? ¿Por qué ella no sentía la locura de sentimientos que lo asaltaban a él cuando la miraba, cuando la tocaba, cuando la besaba? ¿Por qué?

Finalmente, tras soltar un bufido de frustración, recogió su manta, la arrojó a un lado y, sin mirar a Lidia, salió de la tienda y se alejó. Cada día estaba más harto de aquel trato, y algún día se lo haría pagar.

La joven salió a su vez de la tienda y sonrió. Con el paso de los meses, Bruno se había convertido en una persona tremendamente especial para ella. La hacía sonreír cuando no lo esperaba, estaba siempre pendiente de hacerle la vida más fácil y, aunque eso le gustaba, no estaba dispuesta a dejarse embaucar por asuntos del corazón. No quería sufrir.

Sin quitarle el ojo de encima y divertida por cómo el guapo guerrero caminaba con paso firme, comenzó a enrollar su manta.

—Al final se cansará de tus desplantes y ni te mirará —oyó entonces que alguien decía.

Lidia se volvió con el ceño fruncido. Penelope estaba sentada sobre una gran roca, limpiando su espada.

—Quizá sea lo que quiero —espetó Lidia—. Odio cuando me mira con esa cara de… de… de tonto.

—¿Estás segura? —murmuró la joven.

—Sí.

—¿No te importaría que le sonriera a otra como te sonríe a ti?

—No.

—¿Ni que besara o regalara palabras tiernas a otras?

—No.

—¿Tampoco te importaría que le hiciera apasionadamente el amor a otra mujer bajo las estrellas?

Oír todo aquello no le estaba agradando, pero Lidia contestó sin inmutarse:

—Por supuesto que no.

Penelope suspiró. En los meses que llevaba con Lidia, había podido ver lo terrenal que era ella para sus cosas y, sonriendo, se mofó:

—Permíteme dudarlo.

Molesta por la ridícula sonrisa con la que la muchacha la escudriñaba, la guerrera dobló su

manta en dos y entró en la tienda para dejarla. Se retiró el pelo de la cara con furia. Pensar en lo que Penelope había dicho la ponía enferma. Pero ella era Lidia, la cazadora de recompensas, y su fortaleza debía poder con todo.

Segundos después, cuando volvió a salir, miró a aquella amiga a la que tanto quería y le espetó antes de irse a lavar a un pequeño riachuelo:

—Pues no lo dudes ni un segundo.

Con gesto divertido, Penelope la siguió con la mirada hasta que desapareció tras unos arbustos. Todo lo que tenía de experta guerrera lo tenía también de cabezota.

Conmovida por la bonita y particular relación de aquellos dos, recordó el cortejo que había mantenido años atrás con su marido. Su festejo con Fenton había sido más tradicional. Paseaban, hablaban y apenas se rozaban; sólo había habido un par de besos apasionados antes del matrimonio, aunque, tras la boda, había disfrutado todas las noches de la pasión bajo las sábanas.

Bruno y Lidia no habían pasado por el altar, como había hecho ella, y dudaba que lo hicieran. Su situación era diferente, pero no le cabía la menor duda de que, aunque Lidia lo negara, estaba tan cegada por Bruno como él por ella.

Hacía ya más de nueve meses desde que se había unido a aquel pintoresco grupo, y cada día que pasaba estaba más feliz de pertenecer a él. Los dos primeros meses había buscado desesperadamente a su amado Fenton junto a sus nuevos amigos. Había intentado localizarlo, saber de él, liberarlo… Pero todo había sido inútil.

Y, al tercer mes, el mundo se le vino abajo cuando, tras el ataque de Las Cañadas, se encontró con un viejo amigo de su marido, Samuel Le Fol, que le comunicó antes de morir desangrado que Fenton había perecido días antes a manos de uno de los hombres de Dimas Deceus y había sido arrojado a una fosa común.

Saber aquella noticia la hizo caer en una desesperación sin fin. Penelope quiso morir. Quiso desaparecer de este horrible mundo. Quiso dejar de respirar. Pero, gracias a Lidia, Gaúl, Risco, Bruno y *Dracela*, que se ocuparon de ella día y noche, con el paso de los días consiguió remontar su pena y aceptar que debía vivir, aun sin su esposo.

Apenas hablaba, ni comía, ni cooperaba en nada. Sólo se dedicaba a seguirlos allá donde fueran como una alma en pena y a permanecer oculta mientras ellos luchaban, con la esperanza de que una espada envenenada se cruzara en su camino para al fin poder reunirse con su amado Fenton. Con su amor.

Pasó un tiempo y un día, sin saber por qué, al oír la respiración cansada de Bruno en pleno combate para liberar a unos rehenes, una extraña fuerza levantó a Penelope de donde estaba, y acto seguido cogió la espada de un caído y se unió a la lucha.

Mientras combatía con torpeza, pensó con rabia en la tristeza que Lidia debía de haber sentido al descubrir a sus padres y a su hermana muertos. En la desesperación de Gaúl, al ver a su amada asesinada, y en la rabia y el desasosiego que debía de haber vivido Bruno al ver la vida truncada de su hermana; en la furia de Risco al saber que sus padres nunca más lo besarían…

Ella no era la única que había perdido a un ser querido.

Ella no era la única que había vivido una tragedia.

Por todo ello, aquel día, una nueva y dura Penelope resurgió de su interior. Decidió continuar

adelante con su vida, como Fenton habría deseado, e intentar recordar lo menos posible un pasado que nunca regresaría.

Ayudaría a todo aquel que la necesitara, como la habían ayudado a ella, y sobre todo dejaría de ser un lastre para el grupo y se uniría a la lucha de encontrar a Dimas Deceus, aquel malnacido que tanto daño había causado.

Todo el grupo se unió para instruirla en el combate. Lidia le enseñó a empuñar una espada, Bruno a esquivar golpes, Gaúl a caer y a levantarse del suelo con celeridad, y Risco a rastrear. En aquellos meses, había pasado de ser una simple mujer de su casa a convertirse en una guerrera a la que respetar.

Los días pasaron y el agotamiento era cada vez más latente. Necesitaban recobrar fuerzas para continuar con su lucha y, gracias a la llave élfica que Penelope portaba, los cinco, junto a la dragona, traspasaron sin peligro las defensas druidas de Boslo, y aquel mundo mágico e imposible de visitar para el resto de los humanos los acogió sin hacer preguntas.

Durante los días que estuvieron allí aprendieron la sabiduría ya olvidada de muchos de los maestros Melieros, y Penelope, la más torpe e inexperta de todos, se llenó de fuerza, coraje y valor.

Muchos fueron los atardeces en que la nueva Penelope paseó con el maestro Thor Kile, el hombre que en su mundo le había regalado la llave élfica tras ayudarlo desinteresadamente. No había nada más sabio que escuchar y aprender de un maestro como aquél, que poseía un gran conocimiento del saber.

El día que abandonaron las defensas druidas, Thor Kile, el gran maestro Meliero, entregó a cada uno de ellos, excepto a Penelope, que ya la tenía, una llave élfica en señal de su confianza. Así podrían traspasar las defensas druidas y usar la magia que la llave les proporcionaba en el Gran Pantano siempre que lo necesitaran.

El maestro Thor miró a Penelope y susurró:

—En tu camino encontrarás lo que sueñas. No será fácil el recorrido, pero la finalidad del mismo será tu gran recompensa.

Ella sonrió y asintió, comprendiendo que, tarde o temprano, la paz llegaría a su pueblo y, en especial, a su magullado corazón.

El agotado grupo, que un día había llegado a aquel lugar mágico, regresó a su mundo con fuerza, serenidad y, sobre todo, con unión tras abandonar la seguridad de los druidas.

Días después, gentes del mundo de La Piedra Alaya se les unieron, lo que los convirtió en un gran grupo de ataque contra Dimas Deceus. Todos tenían un mismo fin: acabar con su terrible injusticia y recuperar la paz.

Regresando de sus pensamientos, Penelope miró a su derecha. Allí, Gaúl recogía sus mantas del suelo mientras, más allá, varias personas preparaban en un enorme caldero unas gachas para desayunar.

En ese momento una sombra proveniente del cielo la hizo mirar hacia lo alto y sonrió al ver llegar a *Dracela*, la dragona alada tan temida por el enemigo pero tan querida por su gente.

Tras sobrevolar a sus amigos, que vitorearon al verla, la dragona se posó en el suelo y, mirando a la joven que limpiaba su espada sobre una piedra, la saludó.

—Buenos días, Penelope. ¿Has dormido bien?

La joven asintió.

—Sí. Todo lo bien que el frío me ha dejado.

Gaúl se acercó hasta el fuego y, tras llenar dos cazos de gachas, caminó hacia ellas y le entregó un cazo a Penelope.

—Yo he desayunado dos jabalís y un tierno cordero —dijo la dragona al verlos comer.

—Te cuidas que da gusto —sonrió Gaúl.

—Sí, amigo —rio *Dracela*—. Reconozco que hoy he tenido una buena caza. Por cierto, ¿dónde está la jefa?

—Lavándose en el riachuelo —informó Penelope.

Los dos humanos y la dragona charlaron animadamente durante un rato, hasta que de pronto los tres se fijaron en que Bruno Pezzia pasaba ante ellos con el entrecejo fruncido.

—¿Qué le ocurre a nuestro rompecorazones? —preguntó la dragona.

Gaúl, que se había percatado de lo ocurrido, sonrió, y Penelope murmuró sin querer ahondar en el tema:

—Lo de siempre.

Dracela asintió con la cabeza.

—No he conocido a otro hombre con tanta paciencia.

—Porque está enamorado —declaró Penelope—. Si no lo estuviera, te aseguro que la paciencia ya se le habría agotado.

Gaúl asintió. El pobre Bruno se iba a volver loco con Lidia. Hasta él había dejado de entenderla.

—Si yo fuera él —dijo—, ya habría perdido la paciencia y miraría a otra mujer, aunque sólo fuera para jorobarla.

La dragona soltó una carcajada que retumbó a su alrededor y, bajando la voz para que nadie más la oyera, murmuró:

—Sería interesante que lo hiciera para comprobar la reacción de nuestra cabezota guerrera.

—Ya lo creo —se mofó Gaúl riendo con ganas.

Bruno, que tenía un oído muy fino, se llenó un cazo con gachas y caminó hasta el lugar donde se encontraban sus amigos.

—Os estoy oyendo, y me preguntaba si os sería muy difícil hablar de vuestras propias vidas y dejar en paz las de los demás. ¿Qué os parece la sugerencia?

Gaúl, animado, se disponía a contestar cuando vio por el rabillo del ojo llegar a la enana Tharisa, el amor secreto de Risco. Una rechoncha y azulada mujercita que, tras ser encontrada medio muerta por Bruno en uno de sus viajes por el riachuelo del Doncel y revivirla, bebía los vientos por su salvador. El *guapo Pezzia*, como ella lo llamaba.

Como era de esperar, tras la azulada enana caminaba Risco. El pobre se desvivía por ella, pero no conseguía atraer su atención. Tharisa sólo tenía ojos para su Pezzia.

—Buenos días, guapo Pezzia —pestañeó la enana—. Ha sido verte y parece que el sol reluce con más ganas, felicidad y optimismo.

—Buenos días, Tharisa —la saludó él aún ceñudo mientras clavaba la mirada en sus amigos

para que no se rieran.

Risco suspiró al oír las dulces palabras de la enana. Por más que se estiraba para parecer más alto y se atusaba, no conseguía atraer la atención de su amada. Se moría por oír cómo le dirigía una palabra bonita.

—¿Qué te pasa, guapo Pezzia? Te noto alterado, furioso, irritable y con pocas ganas de sonreír —insistió la pequeña, deseosa de conversación.

Dracela, que observaba la escena junto a sus amigos, apoyó la cabeza sobre una de sus patas y respondió reprimiendo una sonrisa:

—Creo que, simplemente, hoy Bruno tiene el día nublado.

Al oír eso, el aludido se volvió hacia la dragona.

—El día nublado lo tiene una que yo me sé —siseó tajante—. Qué mujer más incómoda y difícil… A veces la cogería por el cuello y no sé qué le haría.

—Lo que tienes que hacer es darle a probar de su propia medicina —apuntó Penelope—. Un poco de indiferencia y sonrisitas a otras féminas seguro que le darán que pensar.

Todos la miraron sorprendidos. ¿Cómo podía sugerir eso la dulce Penelope?

Y, soltando una risotada, la joven cuchicheó:

—Si yo fuera tú, lo haría, Bruno.

El apuesto guerrero, sabedor de que Penelope nunca daba malos consejos, repuso:

—Quizá algún día lo haga.

—Hazle saber que ya no crees que ella sea tu destino —susurró Penelope.

—Cada día dudo más que ella sea mi destino —declaró Bruno.

—Ay, guapo Pezzia —tercio la enana—, si abrieras los ojos y miraras a tu alrededor, te aseguro que encontrarías a más de una mujer que se muere por tus huesos.

—No lo dudo —se mofó Risco.

Bruno sonrió. Tharisa era un encanto de chica, pero no era su tipo y, tras agacharse para quedar a su altura, susurró:

—El problema, preciosa, es que me gustan las cosas difíciles y…

—Bruno…, Bruno…

Todos levantaron entonces la mirada y vieron a dos preciosas jóvenes de bellos ojos castaños que caminaban hacia ellos. Eran Neirea y a Sandala, las hijas del mercader Goster der Moor, dos jóvenes preciosas que siempre estaban dispuestas a agradar a Bruno.

Gaúl, que se había percatado del gesto de enfado de la pequeña Tharisa al verlas, cuchicheó:

—Esto se pone interesante.

—Yo diría que peligroso —se mofó la dragona.

—Te secundo, *Dracela*…, te secundo —suspiró Risco al comprobar cómo la enana arrugaba la nariz.

Tharisa, al ver a aquellas dos acercarse contoneando las caderas hacia el objeto de su deseo, resopló pero no se movió del sitio. Bruno cambió su gesto rudo por otro más alegre, y la enana, durante un tiempo que se le hizo eterno, fue testigo de cómo aquellas dos atontadas se mesaban los cabellos para hablar con su hombre. Cuando vio que una de ellas le acariciaba el brazo con la yema de los dedos, ya no pudo soportarlo más. Con disimulo, se metió las manos en el

minúsculo bolsillo de su falda plisada y, tras soplar unos polvos de color berenjena en dirección a Bruno, éste dijo para horror de las muchachas:

—¿Qué os ocurre hoy, que estáis tan feas, espantosas y ajadas?

—¡¿Cómo?! —exclamaron ellas molestas.

La carcajada de la dragona no se hizo esperar cuando Bruno agarró a Tharisa para sentarla sobre sus piernas y dijo:

—Chicas…, chicas…, chicas. Si al menos tuvierais la belleza de mi preciosa Tharisa, me resultaría más fácil miraros, pero siento deciros que ninguna de vosotras posee su fresca hermosura.

Las muchachas se miraron incrédulas. Pero ¿qué decía aquel loco?

Compararlas con aquella enana azul, bajita, culona, de ojos saltones y pelo de rata era el peor insulto que unas bellezas como ellas podían consentir. Y, ofendidas, dieron media vuelta y se alejaron ante las carcajadas de todos y la sonrisa malvada de Tharisa.

Entonces, de pronto, Bruno estornudó y se encontró con la enana sentada sobre sus piernas y a las jóvenes que se alejaban de él.

—Tharisa, ¿qué has hecho? —preguntó al intuir lo ocurrido.

—Nada, guapo Pezzia —suspiró ella oliendo su perfume varonil.

Él, sin embargo, no la creyó. No era la primera vez que se la jugaba, e insistió.

—Tharisa, estoy esperando.

La enana se retiró con un dedo los cuatro pelos que le caían sobre la frente y susurró encantada por su cercanía:

—Esas grotescas, fachosas y antiestéticas deslenguadas se han molestado porque has dicho que la mujer más bella, hermosa, linda, sublime y agraciada del campamento soy yo.

Bruno la miró. La enana pestañeó y él siseó mientras oía reír al resto:

—¿Yo he dicho eso?

—Oh, sí…, mi guapo Pezzia, ¡lo has dicho! —aplaudió encantada Tharisa.

Molesto por los hechizos que en ocasiones la enana le lanzaba, Bruno suspiró. Debería enfadarse con ella, pero lo cierto era que no podía. Tharisa era un encanto de mujer, fuera de la especie que fuese.

Consciente de lo que pensaba, Risco se sentó a su lado.

—Amigo Bruno —le advirtió—, debes estar más alerta o una fea y culona, además de entrometida y azulada, enana… será tu perdición.

—Oh, sí…, lo presiento —corroboró Penelope.

—¿Me acabas de llamar fea y culona? —terció Tharisa.

Risco negó con la cabeza.

—Yo no he pronunciado tu nombre, Tharisa —replicó—, y en este campamento hay muchas enanas azules como tú.

La colleja que la pequeña Tharisa le dio a Risco resonó compacta y contundente.

En ese instante, Gaúl vio llegar corriendo a Lidia y se puso en alerta.

Sin necesidad de que la joven guerrera dijera nada, todos intuyeron por su gesto que algo ocurría. Rápidamente se arremolinaron a su alrededor y ella cruzó una rápida mirada con Bruno.

—Acabo de ver acercarse por el bosque de las Brumas una gran caravana de gente —declaró Lidia—. Pero están todavía muy lejos y no he podido distinguir si es la que esperamos. *Dracela*, necesito que vueles escondida entre las nubes y me digas de quiénes se trata.

—A tus órdenes, jefa.

Sin tiempo que perder, la dragona echó a volar y desapareció de su vista. Lidia se mesó el pelo y, tras ordenar a algunas mujeres que apagaran los fuegos rápidamente, miró a Gaúl y a Bruno.

No se sorprendió de ver a Tharisa con ellos. Desde que Bruno la había encontrado malherida meses antes, aquella enana se había convertido en su sombra. Al ver que Lidia la miraba, Tharisa levantó el mentón e instantes después se marchó seguida por Risco.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Lidia.

Gaúl, aún divertido por lo ocurrido, murmuró:

—Eres su máxima rival, ¡entiéndelo!

Lidia sonrió y Bruno sentenció mirándola con gesto serio:

—Quizá ya no lo sea.

La guerrera sonrió con sorna y él se alejó en dirección a un grupo que hablaba junto a la arboleda.

—Vaya…, vaya… Parece que el guapo Pezzia está enfadado —se mofó Gaúl.

Lidia no contestó. En ese instante, lo único que le importaba era saber si aquélla era la caravana de prisioneros de Dimas Deceus, que viajaba hacia Trastian para su venta.

Aun así, molesta, cogió el cazo de gachas que Penelope le tendía y se apoyó en una piedra para comer. Poco después vio a la joven Irida, que se acercaba al grupo de más allá, y más concretamente a Bruno. Durante varios segundos, Lidia los observó hablar, y se percató de cómo la joven pestañeaba. Sonrió.

—Veo que te hace gracia —cuchicheó Penelope.

Lidia asintió y siguió comiendo.

—Sonrío porque las mujeres despliegan sus encantos ante Bruno y él ni se inmuta —repuso.

Pero, nada más decir eso, observó cómo él estiraba el cuello y fijaba la vista al frente. Con curiosidad, Lidia siguió su mirada y vio que desembocaba en una guapa mujer morena que cargaba con un cubo de agua a la que nunca antes había visto.

—Es Aimil —explicó Penelope—. Se ha unido al grupo la pasada madrugada.

Lidia asintió y, al ver que Bruno caminaba hacia ella y, acto seguido, ambos se abrazaban emocionados, se quedó sin respiración. ¿Quién era aquella mujer?

Los observó durante algunos minutos. Ambos se tocaban el rostro, el cuello, los hombros, y se abrazaban una y otra vez. Sin lugar a dudas, se conocían. Pero ¿de qué?

Sin soltarla, Bruno cogió el cubo de agua que minutos antes ella llevaba y se alejó tras abrazarla con cariño y darle un tierno beso en la coronilla.

Por primera vez en mucho tiempo, Lidia se quedó sin palabras. Aquella efusividad la había dejado sin saber qué pensar, y Penelope, tan sorprendida como ella por lo que había visto, afirmó tras guiñarle un ojo a un estupefacto Gaúl:

—Menos mal que a ti lo que haga Bruno te da igual, ¿verdad?

Sin ganas de comer más gachas, Lidia dejó el cazo sobre la piedra.

—Por supuesto —replicó mientras perdía de vista a Bruno.

Gaúl se disponía a decir algo en ese momento cuando la sombra de *Dracela* apareció e instantes después, tras posarse con delicadeza, informó con su voz ronca:

—Es la caravana que esperábamos.

—¿Seguro? —preguntó Gaúl acomodándose el cinto.

—Sí —asintió la dragona—. Los guerreros de Dimas son inconfundibles.

—¿Has podido ver cuántos son?

—He contado tres carretas de presos y unos diez guerreros a los lados de ambas. También he visto varios enanos azules portando mantas y enseres. En total serán una treintena de guerreros y unos diez enanos.

—No son muchos —asintió Penelope tocándose el colgante que su marido le regaló.

Sin perder tiempo, Lidia ordenó que todos se reunieran y los informó de quiénes y cuántos eran los que llegaban. Luego decidieron urdir un plan entre todos.

—Podremos con ellos —dijo Penelope, animada ante la inminente lucha.

—No lo dudes, preciosa —sonrió Bruno, que volvía a abrazar a la morena.

Su respuesta hizo que la enana Tharisa mirara a Penelope y a la morena como a dos nuevas rivales. ¡Aquello era un sinvivir!

Todos hablaban entre sí, y Lidia esperó a que Bruno se posicionara a su lado como siempre, pero en esta ocasión no lo hizo. Eso la molestó, pero calló. Se lo veía muy concentrado en la morena.

—Por la distancia que hay desde aquí hasta Trastian, sin lugar a dudas harán noche en el camino —dijo *Dracela,* que hablaba con Gaúl.

—¡Perfecto! —asintió Lidia. Y, al ver que Bruno seguía alejado del grupo, decidió llamar su atención gritando—: Bruno Pezzia, ¿podemos contar contigo?

Él la miró y, con una sonrisa más amplia que la de noches antes, afirmó:

—Por supuesto. Contad conmigo como siempre.

Dicho esto, continuó hablando con la morena.

Cinco minutos después Lidia caminó hasta él molesta.

—Perdona —le espetó—. No quiero molestar, pero ¿serías tan amable de acercarte hasta donde estamos todos para poder concretar el plan de acción?

Bruno sonrió. Miró a la morena y, tras guiñarle un ojo, le dijo:

—Cuando termine iré a buscarte para charlar, ¿vale?

—De acuerdo —sonrió ella, y se marchó.

Una vez la joven estuvo lo suficientemente lejos, Lidia miró al hombre que hasta el momento siempre le había sonreído tan sólo a ella.

—¿Qué tienes tú que charlar con ésa? —inquirió.

Sorprendido y atónito por su gesto, Bruno la miró, luego miró a Penelope, que sonreía, y acercándose a Lidia susurró:

—Lo que quiera. No olvides que lo que ocurre entre nosotros ¡ocurre! Después hay que olvidarlo todo, ¿no es así?

Lidia notó como si tuviera fuego en las entrañas. Jamás había sentido celos de nadie, y no quería tenerlos ahora de aquella morena. Cuadró la mandíbula, alzó el mentón con soberbia y dijo:

—Vamos, regresemos con los demás. Nos están esperando.

Cuando se dio la vuelta, Bruno levantó la vista al cielo y sonrió.

Durante horas hablaron sobre cómo proceder y, una vez todo quedó claro, Lidia, que era quien llevaba la voz de mando en el campamento, afirmó:

—De acuerdo. Una vez acampen, visualizaremos sus posiciones y los atacaremos al anochecer.

Todos asintieron. Era lo mejor.

Tharisa, que una vez comenzada la reunión se había unido a ella junto a su Pezzia, preguntó mirando a la guerrera:

—¿Utilizarás el brebaje que preparé?

Lidia la miró. Por primera vez había sentido lo que la enana azul sentía al ver a Bruno con ella.

—Por supuesto —respondió con empatía—. Debemos echar tu brebaje en su cena y esperar a que haga efecto. Después, atacaremos.

Encantada de sentirse parte del grupo de acción, Tharisa saltó, y Bruno la levantó del suelo para abrazarla.

—Bien…, bien… —exclamó—. Bien por mi preciosa Tharisa.

Emocionada, alterada, estupefacta e impresionada, la enana asintió y, cuando Bruno la dejó de nuevo en el suelo, declaró:

—Os demostraré lo efectivo que es y lo buena que soy preparando brebajes.

De nuevo se abrió debate. Ahora sólo faltaba decidir quién se infiltraba en el campamento enemigo para echar el brebaje en la cocina.

Risco, que quería impresionar a Tharisa para que se fijara en él como hacía con el guapo Pezzia, se ofreció voluntario.

—Yo me introduciré en su campamento para echar el brebaje de Tharisa en la comida —dijo. Todos lo miraron, puesto que Risco no destacaba por su braveza—. *Dracela* ha dicho que ha visto a varios de mi especie entre ellos —prosiguió él—, y estoy seguro de que nadie reparará en un enano más.

—Buena idea, amigo —asintió Bruno chocando la mano con él.

—Sí. Es una idea prodigiosa, extraordinaria, sensacional —afirmó Tharisa de buen humor.

—De acuerdo —asintió Lidia con seriedad—. Esperemos a que sea noche cerrada. Después conseguiremos que Dimas Deceus rabie.

Todos sonrieron y levantaron sus espadas satisfechos. Era un buen plan.

Cuando la reunión hubo acabado, Lidia vio cómo Bruno se alejaba de ella.

—Tú te lo has buscado, querida —murmuró *Dracela*.

La guerrera, furiosa, no contestó. En vez de ello, dio media vuelta y caminó en sentido contrario.

Durante horas, Lidia esperó la llegada de Bruno, pero él no apareció. Sin lugar a dudas, se había tomado al pie de la letra aquello de ¡olvidar!

Después de la comida, mientras estaba sentada con Penelope bajo un árbol, vio pasear a la pareja por el campamento. La morena parecía divertida con lo que él le contaba y, sólo con ver el gesto de Bruno, supo que disfrutaba de la compañía de aquélla.

Penelope, viendo hacia adónde miraba su amiga, se disponía a decir algo cuando Lidia murmuró:

—Ni se te ocurra decirlo; sé muy bien lo que piensas. —Se levantó de un salto y añadió—: Voy a descansar un rato. Esta noche será larga

Acto seguido, la cazarrecompensas se levantó y, tras dirigirle una sonrisa a Penelope, fue hasta su tienda y extendió su manta en el suelo. Se desnudó quedándose sólo vestida con una camisola, se tumbó y cerró los ojos.

Necesitaba descansar, pero las imágenes de Bruno y de aquella morena sonriendo la estaban atormentado. Se dio media vuelta para un lado, después para el otro y, cuando estaba a punto de estallar a causa del nerviosismo, la puerta de la tienda se abrió y apareció Bruno.

Ambos se miraron durante unos instantes pero ninguno de ellos habló. Al cabo, él caminó con paso decidido hacia su manta y la cogió. Lidia lo miró, la agarró y le preguntó sentándose:

—¿Adónde llevas tu manta?

—A donde me dé la gana —replicó él con gesto serio.

Todavía más desconcertada que antes, ella insistió:

—¿Te vas con la morena?… ¿Cómo se llamaba?

—Aimil —respondió él.

—Chico…, ha sido verla y se te ha iluminado la cara y la sonrisa. ¿A qué se deben tantos besos y abrazos?

El silencio se instaló de nuevo entre ellos hasta que Bruno preguntó:

—¿Te supone algún problema que me vaya de tu lado?

—Absolutamente ninguno —aseguró ella—. En todo caso, gano más espacio para dormir.

Bruno asintió al percibir su frialdad.

Sin duda podía marcharse cuando quisiera. Entre ellos nunca había habido normas, ni promesas, especialmente porque Lidia nunca las había querido.

Ella soltó entonces la manta y siseó:

—Si tu manta sale de mi tienda, ni tú ni ella volveréis a entrar.

Bruno la miró boquiabierto por su desafío. Finalmente asintió.

—Muy bien, jefa —dijo—. No hay ningún problema. Pero antes de que mi manta y yo salgamos de esta tienda, te voy a decir tres cositas.

Lidia se puso entonces en pie, levantó el mentón y siseó:

—Tú dirás.

Enfadado con la situación, puesto que había ido allí para hacer las paces con ella, él le espetó:

—La primera. No voy a mendigar ni tus besos, ni tus abrazos. Si tú, como mujer, no me necesitas, asumido está, y buscaré quien me necesite.

—Muy bien —afirmó Lidia con chulería—. ¿Cuál es la segunda cosa?

A cada instante más enfadado, Bruno clavó sus ojos azules en ella y añadió sin pensar:

—Una vez acabemos esta contienda, cogeré mi caballo y mis escasas pertenencias y me iré. No creas que te necesito para subsistir.

—¿Y la tercera? —preguntó la guerrera con el corazón encogido y un hilo de voz.

Dispuesto a ser sincero con ella, Bruno replicó:

—La tercera: Aimil era la mejor amiga de Aldena y, por tanto, es como una hermana para mí. Reencontrarme con ella ha sido como volver a ver a mi hermana.

Eso lo cambiaba todo, pensó Lidia. ¿Cómo había sido tan tonta? Pero, cuando fue a moverse para acercarse a él, el guerrero dio un paso atrás.

—No —dijo—. Ahora soy yo el que no quiere nada de ti.

Sin más, Bruno dio media vuelta y salió de la tienda dejando a la joven sin saber qué hacer o qué decir. La sensación de pérdida que sintió en ese instante fue terriblemente dolorosa pero, cuando las lágrimas estaban a punto de derramarse de sus ojos, la puerta de la tienda se abrió y Bruno entró de nuevo.

Ambos se miraron a los ojos unos segundos, hasta que él se acercó a ella, la cogió entre sus brazos y la besó. Desesperada, Lidia lo abrazó. Había vuelto. Eso era lo único que importaba.

Enloquecido, el guerrero metió las manos por debajo de su camisola y se la quitó. Los pechos lozanos de la joven, que Bruno adoraba, se movieron ante él y jadeó.

Ardiente de deseo, Lidia se arrodilló y luego se tumbó. Desnuda ante él, extendió sus manos a la espera de que su hombre se las cogiera. Poniéndose de rodillas, Bruno le cogió las manos y la abrazó fuertemente con cariño.

Al sentirlo encima de ella, la joven gimió, mientras él la envolvía entre sus brazos con la ternura habitual. Durante varios minutos únicamente se besaron, el deseo por poseerse aumentando más y más a cada instante.

Lidia era tentadora y deseaba lo mismo que él, por ello, Bruno se desabrochó el pantalón con rapidez, sacó su duro miembro y, aceptando la invitación de ella, la penetró. La hizo suya, al principio lentamente, pero su propio goce y los jadeos de la joven guerrera lo hicieron acelerar. Sentir el desenfreno de ella lo volvió loco de pasión y, mirándola a los ojos, la poseyó de forma animal hasta que ambos alcanzaron el clímax.

Cuando el deseo desenfrenado hubo terminado, Bruno la miró. Lidia tenía los labios hinchados por sus fogosos besos, y volvió a besarla. Le encantaba su dulce sabor, la deseaba y la quería tanto que le resultaría duro alejarse de ella, pero lo haría. Debía hacerlo.

Mimosa por tenerlo junto a él, la muchacha se relajó. Lo besó hasta que el aliento se le cortó y, cuando ese beso apasionado acabó, Bruno se incorporó, se limpió y se puso en pie para abrocharse los pantalones.

—Ahora, como siempre me pides, ¡olvidaré lo ocurrido! —espetó con frialdad.

Dicho esto, giró sobre sus talones y se marchó dejando a Lidia totalmente desconcertada.

La noche llegó. El frío los atenazó y la lluvia los empapó.

Tras acampar y levantar varias tiendas, los guerreros de Dimas incitaron al cocinero a que preparase en una gran olla una especie de caldo que les calentara el cuerpo. Lo necesitaban. Estaban muertos de frío y agotamiento, y no se percataron de la docena de ojos que los observaban en la oscuridad.

Una vez Lidia y los demás acordaron lo que iban a hacer, se desplegaron por el bosque. Al ver a Bruno, la guerrera se dirigió hacia él como siempre hacía antes de un ataque. Él, en cambio, no le dio su habitual beso de buena suerte, sino que simplemente la miró y dijo:

—Ten cuidado.

Ella asintió y lo observó alejarse. Sin duda debería hacer algo para resolver aquello, pero de momento debía seguir con el plan, y corrió junto a Penelope a su posición.

Los guerreros de Dimas reían y hablaban, y no se percataron de que un enano azul se infiltraba entre ellos caminando con seguridad.

Risco observó todo a su alrededor. Varios enanos como él corrían de un lugar para otro portando lonas y enseres y, para no levantar sospechas, él sólo tuvo que coger una lona más. Su fino olfato lo condujo hasta el lugar donde el cocinero preparaba la cena para los guerreros pero, cuando apenas le quedaban unos pasos para llegar hasta él y cumplir su cometido, unas fuertes manos lo agarraron por el cuello.

—Tú, enano apestoso —dijo una voz de hombre—. Mueve esas ridículas patitas que tienes y tráeme rápidamente unas mantas secas, si no quieres que te arranque tu azulada piel a tiras.

Risco lo miró y deseó asestarle un puñetazo a aquel tipo que lo trataba con tanto desprecio, pero antes de que pudiera responder, el otro lo lanzó contra el suelo y gritó:

—¿Quién te ha dado permiso para mirarme?

Lo siguiente que notó fue una fuerte patada en el estómago, y el pobre Risco se encogió en dos. Quiso respirar, pero el golpe había sido tan brutal que incluso coger aire le resultaba imposible.

—Enano de mierda. Qué asco me das —gritó el salvaje guerrero.

Y, cuando se preparaba para patearle la cabeza y Risco fue consciente de que iba a morir bajo el pisotón de aquél, una voz profunda dijo a su izquierda para llamar la atención del agresor:

—Es vergonzoso ver cómo un supuesto guerrero maltrata a un enano sólo por creerse superior. Sácame a mí de aquí y pelea conmigo. Estoy seguro de que serías tú el que mordería el polvo.

Desde su posición en el suelo, Risco miró al hombre que acababa de salvarle la vida. La oscuridad no le permitía ver con claridad su rostro, pero supo que se trataba de un prisionero. El

guerrero rápidamente se olvidó del enano. ¿Quién osaba a hablarle así? Y, con toda su furia, se encaminó hacia la carreta mientras gritaba descompuesto empuñando su espada:

—¡Cállate, monstruo!

—¿Monstruo? —exclamó el prisionero—. ¿Quién es más monstruo aquí de los dos?

El guerrero, cada vez más enfadado, se detuvo frente a la carreta y comenzó a vociferar.

—¡No te mato ahora mismo porque para mi señor Dimas eres mercancía que vender! ¡De lo contrario, te sacaba de la jaula y te cortaba tu apestosa cabeza!

El gruñido angustioso del prisionero fue lo suficientemente poderoso como para envenenar aún más al guerrero, que metió las manos rápidamente entre las maderas, agarró al hombre y, dándole un golpe brutal contra los barrotes de la carreta, lo hizo sangrar como a un cerdo ante el horror de Risco.

—Allá adonde vayas serás tratado como lo que eres, ¡un monstruo deforme! —gritó el guerrero soltándolo.

Sin tiempo que perder, Risco se levantó del suelo y huyó lo más rápido que pudo. Le habría gustado auxiliar a aquel que lo había ayudado, más tarde regresaría, pero ahora era necesario seguir con el plan.

Sorteando a varios enanos que se afanaban en levantar unos toldos para que los guerreros no se mojaran, Risco llegó hasta donde el cocinero estaba preparando el rancho.

—Eh, tú…, enano asqueroso —lo llamó el cocinero.

Rápidamente Risco se acercó a él. Ésa era su oportunidad.

—Tráeme de esa caja el pan duro para echarle a la sopa. ¡Pero ya!

Sin tiempo que perder, el enano localizó la caja. Tras mirar a ambos lados y ver que nadie lo observaba, sacó con disimulo el brebaje que llevaba consigo y lo vertió sobre el pan. Después se lo llevó al cocinero, que, sin mirarlo, lo echó en el caldero.

Una vez cumplida su misión, el enano azul caminó con disimulo por el campamento hasta desaparecer tras un árbol que lo ocultó lo suficiente para luego huir rápidamente de allí. Ahora sólo había que esperar.

Cuando la calma parecía reinar en el campamento de Dimas, Lidia y su gente los rodearon. Como anteriormente había hecho Risco, el enano volvió a moverse por el campamento para comprobar que el brebaje había hecho efecto. Ver cómo todos aquellos guerreros se movían con torpeza y lentitud lo hizo sonreír.

Dio un silbido y, pocos segundos después, Lidia y los suyos atacaron y se hicieron con el campamento en un santiamén. Los guerreros estaban torpes y resultó fácil acabar con la treintena. Sólo alguno que no había tomado la sopa les presentó batalla, pero le fue inútil. La ferocidad de los otros pudo con él.

—Así da gusto —dijo Bruno mientras metía las espadas de aquéllos en un gran saco.

—Ha sido el enfrentamiento más sencillo que hemos mantenido hasta ahora —sonrió Penelope mientras recogía los arcos para meterlos en otro saco.

Más tarde, las armas incautadas se repartirían entre su gente.

—Creo que hemos encontrado un buen aliado en el brebaje que preparó la bella Tharisa —rio Gaúl, y con picardía añadió—: *Guapo Pezzia*, deberías regalarle un besito…

—Calla y no la líes más —se mofó Penelope al ver cómo lo miraba Bruno.

Una vez acabaron de recoger las armas, Penelope comprendió que algo grave había pasado entre Lidia y él. No se habían acercado el uno al otro tras acabar la contienda y eso era raro. Muy raro. En especial, por Bruno, que siempre se preocupaba porque ella estuviera bien.

—Ya os dije que esa pequeña, rechoncha y fea enana azul tiene toda la pinta de ser una buena bruja —rio Risco.

De pronto, una colleja con la mano abierta de la susodicha cayó sobre la pequeña cabeza del enano y lo hizo maldecir.

Gaúl, Penelope y Bruno sonrieron con humor al presenciar la escena.

—Has sido un valeroso y esforzado enano, ¡pero no vuelvas a hablarme en tu vida! —espetó Tharisa.

—Vamos, no seas tan dura con él —terció Bruno—. Gracias a él y también a ti, hemos conseguido nuestro propósito. Los dos formáis un buen equipo.

Risco se estiró al sentirse importante, y la enana pestañeó mirando a su amado Pezzia.

—El problema será volver a encontrar la esencia dulce —murmuró ella—. Gasté toda la que tenía para este trabajo y ya no tengo más.

—No te preocupes. Encontraremos el modo de conseguirla —señaló Penelope cargando arcos.

—Tú sólo dinos dónde tenemos que ir a por ella e iremos, ¿verdad, Bruno? —sonrió Gaúl.

Al oírlo, el guerrero sonrió pero no contestó, lo que extrañó a su amigo.

Pestañeando, Tharisa se acercó entonces hasta el gallardo Pezzia y, tras ponerse de puntillas para parecer más alta, murmuró con voz sensual, lo que hizo sonreír a Penelope:

—La esencia dulce sólo crece en las noches de luna llena bajo los robles de más de trescientos años. —Bruno se agachó para oírla mejor y, tras retirarse los cuatro pelos que le caían sobre la frente con coquetería, la enana prosiguió—: Para hacerse con ella hay que seguir tres cuidadosos pasos, guapo Pezzia.

—Qué interesante —asintió Bruno—. Y ¿qué pasos son ésos?

Consciente de que había conseguido toda la atención de su enamorado, y en especial su cercanía, Tharisa dio un paso más hacia él y susurró:

—El primero, localizar el roble. El segundo, esperar a que llegue la noche de luna llena, y el tercero, al sentirla brotar arrancarla antes de que la flor se vuelva violeta.

—Ningún problema, Tharisa. Así lo haremos —asintió Gaúl.

De pronto, una extraña lluvia dorada cayó sobre la cara de Bruno.

—Tharisa —señaló él—, ¿te han dicho alguna vez que tienes unos ojos preciosos y un cabello muy sedoso?

Entonces, Gaúl y Penelope lo miraron sorprendidos. ¿A qué venía eso de unos ojos preciosos y un cabello sedoso cuando la enana tenía los ojos saltones y cuatro pelos mal puestos?

—Oh…, oh… Eso no ha estado bien —susurró Risco al ver lo que aquélla acababa de hacer.

—No…, nada bien —convino Gaúl mientras miraba a su amigo, que sonreía como un bobo.

—Y se va a poner peor —murmuró Penelope al ver acercarse a Lidia.

La enana, al oír aquel piropo del hombre que ocupaba gran parte de sus sueños, suspiró y,

acercándose más a él, murmuró con voz sensual:

—Guapo Pezzia, ¿me darías un beso?… Sólo un beso.

Durante varios segundos, Tharisa y el apuesto guerrero se miraron a los ojos. Gaúl arrugó la frente con gesto horrorizado. El beso era inminente, hasta que de pronto Bruno notó un golpe en la espalda que lo hizo caer de bruces. Eso lo despertó. ¿Qué hacía en el suelo?

Molesto por aquel empujón, se volvió dispuesto a luchar, pero se encontró con el gesto ceñudo de Lidia, que le dijo en tono serio:

—¿Serías tan amable, *guapo Pezzia*, de ir a liberar a los prisioneros y dejar de hacer el tonto?

Al intuir lo ocurrido, Bruno miró a la enana. Ésta, sin embargo, se encogió de hombros, levantó sus manitas azuladas en el aire y murmuró:

—Yo no he hecho nada.

Bruno resopló. Las jugarretas de Tharisa cada día eran más continuas y, sin ganas de protestar, ni de sonreír, dio media vuelta y se marchó dispuesto a cumplir su cometido.

Todos miraron entonces a la jefa. ¿Por qué había sido tan bruta con Bruno?

Pero Lidia, despechada por todo lo ocurrido en las últimas horas, clavó su mirada en la pequeña enana, que la observaba con gesto confundido, e indicó:

—Los juegos sucios no me gustan. Ándate con ojo. —Luego, volviéndose hacia Penelope y Gaúl, añadió—: Quiero hablar con vosotros.

Sin saber si reír o no ante la escena que acababan de presenciar, ambos se miraron con ironía y la siguieron. Mejor no comentar nada. Cuando estaban algo alejados del grupo, Lidia reparó en la expresión de guasa de sus amigos.

—El primero que diga una tontería respecto a lo que ha pasado entre esa enana azul y el idiota del *guapo Pezzia* se las verá conmigo, ¿entendido? —les espetó.

Gaúl y Penelope asintieron. Pero, para desesperación de Lidia, la risa de *Dracela* resonó entonces desde arriba. Por ello, Penelope se apresuró a responder:

—Ni un comentario. Lo prometemos.

Tras recomponerse y ver caminar a Bruno hacia los prisioneros, Lidia informó a sus compañeros:

—Bruno abandona el grupo esta noche.

—¿Cómo? —preguntaron los otros dos al unísono.

Conteniendo las tropecientas mil emociones que la embargaban, Lidia cogió aire.

—Ha ocurrido algo entre nosotros y se marcha. Punto y final.

—Y ¿cómo lo permites? —inquirió Penelope mirando al hombre que tanto la había ayudado y que tanto cariño le daba.

—Deberías hablar con él —dijo a su vez Gaúl.

—No —replicó Lidia.

—Necesitamos a Bruno —insistió su amigo—. No puede marcharse. Todos juntos somos…

—Él lo ha decidido así —lo cortó Lidia—. Y no. No voy a suplicarle que se quede. Antes de conocerlo luchaba sin él, y seguiré haciéndolo cuando él ya no esté.

Penelope y Gaúl se miraron sin dar crédito.

—Hay prisioneros que están muy mal, y eso hará que nuestro regreso a la cascada del Gran

Pantano sea más lento —dijo Lidia, resuelta a cambiar de tema—. Por ello he pensado que uno de vosotros dos se adelante con varios hombres. Deberá pasar por el Túmulo, ver lo que nos hace falta y luego cabalgar hasta Villa Silencio para aprovisionarnos.

—Iré yo —se ofreció Gaúl mirando a Bruno. ¿Cómo se iba a marchar?—. Penelope puede ayudarte más con esa gente enferma que yo.

—Tiene razón —asintió la joven—. Yo ayudaré con los heridos.

—Me llevaré media docena de hombres y haré lo que dices —prosiguió Gaúl—. Cuando llegue al Túmulo, abriré una grieta con la llave élfica y vendré a buscaros cuando regrese de Villa Silencio.

—No —corrigió Lidia—. Es mejor que, una vez dejéis las provisiones en el Túmulo, os dirijáis a la cascada del Gran Pantano y nos esperéis allí.

Gaúl la miró y asintió. Sin perder tiempo, éste llamó a varios hombres.

—Ten cuidado, ¿oído? —dijo Lidia mirándolo a los ojos.

—Tranquila, jefa, lo tendré —sonrió él—. ¿Acaso lo dudas?

Con una tímida sonrisa, su amiga asintió sin ser consciente de que un enano azul, ajeno a los del campamento, los había escuchado y se escabullía sin ser visto. Instantes después, Lidia caminó junto a Penelope en dirección al lugar donde se encontraban unos hombres heridos. Había que ayudarlos.

Montado sobre su caballo, Gaúl dio instrucciones a varios hombres, y antes de marchar buscó a Bruno. Lo encontró dándole de beber a uno de los prisioneros.

—Quiero hablar contigo —le dijo.

Bruno asintió. Terminó de darle agua al hombre y caminó hacia él. Cuando llegó a su altura, Gaúl se bajó del caballo y preguntó:

—¿Qué es eso de que te vas?

Su buen amigo lo miró. Después miró hacia el lugar donde estaba Lidia y respondió:

—Creo que ha llegado el momento de hacerlo, Gaúl.

—¿Por qué?

Ambos se miraron y Bruno susurró:

—Sabes perfectamente lo que siento por ella, y no puedo continuar así.

Su amigo asintió. Lo entendía perfectamente, pero insistió:

—Ella es así: arisca, indomable, malhumorada, autoritaria… ¿Acaso no te has dado cuenta todavía?

Bruno negó con la cabeza.

—Sí —repuso—. Ella es todo lo que has dicho, pero también es dulce, suave, bondadosa y cariñosa. Le gusta sonreír, mirar la luna, contar las estrellas. Mi cercanía con ella me ha hecho ver muchas más cosas de ella que nadie ha visto, y odio cuando se empeña en ser simplemente arisca.

—Pero Bruno…

—No, Gaúl. Se acabó. Una cosa es que ante la gente quiera mostrar su lado duro y terco. Eso lo entiendo, y se lo respeto porque es parte del liderazgo. Pero otra muy diferente es que conmigo sea igual, incluso en la intimidad.

—Ella es tu destino, amigo.

Con tristeza, Bruno lo miró entonces y musitó:

—Pero yo no soy el suyo.

Conmovido por lo que su mirada le transmitía, su amigo insistió:

—Piénsalo, Bruno. ¡Piénsalo!

—Está más que pensado, amigo —suspiró él.

—¿Qué sería lo que te haría cambiar de opinión? —preguntó Gaúl entonces, consciente de la atracción que sentían el uno por el otro.

Bruno lo miró. Meneó la cabeza y respondió:

—Que ella admitiera lo que siente por mí de una santa vez. Que me dijera que me necesita y me dejara ser parte de su vida.

Gaúl suspiró. Bruno estaba dolido y Lidia era una mujer complicada. ¿Sería capaz de decir todo aquello? Sin querer meter más el dedo en la llaga, le pidió a su amigo:

—He de partir y me gustaría que las acompañaras en mi ausencia hasta la Gran Cascada. Una vez llegues allí, si quieres marcharte, ¡hazlo!, pero, por favor, ve con ellas hasta allí. Permite que pueda despedirme de ti y no las dejes solas con toda esta gente.

Tras pensarlo durante unos segundos, Bruno asintió. Sin duda, lo que su amigo decía era lo mejor para ellas.

—Gracias, Bruno —dijo finalmente Gaúl sonriendo y extendiendo su mano para chocarla con la suya.

Dicho esto, montó en su caballo y, tras un movimiento de la cabeza, se lanzó al galope con varios hombres y desapareció en la oscuridad de la noche.

Risco y Tharisa, que por su condición de enanos tenían el oído muy desarrollado, se miraron tras escuchar la conversación de los dos hombres y ver partir a Gaúl. El gesto de la enana lo decía todo. Su Pezzia. Su guapo Pezzia iba a marcharse. ¿Qué iba a ser de ella? Y, con determinación, pensó en evitarlo.

Pero Risco leyó lo que iba a hacer en sus ojos saltones.

—Si vuelvo a ver que utilizas tus polvos mágicos para encantar a Bruno, lo diré —la amenazó.

—Oh…, por favor, Risco…, no seas pesado.

—Lo haré, Tharisa —aseguró él—. ¿Acaso no te has dado cuenta de que él no te mira con los mismos ojos?

La enana sonrió y, observando sus uñas oscuras, murmuró:

—No…, no me he dado cuenta de nada y…

—Pero vamos a verrrrrrrr —insistió Risco, molesto por la cabezonería de aquélla—. Pero ¿es que aún no te has dado cuenta de que él es un guerrero y tú una enana azul? Somos dos razas diferentes, ¿no lo ves?

—El amor lo puede todo —replicó ella.

—Al final sufrirás, Tharisa. Él nunca sentirá nada por ti. Su corazón ya está ocupado, y sabes perfectamente por quién.

Molesta, Tharisa miró con recelo a Lidia, que ayudaba a un preso a salir de la carreta, y siseó

con voz áspera:

—Mira, enano entrometido —dijo señalándolo con un dedo—. Él me encontró, me revivió, me salvó, me cuidó, y mi corazón se enamoró de él sin yo pedirlo. No puedo ir en contra de eso.

—Lo sé —murmuró Risco, consciente.

Sin saberlo, cuando Bruno le había hecho el boca a boca para salvarla el día que la encontró, había sellado también su corazón. Y sólo había un modo de que Tharisa se liberara.

—Risco —insistió ella—, ya sabes que sólo hay algo que me hará desistir en mi empeño, y es que él me aclare directamente su amor por la mujer que ama. Él día que eso ocurra, mi corazón se liberará de su embrujo, mientras tanto… seguiré persiguiendo su amor.

Y, dicho esto, Tharisa levantó el mentón y se alejó muy digna. Al no poder revelar el secreto del encantamiento, Risco resopló con el corazón encogido.

Sin tiempo que perder, Penelope daba órdenes directas a su gente. Los presos recién liberados los necesitaban. Lidia se encargó junto a varios hombres de hacer desaparecer a los guerreros muertos, mientras que Bruno liberaba al resto de los prisioneros ayudado por Risco.

En un par de ocasiones, Lidia y Bruno se miraron. En sus ojos había infinidad de reproches, pero ninguno dijo nada. Una vez hubieron terminado de asistir a los heridos más graves, coincidieron al ir a quemar una de las infestas carretas.

—He hablado con Gaúl —dijo Bruno—. Me ha pedido que os acompañe hasta la Gran Cascada. ¿Te parece bien?

Lidia no dijo nada, pero asintió. Sin embargo, su corazón palpitó más deprisa al saber que él no se marcharía esa noche ni tampoco las siguientes.

Bruno se alejó entonces. No quería permanecer mucho tiempo a su lado o la besaría.

Por su parte, cuando Risco llegó a la carreta del fondo recordó que en aquélla estaba el hombre que lo había salvado del guerrero que había estado a punto de matarlo. Sin tiempo que perder, y ayudado por otros enanos azules, se subió carretal carromato y retiró la madera que atrancaba la puerta para liberar a los presos.

Despacio, todos fueron saliendo de ella, y Risco se fijó en el hombre que bajó el último. Era él. Se lo veía desnutrido, sucio y enfermo. No obstante, su altura y la anchura de sus hombros le indicaban que en el pasado había sido un hombre robusto y vigoroso.

Con cuidado de no asustarlo, se acercó a él, que se ocultaba entre las sombras, y dijo:

—Quería darte las gracias por lo que has hecho antes por mí. Te debo una, amigo.

Al oír su voz, el hombre se volvió rápidamente para mirarlo. La luz de la luna se reflejó entonces en su rostro, y Risco se encogió. Ahora entendía por qué el guerrero de Dimas lo había llamado *monstruo*. El enano se sintió conmovido al ver sus ojos cansados y enfermizos y la terrible cicatriz que cruzaba el lado derecho del rostro del hombre.

—De nada —susurró éste.

—Si no hubiera sido por ti, ese guerrero habría acabado con mi vida.

Con una cansada sonrisa, el hombre suspiró y, aún encorvado, respondió:

—Ahora tú me has salvado a mí. Estamos en paz. No me debes nada, amigo.

Inquieto, Risco lo observó andar con pesar. El hombre se sentó lentamente sobre una de las rocas. El dolor en su costado era terrible, y apenas si podía disimularlo. Se ladeaba hacia la

derecha y respiraba agitado.

—¿Estás bien? —le preguntó el enano.

Una vez cogió aire para responder, el prisionero murmuró:

—Es sólo una herida. Pero ahora que estoy libre, estoy seguro de que…

—Risco, ¿me echas una mano? —pidió entonces Penelope.

Al oír aquella dulce voz, el hombre se quedó sin aliento y no pudo terminar la frase. No. No podía ser. Ella no podía estar allí.

Despacio, Fenton volvió la cabeza y la sangre se le heló en las venas al verla. Al reconocerla.

A pocos metros de él, Penelope, su Penelope, su adorada esposa, ayudaba a un hombre malherido a caminar junto a Risco. Incapaz de apartar la vista de ella, la observó dar órdenes con una espada en la mano. La boca se le secó aún más. Estaba preciosa, cautivadora, poderosa, sensual y mágica. La mujercita que había dejado se había convertido en toda una mujer. En una guerrera.

Durante unos instantes pensó en llamarla, en decirle que él era Fenton… Lo deseó. Lo ansió, pero no debía. Él ya no era el gallardo y apuesto hombre que había conocido. Ahora era un animal deforme y desfigurado.

Avergonzado por su aspecto y consciente de que debía desaparecer de allí, se ocultó bajo su costrosa y sucia capa y se puso la capucha. Instantes después oyó unos pies que correteaban hacia él y supo que era de nuevo el enano.

—Te agradezco tu ayuda —declaró Fenton con el corazón dolorido—, pero ahora he de irme.

—Pero si apenas puedes caminar. ¿Adónde vas? —protestó Risco.

Oculto entre sus andrajos, Fenton mintió:

—He de encontrar a mis hombres y liberarlos, seguro que muchos aún están bajo el mando de Dimas y…

No obstante, al levantarse, el dolor lo dobló en dos y tuvo que volver a sentarse. Rápidamente Risco, sin pedir permiso, metió sus manos bajo la capa y destapó la fea herida del costado.

—Esto no tiene buena pinta —musitó.

—Lo sé —afirmó Fenton con un hilo de voz.

Consciente de la mancha negra que rodeaba la herida, el enano añadió:

—Deben curarte de inmediato. Espera un segundo, llamaré a…

—¡No! No necesito que nadie me cure.

Risco lo miró. ¿Qué le ocurría? Pero con prudencia insistió:

—Esta herida está muy mal. Si no se hace nada, la infección te matará.

«Morir», pensó el otro con amargura.

Eso era lo que Fenton le había pedido a su dios durante aquellos terribles meses. Morir. Pero aquel dios al que tantas veces había acudido en sus oraciones no se había apiadado de él. Por ello, tapándose de nuevo la herida, miró al enano de ojos saltones y repitió:

—Yo me cuidaré. Sé hacerlo.

—Estás malherido, ¿no lo ves?

—He dicho que yo me cuidaré —replicó Fenton al ver a Penelope cada vez más cerca.

Risco, que a cabezón no lo ganaba nadie, insistió:

—Necesitas cuidados. Necesitas descansar unos días para coger fuerzas. ¿Acaso no te das cuenta?

Pero de lo único de lo que Fenton se daba cuenta era de que Penelope estaba cada vez más cerca, a tan sólo unos pasos de él, y eso lo tenía aterrorizado. Por ello, mirando al enano con gesto duro, siseó con desesperación:

—No quiero que ninguna mujer me ponga la mano encima. No me fío de ellas, ¿lo entiendes?

Risco sonrió. Por supuesto que no lo entendía. Y menos al pensar en la buena de Penelope. Sin embargo, quería ayudar a aquel hombre.

—Yo te cuidaré, tranquilo. Le pediré a Penelope que me dé algo con lo que poder sanarte y…

—Risco, ¿necesitas ayuda? —dijo de pronto la dulce voz de la joven junto a ellos.

Oculto tras sus sucios ropajes, Fenton cerró los ojos. Sólo tenía que levantar la cabeza para poder mirar de frente a la mujer que noche tras noche lo había visitado en sueños, pero no pudo. La vergüenza que sentía a causa de su aspecto, de no ser el mismo que ella había conocido, no se lo permitió.

Al ver que el hombre se encogía, Risco la miró repuso:

—Tranquila, Penelope, sólo necesito un poco de mejunje de alboriqueleca para sanar una fea herida que este hombre tiene en el costado. Si me lo das, yo mismo se lo pondré.

—No te preocupes, Risco, puedo hacerlo yo —insistió ella acercándose un paso más.

El hombre se movió, y el enano, consciente de su angustia, señaló con premura:

—Esa mujer necesita urgentemente de tus atenciones, Penelope. Tiene una fea herida en la cabeza, y me quedaría más tranquilo si se la curaras tú.

La joven miró a la mujer y, conmovida por su gesto, sacó algo de una pequeña bolsa que llevaba atada a la cintura y dijo sin prestar atención al hombre que se ocultaba de ella:

—Toma, Risco. Cuando acabes con el mejunje me lo traes —y, sin perder un segundo más, se alejó.

Cuando quedaron de nuevo a solas, Fenton respiró aliviado. Miró al enano y murmuró con un hilo de voz:

—Gracias.

Risco asintió con la cabeza e instantes después observó con curiosidad como aquel hombre seguía con la mirada a Penelope. ¿La conocería?

—¿Cómo te llamas?

El prisionero lo miró y, tras unos segundos, respondió:

—Fe… Freman. Freman Ruskmen.

El enano asintió. Sin duda mentía, pero tendiéndole la mano a modo de saludo dijo:

—Yo soy Risco Mancuerda. Y estaré aquí para todo lo que necesites.

El hombre sonrió entonces por primera vez.

Con cuidado, Risco le destapó el costado. La herida era realmente fea, y frunció el ceño. Sin tiempo que perder, sacó de la bolsa de su cintura una pequeña botella de agua con la que limpió

la herida. El hombre se encogió dolorido y, tras echarle la alboriqueleca sobre la herida, el enano la tapó con un paño seco y limpio.

—Esto debe de dolerte mucho, ¿verdad? —preguntó.

Fenton, que bajo su capucha observaba a Penelope sonreír y curar a la mujer, respondió con la voz cargada de emoción:

—Hay otras cosas que duelen más.

En ese instante, Bruno Pezzia se acercó a ellos. Ver a un hombre encapuchado en plena noche lo hizo desconfiar.

—¿Todo bien por aquí? —le preguntó a Risco.

—Sí. Todo perfecto —asintió el hombrecillo azul y, al ver cómo su amigo lo mirada, explicó —: Tiene una fea herida en el costado. Penelope me ha dejado un poco de alboriqueleca y lo estoy curando yo. Bruno, te presento a Freman.

El guerrero se agachó para estar a la altura del hombre que estaba sentado en la piedra y, ofreciéndole su mano, declaró:

—Encantado, Freman.

—Lo mismo digo, Bruno.

Al moverse para saludar, la luz de la luna traicionera volvió a reflejarse en el rostro de aquél, y Bruno pudo distinguir su rostro. Nada más ver la gran cicatriz en su cara comprendió por qué se ocultaba. Eso lo conmovió y, poniéndole una mano en su huesudo hombro, susurró:

—No te preocupes por nada, dentro de pocos días tu herida sanará y, si lo deseas, podrás regresar a tu hogar.

Hogar.

Él ya no tenía hogar.

Sin embargo, Fenton no estaba dispuesto a revelar nada acerca de él y su mísera vida, por lo que asintió, se levantó y se apartó de ellos. Quería estar solo. Necesitaba alejarse de Penelope.

Risco y Bruno lo miraron mientras se marchaba.

Por su porte, sin duda aquel hombre debía de haber sido un gran guerrero, pero la tristeza de sus ojos y la vergüenza por mostrar su rostro los conmovió. Mientras lo seguían con la mirada, Penelope se acercó hasta ellos y preguntó:

—¿Terminaste tu cura, Risco?

El enano asintió y le devolvió el ungüento.

—Pobre hombre —señaló Bruno—. En su mirada y en su cuerpo lleva las marcas de duras batallas. Debe de haber sufrido muchísimo.

Tras guardarse en su bolsa lo que el enano le daba, Penelope suspiró. Miró al hombre que observaban alejarse y murmuró:

—Pobrecillo.

Eran muchos los que sufrían a diario la maldad de Dimas, y sólo esperaba que un día todo aquello acabara. Instantes después, los tres dieron media vuelta y caminaron de regreso hacia el lugar donde estaba Lidia hablando con algunos de los liberados.

Sin embargo, de pronto, el hombre que se alejaba tosió, y Penelope se detuvo y se volvió para mirarlo. Aquella tos seca… Pero no. No podía ser. Por ello, continuó andando con Risco y

Bruno, pero el hombre volvió a toser y Penelope se paró de nuevo y lo observó con detenimiento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bruno al ver cómo su amiga observaba al prisionero.

Era una tontería lo que pensaba. Una ilusión. Un sueño… Por eso, replicó

—Nada. Esa tos seca me ha recordado a alguien.

—¿A quién? —preguntó Risco con curiosidad.

Con los ojos vidriosos por el recuerdo, Penelope apretó el paso para alejarse de aquel que tosía y respondió:

—A mi marido Fenton.

Risco asintió y siguió andando con ellos. Sin embargo, en ese instante supo que tendría que hablar con aquel hombre. ¿Sería Fenton, el desaparecido y amado marido de Penelope?

Castillo de Emergar, dos días después

—Maldita sea, ¿quién ha osado robarme a mis prisioneros? —voceó Dimas Deceus tirando su copa de vino al suelo.

Acababan de informarle de lo ocurrido con sus guerreros y sus prisioneros. Los primeros le daban igual, pero no así los segundos. La venta de los mismos era una gran fuente de ingresos para él.

—Mi señor —dijo Asgerdon—. Uno de nuestros enanos azules nos ha dicho que fueron esos cazarre…

—¡Los mataré! Malditos, ¡los cortaré en pedazos! —gritó Dimas levantándose furioso—. Los mataré a todos. Los despellejaré…

Conocía la existencia de aquel grupo desde hacía más de ocho meses. Lo que había empezado siendo un grupo de cinco había aumentado con los meses, y lo que al principio era una pequeña molestia se hacía día a día más dañina, más numerosa y difícil de atajar.

Dimas había intentado darles caza pero, gracias a su valentía y a su buena suerte, ellos siempre salían airosos de sus trampas. Eran fuertes, listos y rápidos, y nadie lo podía obviar, ni siquiera el propio Dimas, que veía cómo poco a poco sus guerreros mermaban y el grupo crecía.

Colérico, miró al descolorido guerrero que le había dado la noticia y siseó en su cara:

—Prepara mi caballo y un regimiento de guerreros. ¿Dónde está ese enano azul?

De un empujón, el guerrero sacó al asustado enano de detrás de sus piernas para ponerlo ante su señor.

—Enano, ¿sabes hacia adónde se dirigen?

El enano azul, tan descolorido por el miedo que casi parecía rosa, tragó el nudo que se le había formado en la garganta e indicó con voz temblorosa.

—Di… di… dijeron que… que iban hacia el Gran Pan… Pantano.

—¡¿El Gran Pantano?! —vociferó Dimas.

Siempre les perdían la pista cerca de aquel extraño lugar. Era un paraje peligroso, en el que nadie, absolutamente nadie, solía adentrarse, excepto ellos.

—Sí, mi… mi… se… señor. Oí a… a… a

—¿A quién oíste? —lo apremió Dimas—. Vamos, enano, habla y no me desesperes o te cortaré la lengua. Mi paciencia se ha agotado por hoy.

Cada vez más asustado, el pequeño ser cogió carrerilla para decir:

—Oí una conversación entre las mujeres y un tal Gaúl. Él dijo que iría a por provisiones a Villa Silencio y que después las dejaría en el Gran Pantano, en… en el interior del Túmulo y…

—¿En el interior del Túmulo? —lo cortó con desconfianza Dimas.

—Oí a Gaúl decir que usaría la llave para abrir una grieta.

Eso lo explicaba todo, se dijo Dimas. La llave élfica, aquel tesoro que pocos poseían, los había ayudado a escapar siempre de él en el Gran Pantano. Y ahora acababa de descubrir que esa llave abría el interior del Túmulo.

Satisfecho por haber descubierto su secreto, el villano achinó los ojos y sonrió. Si apresaba al tal Gaúl, podría hacerse con la llave élfica y acabar con el grupo rápidamente.

—¿Cuándo oíste esa conversación?

—Justo antes de escapar de ellos la noche del asalto. Creo que Gaúl aún no habrá llegado a Villa Silencio y…

—Asgerdon —gritó Dimas—, partimos hacia Villa Silencio de inmediato. Apresaremos al tal Gaúl, nos haremos con la llave élfica y podremos presentarles batalla.

Al amanecer, y siguiendo las instrucciones de Lidia, Gaúl y sus guerreros llegaron al pueblo de Villa Silencio agotados tras pasar por el Túmulo. Necesitaban abastecerse de medicinas y comida antes de regresar.

Procurando no llamar mucho la atención, entraron en la tienda de un conocido. Allí comprarían todo cuanto necesitaban sin problemas. Pero al salir del pueblo los sorprendió una emboscada, y el valeroso Gaúl, junto con sus hombres, fue apresado por Dimas Deceus.

Con los pocos cuidados que recibió en esos días y su fortaleza, Fenton mejoró rápidamente. Era la primera vez desde su captura nueve meses atrás que ingería algo comestible, bebía agua limpia y dormía sin pasar frío y sin temor a que lo apalearan mientras lo hacía.

La herida de su costado sanaba a ojos vistas, y eso lo hizo sentirse bien. En esos días hubo momentos en los que, cuando hablaba con Risco, volvía a sentirse como el hombre que había sido, pero en cuanto veía a su mujer temblaba, agachaba la cabeza y recordaba que ya nunca más sería aquel que había sido en el pasado.

Muchos de los presos liberados buscaban al hombre de la capucha antes de regresar a sus hogares para despedirse de él. Fenton los había ayudado en múltiples ocasiones, y Lidia y el resto del grupo se percataron de que, en cierto modo, aquel hombre era un líder.

Los que continuaban en el grupo de Lidia se dirigían hacia el Gran Pantano, un lugar temido por todos. Al principio, los presos que los acompañaban se asustaron al saber hacia adónde iban. Sólo los locos se aventuraban a entrar en aquel paraje. Pero, tras explicarles que conocían el secreto de aquel lugar mágico y que no tenían nada que temer, no les quedó otra más que confiar en ellos.

En aquellos días, Bruno no volvió a acercarse a Lidia, lo que se convirtió en una tortura para ambos. Durante el día se alejaba todo lo que podía de ella, aunque por las noches siempre extendía su manta en un lugar donde pudiera ver la tienda donde ella dormía. Necesitaba saber que estaba bien.

Aimil, la amiga de su hermana fallecida, le hizo mucha compañía en esos días, mientras recordaban cosas del pasado que en ocasiones dolían o, por el contrario, les hacían sonreír.

Lidia, que los observaba desde la distancia, los oía reír, y eso la reconcomía por dentro. Sabía que aquella mujer no era del interés de Bruno, él se lo había dejado claro. Pero no tenerlo a su lado ni sentir su cariño de pronto se convirtió en un calvario.

Sin darse cuenta, durante aquellos nueve meses había despertado algo en su interior, y ahora añoraba sus bromas, sus besos, el tacto de su piel bajo las mantas y, en especial, su perpetua sonrisa y sus mimos.

Aquella madrugada, Lidia se despertó con frío. No sólo su corazón echaba en falta a Bruno. Congelada, salió de la tienda y se dirigió hacia la desierta fogata. Extendió las manos para calentarse y, cuando el calor comenzó a inundarla, suspiró aliviada.

Bruno, que la había visto salir de la tienda, la miró desde su manta. Observó cómo ella se sentaba sobre un tronco de madera al lado de la fogata y, levantando el mentón, comenzaba a mirar las estrellas. Sin poder evitarlo, sonrió.

A Lidia le gustaba inventar mundos paralelos mientras contemplaba el firmamento y, atraído como un imán, se levantó. Sin embargo, mientras caminaba hacia ella decidió que el romántico Bruno debía desaparecer para mostrar tan sólo al simpático y alocado guerrero.

Una vez llegó a su lado, se sentó y ambos se miraron en silencio durante un buen rato. Finalmente, él, al ver los labios azulados de Lidia, preguntó:

—¿Tienes frío?

Ella asintió. Y Bruno, tras quitarse la manta que llevaba enrollada al cuerpo, se la echó a ella por encima.

Al ver su caballeroso gesto, el semblante serio de Lidia se relajó y, cuando sus ojos se encontraron, musitó:

—Gracias.

Bruno extendió entonces las manos hacia la fogata.

—Mi padre me enseñó a tratar bien a las mujeres —explicó.

El silencio tomó de nuevo el lugar, hasta que Lidia volvió a mirar las estrellas y comenzó a hablar de ellas. Él la escuchó encantado, e incluso bromeó al respecto de ciertas cosas que ella

decía.

Así permanecieron un buen rato, hasta que, de pronto, ambos vieron caer del cielo una estrella fugaz. Rápidamente se miraron y, como tantas otras ocasiones en las que habían visto caer una estrella, se besaron sin dudarlo. Fue un movimiento mecánico, algo que ninguno de los dos planeó. Cuando se separaron, con el sabor de ella aún en la boca, Bruno se apresuró a disculparse:

—Perdón, perdón… Ha sido la costumbre.

—Lo mismo digo —afirmó ella, pero deseosa de más murmuró—: Bruno…

Entonces, él la miró y ella se apresuró a deshacerse de las mantas que entorpecían sus movimientos y se sentó a horcajadas sobre él. Luego, tras frotar su nariz contra la suya, como había hecho cientos de veces en el pasado, lo besó. Bruno no la rechazó. Era lo que más deseaba y, pasándole las manos por la cintura, la acercó todo cuanto pudo a él.

Uno…, dos…, tres… Cientos de besos se regalaron a la luz de la fogata, sin importarles en lo más mínimo los numerosos ojos curiosos que los observaban desde sus mantas. Entre ellos, los de la enana Tharisa, que, mordiendo la manta que la tapaba, se tapó también la cabeza cuando no pudo más. No quería ver aquello que su corazón ansiaba y no conseguía.

—¿Qué haces? —preguntó Bruno extasiado.

Lidia, que se moría por que la llamara de nuevo *fierecilla*, murmuró:

—Te deseo.

Encantado por su dulzura, Bruno se levantó con ella en brazos y caminó en dirección a la tienda de Lidia. Una vez dentro, su deseo aumentó en intensidad y, cuando sus bocas se separaron para coger aire, ella lo miró a los ojos y murmuró:

—No te vayas. Quédate con nosotros. Te necesitamos.

Bruno se sorprendió al oírlo. Le gustaron sus palabras, pero quería oírlas en singular en vez de en plural. Necesitaba escuchar que ella y sólo ella lo necesitaba y, no dispuesto a dar su brazo a torcer, añadió:

—Eso no es cierto. Nunca me habéis necesitado. —Y, antes de que ella pudiera decir nada más, la bajó al suelo y preguntó—: ¿Tú me necesitas?

—Bruno…

—¿Me necesitas?

El corazón de Lidia quería gritar que sí, pero su obstinación no se lo permitía. Decirle a Bruno lo que deseaba oír sería su fin y, tras cerrar los ojos dolorida porque el bonito momento de pasión había acabado, declaró:

—Te necesito para que me ayudes a llevar al grupo a la Gran Cascada.

La expresión de él le hizo saber a Lidia lo mucho que le había dolido su respuesta. Sin embargo, Bruno sonrió de pronto y soltó una carcajada sarcástica.

—De acuerdo —dijo—. Asumo que entre nosotros nunca habrá nada más que una bonita amistad. Te ayudaré a llevar al grupo hasta allí y luego desapareceré de tu vida. ¿Te parece bien?

La joven se quedó boquiabierta ante esa actitud fría y tan poco propia de él. Entonces, Bruno volvió a sonreírle, le tendió la mano y, guiñándole un ojo, dijo:

—Venga, *bonita*. Estréchala.

«¿Boni*ta?* ¿Ya no soy su *fierecilla*?», pensó Lidia.

Como una autómata, le tendió la mano y, sin un ápice de calidez, él se la apretó. A continuación, giró sobre sus talones y se dispuso a salir de la tienda.

—¿Adónde irás una vez lleguemos a nuestro destino? —preguntó ella para retenerlo.

—A Latam. Tengo un asunto pendiente con cierto mercader.

Al saber que Bruno regresaría a por el hombre que había matado a su hermana, Lidia se apresuró a replicar:

—Es peligroso. Si vas solo, te…

—Sé cuidarme —la cortó él.

De pronto, un sentimiento de culpa por lo mal que siempre lo había tratado se enredó entonces en el corazón de la guerrera, que, mirándolo, declaró:

—Siento todo lo ocurrido. De verdad, yo…

Sin dejarla terminar, Bruno le puso un dedo en la boca y sonrió.

—Todos somos reemplazables —repuso—. Y, ¿sabes?, tienes razón. Lo nuestro no puede ser. Como amigos, somos buenos, pero tú y yo como pareja dejaríamos mucho que desear, ¿no crees?

Bloqueada, Lidia sólo pudo asentir.

—Creo que, después de Latam, regresaré a mi hogar —prosiguió Bruno con su jovialidad habitual—. Aimil me ha dicho que la granja de mis padres continúa intacta. Por suerte, nadie la ha hecho suya y, una vez allí, espero poder comenzar una nueva vida e integrarme con mis antiguos vecinos, que, si mal no recuerdo, tenían alguna que otra preciosa hija.

Lidia parpadeó. ¿Adónde habían ido la pasión y el romanticismo de hacía un rato? Pero, cuando se disponía a hablar, Bruno se acercó a ella y, tras besarla en la mejilla, añadió:

—Jefa, pensaré siempre en ti cuando mire las estrellas.

A continuación, le guiñó un ojo, dio media vuelta y salió de la tienda dejándola desconcertada.

Con paso decidido y sin mirar atrás, caminó hasta el fuego, cogió su manta y regresó al lugar de donde no debería haberse levantado.

Mientras tanto Lidia, en el interior de su tienda, donde nadie la veía, lloró por primera vez en muchos… muchos años.

A la mañana siguiente, cuando despertó, el campamento ya estaba en marcha. Salió de la tienda y vio que Bruno atusaba a su caballo. Tras haber pasado la noche pensando en él, decidió acercarse para hablar y aclarar sus sentimientos, pero entonces una joven llamada Milda se aproximó a él y le sonrió.

Ambos estuvieron charlando durante varios minutos y, cuando Milda se giró para marcharse, Bruno le dio un descarado azote en el trasero que hizo reír a la muchacha a carcajadas.

Al verlo, Lidia cerró los puños con fuerza y, acto seguido, se volvió y caminó hacia el arroyo hecha una furia. El agua la despejaría.

Consciente de lo sucedido, Bruno sonrió y siguió cepillando a su caballo.

No muy lejos de él, Risco observaba con disimulo al hombre encapuchado tanto como éste observaba tras su capucha a la hermosa Penelope.

El enano estaba prácticamente convencido de que aquél era quien él imaginaba, pero no sabía cómo preguntárselo sin hacer que saliera huyendo y lo perdieran para siempre.

Bruno, que estaba cerca, al ver cómo Risco observaba al encapuchado, siguió la mirada de éste y se percató de que el hombre no perdía detalle de todo cuanto hacía Penelope, que se movía de un lado otro por el campamento. ¿Qué estaba ocurriendo allí?

Una vez terminó con su caballo, se acercó a Risco e intentó sonsacarle información de aquél, pero el enano no soltó prenda. Sin embargo, cuando lo vio palidecer supo que algo ocurría.

Esa tarde, Bruno decidió hablar con algunos de los presos liberados sobre el encapuchado solitario y, atando cabos finalmente, intuyó lo que Risco ocultaba. Ninguno de los presos sabía su nombre pero, tras hablar con Risco y ver su reacción, supo que el hombre se llamaba Fenton, y no Freman, como él decía. ¡Eran Fenton Barmey, el marido de Penelope!

Durante horas dudó si contarle la verdad a Penelope. Sin embargo, la angustia con que el hombre se alejaba cada vez que ella se acercaba lo hizo intuir lo avergonzado que se sentía por su aspecto, y eso lo hizo callar. Debía pensar cómo abordar el tema, y lo haría con cautela.

Esa noche, tras llegar al camino de Vindela, Lidia ordenó parar. La gente estaba cansada y no debían continuar. Tras mirar a su jefa, *Dracela* se alejó volando. Debía encontrar un lugar confortable donde dormir.

Más tarde, mientras cenaba junto a Penelope, observó con disimulo cómo Bruno se divertía rodeado de mujeres, entre las cuales estaba Tharisa.

Penelope, al ver hacia dónde miraba su amiga, bebió un poco de caldo y dijo:

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro —repuso Lidia.

Penelope sonrió y ella, al intuir el asunto del que quería hablar, murmuró:

—Es libre de hacer lo que quiera.

—Siempre lo ha sido —matizó Penelope.

Lidia la miró.

—Bruno es un hombre de ley —explicó su amiga—, como lo era mi amado Fenton. No hacían falta reglas ni compromisos entre nosotros para saber que, si estábamos juntos, era porque ambos queríamos. Y en el caso de Bruno así ha sido, a pesar de los cientos de desplantes que le has hecho, incluso cuando estuvimos en el pueblo de Barbileo.

Al pensar en aquello, Lidia sonrió.

—La verdad es que cuando estuvimos allí Bruno no lo pasó nada bien —dijo.

—No, no lo pasó bien. El tal Maruel, que tanto te agasajaba, no le gustaba un pelo. Sólo había que ver lo enfadado que estaba aquellos días para darse cuenta de que sufría por tu amor.

—¿Amor? —inquirió Lidia.

Su amiga asintió y, recordando a su marido, añadió:

—Cuando amas a alguien, tu corazón se detiene cuando no estás con él. Cuando amas a alguien no soportas que el ser amado les regale sonrisas a otras que sólo deberían ser para ti. Cuando amas a alguien sólo quieres estar todo el rato con esa persona y, si ves que otra se acerca a él de una forma inapropiada, los celos te carcomen por dentro y…

—¿Crees que Bruno me amaba?

Penelope asintió sin dudarlo.

—Sí, Lidia. Claro que Bruno te amaba y, sin duda, aún te ama, pero se ha alejado de ti cansado de tus desplantes. Tú nunca quisiste ver en él algo más que a un hombre que te hacía sonreír, que te ayudaba en los ataques y al que en ocasiones permitías dormir bajo tu manta. Pero Bruno es mucho más que eso. Además de caballeroso y apuesto, es un hombre atento, cariñoso y en absoluto egoísta. Te da lo que tiene sin esperar nada a cambio, y a ti, entre otras muchas cosas, te dio su tiempo a la espera de que supieras entenderlo y aceptarlo a su lado.

Con recelo, Lidia observó entonces como él se levantaba y se marchaba con la joven Fany en dirección al arroyo.

—Mucho no me amaría cuando ya está sonriéndole a otra —siseó.

Penelope soltó una risotada y, mirando a su amiga, musitó:

—Es un joven muy apuesto, y ha decidido comenzar a vivir sin ti. ¿No era eso lo que querías?

Tras perder de vista a aquellos por la arboleda, Lidia dejó el tazón sobre una piedra, se levantó malhumorada y replicó:

—Por supuesto que era lo que quería. Me voy a dormir. Buenas noches.

—Que descanses, Lidia —sonrió Penelope con tristeza al ver que su amiga se alejaba.

Durante un buen rato, Penelope permaneció a solas sentada ante la fogata. Estaba sumida en sus propios pensamientos, sin percatarse de que el encapuchado que parecía dormir más allá no le quitaba ojo y sonreía con deleite cada vez que la veía sonreír a ella.

Al día siguiente, el grupo reemprendió la marcha. Sin embargo, tuvieron que parar a media mañana, puesto que comenzó a caer una fuerte tromba de agua que apenas si les dejaba ver el camino. Rápidamente, se refugiaron entre unas grandes piedras, y Bruno ordenó sujetar unas lonas que les proporcionasen cobijo entre éstas. Luego mandó prender una gran fogata, puesto que estaban helados de frío.

Cuando Lidia bajó de su caballo y comprobó que todos estaban cooperando sin que ella lo hubiera ordenado, miró a Bruno y asintió. Él le sonrió a su vez.

Durante horas no paró de llover, y Bruno, como siempre rodeado de mujeres y niños, se dedicó a contar historias para hacerles el rato más agradable.

Al anochecer, cuando la lluvia cesó, Lidia decidió salir a dar un paseo. Nunca le había gustado permanecer tanto tiempo recluida en un mismo sitio y, tras informar a Penelope, se alejó. Caminó durante un buen rato, hasta que encontró un gran árbol y se sentó en su lado seco. Inevitablemente pensó en Bruno. Las sabias palabras que Penelope le había dicho la noche anterior le habían hecho ver lo estúpida y fría que había sido con él. Y, como su amiga había asegurado, ver que ahora les sonreía a otras le partía el corazón.

Tras permanecer varios minutos a solas, sin saber que Bruno la había seguido para ver adónde iba y que había estado observándola todo el tiempo, Lidia se levantó y decidió tomar el camino de regreso, instante que él aprovechó para esfumarse rápidamente.

La joven anduvo un rato cabizbaja hasta que de pronto oyó que alguien silbaba una canción. Prestó atención y reconoció la melodía. Con sigilo, se acercó al lugar del que provenía la música y se quedó muy sorprendida al divisar a Bruno apoyado en el tronco de un árbol, mirando las estrellas mientras silbaba.

El corazón se le desbocó al verlo y, ansiosa por estar a su lado, caminó hacia él.

—Hola.

Cuando se volvió, Bruno la saludó con una sonrisa forzada:

—Hola, jefa. ¿Qué haces por aquí?

Aunque dolida por su frialdad, Lidia respondió:

—He salido a dar un paseo. ¿Y tú?

Él no respondió. La miró con picardía y sonrió. Eso hizo que ella se pusiera en alerta pero, al ver que Bruno volvía a apoyarse en el árbol como si esperara algo o a alguien, preguntó:

—¿Qué te hace estar tan pensativo?

Con una cautivadora sonrisa que a Lidia le encogió las entrañas, el guerrero murmuró:

—Asuntos personales. Pero, tranquila, nada que ver contigo.

Lidia sonrió. Si alguien era capaz de hacerla sonreír, ése era él.

—Seguro que pensabas en tus futuras vecinas de sonrisas provocadoras —se mofó—, o mejor, en esa enana azul que te persigue allá donde estés y te llama *guapo Pezzia*.

Bruno sonrió con sorna.

—¿Estás celosa? —inquirió.

Dando un paso atrás, ella levantó una ceja y respondió levantando el mentón:

—Nunca. Ya lo sabes. No soy como *otros*.

Bruno soltó entonces una carcajada de frustración al recordar algo.

—Si con *otros* te refieres a mí, te aseguro que es agua pasada. Para mí no fue agradable ver como tú y el tonto de Maruel de Brene y Montoroso reíais y cuchicheabais aquella noche ante el fuego.

—Él prefiere que lo llamen Maruel de Brene. Aunque a mí me gusta más llamarlo simplemente… Maruel —sonrió Lidia.

A Bruno se le contrajeron las entrañas a causa de los celos, pero como un maestro del disimulo afirmó sonriendo:

—¿Sabes, *bonita*? Creo que tú y ese tal Maruel hacéis una buena pareja. Plantéaselo la próxima vez que lo veas. Estoy seguro de que a él le encantará tener algo contigo.

«Odio que me llames *bonita*», pensó ella y, desconcertada por aquello, lo miró cuando se oyó una voz de una mujer que decía:

—Bruno…, Bruno Pezzia, ¿dónde estás, gallardo guerrero?

Lidia se puso tensa en el acto. ¿Por eso estaba allí?

Se volvió hacia el lado derecho y entonces pudo ver a la joven Milda, de dulce mirada y cuerpo tentador, que se acercaba a ellos.

Sorprendido por ver allí a la muchacha, Bruno miró a Lidia y decidió darle de su propia medicina.

—Te rogaría que te marcharas —susurró para que la otra no lo oyera—. Tengo una cita con la preciosa Milda.

Furiosa, Lidia le soltó entonces un puñetazo que él detuvo con maestría y, en tono severo, le espetó:

—Espero que lo pases muy bien con ella.

—No lo dudes, *bonita* —le aseguró Bruno.

A continuación, levantando un pie del suelo, Lidia lo pisó con fuerza y lo amenazó con mirada retadora:

—Si vuelves a acercarte a mí, te juro que te mataré, como tenía que haberte matado cuando me topé contigo hace nueve meses.

Soportando con aplomo el dolor que ella le infligía, él le enseñó los dientes y, con un rápido movimiento, la inmovilizó, la levantó del suelo y la acorraló contra el tronco del viejo árbol, justo en el mismo instante en que Milda daba media vuelta y echaba a andar en otra dirección.

Cuando la otra joven se hubo alejado lo suficiente, Bruno soltó a la guerrera y siseó muerto de dolor:

—¿Qué narices quieres de mí? ¿No me quieres a tu lado pero te encela que esté con otras? —Y, sin dejar que contestara, prosiguió—: Hemos acabado algo que nunca existió entre nosotros porque tú así lo has querido. Asúmelo: no eres la única mujer en el mundo. Y déjame decirte que antes eras especial pero, ahora, simplemente eres una más a la que no tengo que dar explicaciones de mi vida.

Lidia estaba deseando gritar a causa de la furia que sentía pero, en vez de eso, se abalanzó sobre él y lo besó. Incrédulo, Bruno disfrutó de aquella locura pero, cuando vio que iba a perder los papeles, la alejó de su cuerpo y siseó:

—No.

—Bruno…

Con gesto chulesco, él se retiró y se mofó.

—Demandas mis besos como los demandan el resto de las mujeres.

—Yo no soy como ellas —replicó Lidia deseosa de estrangularlo.

—Desde luego que no. Al menos ellas son siempre dulces y cariñosas.

Echando humo por las orejas, la guerrera lo miró.

—No quiero saber cómo son las demás —respondió

—¿Ah, no?… —se mofó él.

—No.

Durante unos segundos que parecieron eternos, ambos se miraron a los ojos y finalmente Bruno preguntó:

—Y ¿por qué siento que estás celosa cuando no hay nada entre nosotros?

Lidia no respondió. La rabia y la frustración no se lo permitieron.

—Te encelas porque, aunque nunca lo vas reconocer, sientes algo por mí —continuó diciendo él—. Te joroba saber que ya no eres mi fierecilla, ni la única mujer a la que abrazaré.

Te consumen los celos al imaginar que voy a besar, a tocar y a disfrutar otros cuerpos, y…

De nuevo Lidia se abalanzó sobre él. Esta vez, Bruno relajó la tensión de sus brazos y, cuando sintió que ella se apretaba contra su cuerpo en demanda de más intensidad, estalló la locura en cada poro de su piel. Conocía a Lidia y sabía lo que le estaba exigiendo sin palabras.

—No… —murmuró contra su boca.

Ella paseó entonces su húmeda lengua por los tibios labios de él y musitó:

—Te deseo…

—No…

—Te… te necesito…

Con el corazón desbocado por sus palabras, Bruno la miró. Era consciente de que estaban al raso, de que Milda andaba merodeando por allí y de que el campamento estaba cerca, por lo que, en silencio, la hizo caminar hasta una cueva que había visto al pasar. Al entrar, ambos se miraron y él preguntó:

—¿Puedes repetir lo último que has dicho?

Temblando como una hoja, Lidia lo miró y repitió sin dilación:

—Te necesito…

Enloquecido al oír las palabras que nunca había esperado oír, la empujó suavemente hasta que ella apoyó la espalda contra una pared y la besó hasta robarle el aliento. La sentía temblar bajo sus manos, y no precisamente de frío.

Tras el beso, Bruno aflojó la sujeción y ella comenzó a desnudarse sin dejar de mirarlo.

Él la imitó y, una vez estuvieron totalmente desnudos, con la respiración agitada, la cogió entre sus brazos y posó su trasero en el saliente de una piedra. A continuación separó sus muslos y, sin dejar de mirarla a los ojos, la penetró despacio y con suavidad mientras ella se arqueaba al recibirlo y gemía de placer.

Arrebatado y excitado, sin hablar, Bruno le hizo el amor, hasta que, tras una fuerte embestida, ella chilló de placer y él musitó:

—Eso es, bonita, disfruta…

Al oír eso, Lidia entornó los ojos, lo sujetó para inmovilizarlo y susurró:

—No me gusta que me llames *bonita*…

—¿Ah, no? —jadeó sintiendo la necesidad de hundirse de nuevo en ella.

Lidia negó con la cabeza.

—Pues dime, *listilla*, ¿cómo quieres que te llame? —preguntó él acercando su boca a la suya.

La joven lo miró confusa. Pero al sentir el mágico roce de su piel contra la de él, murmuró con decisión:

—*Fierecilla*. —Y, con un seco movimiento de la pelvis, se clavó en él y ambos gritaron y se arquearon de placer.

Encantado con aquella matización, Bruno sonrió y volvió a tomar las riendas de la situación. Acercó de nuevo sus labios a los de ella y, mientras se hundía en su interior acelerando el ritmo, preguntó jadeante:

—¿Tú eres mi fierecilla?

—Sí —repuso ella con la respiración entrecortada—. Soy tu fierecilla y tú eres mío. Sólo

mío.

A cada segundo más encantado por cómo se estaba desarrollando la situación, Bruno se disponía a decir algo cuando Lidia se apretó más contra él para sentirlo más dentro de ella y murmuró:

—No voy a permitir que te alejes de mí porque te quiero y te necesito. He sido una tonta, y yo…

Bruno no la dejó seguir hablando. No hacía falta. Tomó su boca para reclamar hasta su último suspiro y, tras penetrarla más profundamente, replicó:

—Sí, fierecilla. Así es como debe ser.

Si alguien la conocía era él y, aunque Lidia era una gran guerrera a ojos de todos, en la intimidad era posesiva, pasional, ardiente, y no podía negar que se derretía con su contacto. Su liderazgo, su ímpetu y su frialdad se aplacaban cuando Bruno la hacía suya, y entonces, sólo entonces, era cuando Lidia se sentía completamente mujer.

Dos horas después, tras haber disfrutado de una pasión desmedida entre ellos, donde el mundo había dejado de existir para disfrutar tan sólo de sus cuerpos y sus besos, ambos se vistieron.

—No te irás de mi lado, ¿verdad? —preguntó Lidia mientras se colgaba la espada al cinto.

Encantado con el giro de los acontecimientos, él la besó y murmuró:

—Nunca.

Sonriendo, salieron entonces de la cueva y, cuando llegaron a los alrededores del campamento, Bruno decidió ponerla a prueba y se soltó de su mano con celeridad. Era lo mismo que ella le había hecho durante todos aquellos meses. Al ver su gesto, Lidia volvió a agarrarlo de la mano y, mirándolo a los ojos, siseó:

—Si me sueltas otra vez, ¡te mato!

Divertido y encantado por ver que la cosa iba en serio, Bruno insistió:

—Todos nos verán.

Ella asintió y, tras darle un beso en los labios que a él le supo a gloria, afirmó:

—Eso quiero. Que todos nos vean para que sepan que eres mío de una vez por todas. Ah…, y que no te vea yo tontear con alguna o te juro que lo pagarás caro.

—Aplícate el cuento, fierecilla —repuso él al oírla.

Con seguridad, llegaron caminando de la mano hasta las rocas donde habían alzado el campamento, y cientos de ojos los observaron. Penelope, que en ese momento estaba con una niña en brazos, sonrió al verlos. No cabía duda de que entre aquellos dos había triunfado el amor.

—Ella es tu destino, Bruno Pezzia —dijo.

Al verlos, Tharisa se hizo chiquitita… chiquita, más aún de lo que era, y suspiró de decepción. Sin embargo, Risco se apresuró a llevarle un bollito de miel que ella comió con sumo gusto.

Cuando ya todos habían visto a la pareja de la mano y habían asumido lo que aquello significaba, unos enanos azules corrieron hacia Lidia. La necesitaban para solucionar un problema. Sin dudarlo, Bruno la soltó y, tras darle un rápido beso en los labios, dijo caminando en otra dirección:

—Anda…, ve y continúa comportándote ante todos como la implacable guerrera que eres.

El comentario hizo sonreír a Lidia, que le guiñó un ojo y se alejó. Sin duda había encontrado al hombre de su vida.

Pero la quietud y el sosiego de la noche duraron poco.

Dracela advirtió a Lidia de la presencia de guerreros de Dimas en las inmediaciones del campamento y, tras recogerlo todo rápidamente, reemprendieron la marcha para llegar cuanto antes a las vastas tierras del Gran Pantano.

No muy lejos de Penelope, Fenton observaba cómo ésta ayudaba a todo el que lo necesitaba y ordenaba a otros auxiliar a unas mujeres. Nunca habría imaginado que en el interior de aquella mujercita dulce a la que le gustaba cocinar y tejer hubiera una guerrera como la que ahora admiraba.

Al amanecer llegaron a las lindes del Gran Pantano. Allí, todo era oscuro, siniestro y silencioso. En aquella parte del pantano, la vida era inexistente, y las nuevas incorporaciones al grupo miraban a su alrededor con horror, seguros de que no saldrían con vida de aquel lugar. Tomando el mando para tranquilizar a las gentes, Bruno les mostró su llave élfica. Todos sabían que quien se atrevía a adentrarse en aquellos parajes no salía vivo, pero el guerrero les aclaró que sólo los que hubieran sido tocados por aquella llave tenían acceso al lugar sin correr ningún peligro. Por ello, Lidia, Penelope y él, uno a uno, fueron pasando la llave entre aquellas gentes para que nada pudiera sucederles.

Una vez acabaron, los animaron a proseguir la marcha y les indicaron dónde debían pisar y dónde no, y la comitiva continuó lenta y pausadamente su camino. Con unos ojos como platos, aquéllos vieron que no les pasaba nada. El Gran Pantano los dejaba seguir su camino y, al llegar ante una enorme piedra oscura, Lidia miró a la dragona y dijo:

—Continúa hasta la cascada del Gran Pantano por donde tú bien sabes, *Dracela*, y aléjate de aquí. Gaúl estará allí. Dile que llegaremos al alba, una vez hayan descansado los heridos.

La dragona asintió y desapareció rápidamente en el cielo.

Lidia, más tranquila al ver partir a *Dracela*, miró a Bruno, que le sonrió, y a Penelope. Instantes después, esta última sacó su llave élfica y, tras susurrar unas palabras que sólo ellos entendieron, se abrió una grieta en la enorme piedra gris llamada Túmulo.

Asustados, muchos se miraron y Bruno, al ver el desconcierto en sus miradas, se apresuró a tranquilizarlos:

—Calmaos, amigos. El Túmulo nos protegerá. Entraremos todos por la grieta y…

—Moriremos, ¡es una locura! —vociferó un hombre.

Alarmada por saber que debían entrar por aquella grieta, la gente comenzó a protestar.

—En este momento sólo hay dos opciones: vivir o morir —anunció Lidia a gritos—. Si

entráis en el Túmulo, salvaréis vuestras vidas. Pero si queréis morir a manos de Dimas, quedaos aquí.

Sin dudarlo, Lidia caminó entonces en dirección a la grieta y, antes de desaparecer, añadió:

—Yo entraré en primer lugar; quien quiera que me siga. Pasados dos minutos, volveré a cerrar la grieta. Vosotros decidís.

Y, dicho esto, desapareció por detrás de la piedra. Penelope la siguió y, tras ella, Bruno, Tharisa, Risco y todos los que ya habían entrado allí alguna vez.

Al ver dudar a la gente que había estado presa con él, Fenton declaró:

—Yo también entraré. Ellos nos han traído hasta aquí, y no quiero volver a caer en las garras de Dimas Deceus.

Sin dudarlo, entró y, finalmente, el resto entraron detrás de él.

Por una seña de Bruno, Lidia supo que ya no quedaba nadie fuera. Miró a Penelope y ésta, murmurando las mismas palabras que había pronunciado momentos antes, hizo que la grieta se cerrara.

Pero entonces, cuando notaron que el suelo temblaba bajo sus pies y se vieron sumidos en la oscuridad más absoluta, la gente comenzó a gritar asustada. Se los había tragado la tierra. Sin embargo, pocos segundos después Lidia encendió una antorcha, y Bruno otra, y también Penelope, y la cueva quedó iluminada y todos comenzaron a tranquilizarse.

Fenton, sorprendido por lo que había visto hacer a su esposa, se sentó en el suelo abstraído. ¿Qué había ocurrido allí? ¿Desde cuándo su mujer hacía esas cosas?

Y entonces fue cuando la vio sentada no muy lejos de donde él se encontraba, a su derecha.

¿Qué hacía Penelope sentada tan cerca?

La joven, ajena a su mirada, sacó una botellita de una pequeña bolsa y bebió de ella. Como si estuviera hechizado, Fenton observó la dulce línea de su cuello. Su piel era suave y su tacto increíble. Quiso recorrerla con las yemas de sus callosos dedos y besar aquellos labios húmedos y tentadores. Pero no. No debía pensarlo siquiera.

—Noto tu respiración algo acelerada, *Freman* —dijo entonces alguien a su izquierda.

Volviéndose para ver quién le hablaba, se encontró con el sonriente rostro de Bruno Pezzia. Si algo le había llamado la atención del guerrero era su constante buen humor y su buena predisposición para todo. Siempre sonreía, algo que él en escasas ocasiones hacía.

Fenton trató de recomponerse y, oculto en la oscuridad de su capucha, respondió en un susurro:

—El camino ha sido largo y duro de recorrer.

—¿Te ocurre algo en la voz? —se mofó Bruno.

Molesto por su pregunta, Fenton miró a Penelope, que estaba hablando con una mujer no muy lejos de él.

—Me duele un poco la garganta. Sólo eso.

Bruno suspiró. Sin duda el hombre no lo estaba pasando nada bien y, cada vez más convencido del padecimiento que cargaba sobre sus hombros, preguntó:

—¿Tu herida está mejor?

—Sí —asintió Fenton—. Gracias a Risco y a su milagroso ungüento, la herida sana por

momentos.

—¿Sabes? Ese ungüento lo prepara Penelope. ¿Sabes quién es?

Fenton se apresuró a negar con la cabeza.

—Es ella —indicó Bruno, señalándola—. Una maravillosa y encantadora mujer que ha sufrido por amor más de lo que a mí me habría gustado.

Fenton no dijo nada y él añadió:

—Ella y sus medicinas poseen unos poderes curativos increíbles. ¿Te lo ha dicho Risco?

—No —respondió el otro con un hilo de voz—. Pero bueno es saberlo.

En ese momento, la susodicha se levantó y se dirigió hacia el fondo de la cueva. Lidia parecía buscar algo y fue en su ayuda. Los dos hombres la siguieron con la mirada y Bruno preguntó:

—Penelope es una mujer muy guapa, ¿verdad?

—Sí. Mucho —asintió Fenton con pesar.

Y, tras un breve silencio en el que éste se recreó en la increíble belleza de su mujer, Bruno añadió:

—La conocí hace nueve meses. Ella buscaba desesperadamente a su marido Fenton Barmey y, aunque le prometí que lo encontraría, nunca hemos sido capaces de encontrarlo. Por cierto, ¿no habrás oído hablar de él por casualidad?

Incómodo con la conversación, Fenton se movió y respondió:

—No. Nunca he oído ese nombre.

—¿Seguro?

—Sí. Seguro.

—Es una pena —asintió Bruno viendo como aquél apretaba tanto las manos que los nudillos se le ponían blancos—. Ella aún lo ama con todo su corazón, y estoy convencido de que daría lo poco que tiene con tal de encontrarlo esté como esté. —Fenton no habló y Bruno cuchicheó bajando la voz—: Por desgracia, las últimas noticias que tuvimos de él fue que murió a manos de Dimas Deceus.

—Pobre hombre —musitó entonces Fenton—. Descanse en paz.

Bruno asintió pero, dispuesto a hacerle ver que él sabía quién era en realidad, añadió:

—Me he percatado de que muchos de tus compañeros te tienen cariño y te miran a la espera de hacer lo que tú digas. ¿Llevas mucho tiempo preso?

—Podría decirte que toda una vida —suspiró el otro aliviado al ver que cambiaba de tema.

—¿Dónde te apresaron?

Rápidamente Fenton buscó un lugar lo más alejado de la realidad.

—En Piedramorelas —repuso.

Tras aquella pregunta, Bruno no desistió y le hizo mil más. Fenton, rápido en contestaciones, las salvaba todas. Hasta que el otro no pudo más y, al ver que no había nadie a su alrededor, se acercó más para que sólo él pudiera oírlo y murmuró:

—Sé que eres Fenton Barmey, el marido de Penelope. A mí no me engañas.

Al oír eso, el encapuchado se quedó sin respiración. Las manos le temblaban y, con el corazón en un puño, se revolvió en el sitio y siseó:

—Te equivocas. Mi nombre es Freman.

Bruno suspiró.

—Trato de entender por qué te ocultas así de ella —insistió Bruno—. Tarde o temprano, Penelope te descubrirá. Es una mujer muy lista y observadora, y se dará cuenta de que el hombre esquivo que se oculta tras esa capucha eres tú. Su marido.

Ofuscado, Fenton se retiró un poco la oscura tela para dejar al descubierto su rostro y siseó con rabia:

—¡Soy un monstruo! ¿Es que no lo ves?

Bruno, que por primera vez pudo ver con claridad la cicatriz que le cruzaba el rostro, negó con la cabeza y repuso:

—Estás equivocado, amigo. No eres un monstruo.

—Pero ¿tú me has visto?

El guerrero asintió y, sin intimidarse por su fiera mirada, afirmó:

—Sí. Y eres Fenton Barmey.

—Ya no soy él…, no lo soy —musitó el hombre horrorizado al haber sido descubierto.

Acto seguido, se dispuso a levantarse, pero Bruno no lo dejó. Lo sujetó con fuerza y murmuró:

—Penelope te quiere y seguiría viéndote como la persona que siempre has sido para ella. ¿Por qué lo dudas? ¿Acaso no conoces a tu mujer? —Y, al ver como aquél volvía a taparse el rostro con premura, añadió—: Sólo necesitas un poco de seguridad en ti mismo para darte cuenta de ello y, sobre todo, que aceptes el hecho de que ella es tu destino.

Pero Fenton no pudo responder.

En ese momento, Tharisa, la enana azul que había estado esquivando a Bruno desde que lo había visto aparecer de la mano de Lidia, se acercó hasta él, pestañeó con coquetería y le entregó un bol de madera diciendo:

—Es sopita. Estoy segura de que te vendrá muy bien.

Bruno la miró y cogió el bol con una candorosa sonrisa.

—Gracias, Tharisa. Eres un encanto.

—Oh, guapo Pezzia, ¡no me digas eso, que me pongo tontorrona!

El aludido sonrió y, tras guiñarle un ojo, dijo:

—Si no te importa, Tharisa, le daré la sopa a Freman, seguro que a él le sienta mejor que a mí.

—¡No! ¡Ni hablar! —gritó la enana de pronto.

—¡¿No?! —repitió Bruno sorprendido y a la vez molesto.

Al darse cuenta de su contestación, Tharisa se retiró dos de sus cuatro pelos de la frente y, de nuevo con voz melodiosa tras mirar al hombre encapuchado, aclaró:

—Esta sopita es para ti, guapo Pezzia. Ahora mismo traeré otra para él.

Pero Fenton levantó una mano en el aire y replicó:

—No te molestes en traerla. No tengo apetito.

Tharisa sonrió y, mirando al objeto de su deseo, lo animó:

—Entonces, guapo Pezzia, ¡bebe tu sopita!

Bruno, que deseaba seguir hablando con Fenton, optó por beberse la sopa para que la enana se marchara y los dejara. Olía muy bien. Se acercó el bol a la boca y entonces, de pronto, alguien lo empujó y la sopa se derramó sobre él.

—¡Noooooooooooo! —gruñó Tharisa al ver aquello.

—¡Por Dios, cómo me he puesto! —se quejó Bruno poniéndose en pie.

—Uyyy, lo siento —se disculpó Risco, que lo había empujado a propósito.

Debía evitar que aquél bebiera el brebaje de la enana. No le cabía la menor duda de que ella buscaba algo más que un simple agradecimiento, y seguro que en la «sopita» había algún extraño condimento.

Al ver lo que Risco acababa de hacer, Tharisa clavó sus ojos saltones en él.

—¡Torpe! —le soltó—. Enano torpe, burro, pánfilo, borrico y mendrugo, ¿has visto lo que has hecho?

Sentándose de nuevo, Bruno oyó a Risco responder:

—Sí, enana fea. Y por eso he pedido disculpas.

Abriendo los ojos desmesuradamente, Tharisa comenzó a dar saltos para darle un capón en la coronilla y, cuando por fin lo consiguió, le espetó:

—¿Me acabas de llamar *fea*?

Risco suspiró y asintió.

—Sí. Fea…, grotesca…, antiestética… Feota. Porque eso es lo que eres, ¡fea! Más fea que mi deforme dedo pequeño del pie, que ya es decir.

Al oír eso, Fenton y Bruno se miraron. La situación era de lo más cómica. Ver a aquella enana azul culona y bajita darle de capones a Risco mientras éste la llamaba *fea* habría hecho reír a cualquiera, y finalmente no pudieron evitarlo.

Sin embargo, la sonrisa se les cortó cuando Lidia con gesto serio, junto a Penelope, se acercó hasta ellos y en un tono que a Bruno le cortó el aliento declaró:

—Gaúl no ha pasado por aquí. Algo ha ocurrido. Lo sé…, lo presiento.

—Tranquilízate, Lidia, por favor —pidió Penelope al notarla perder su temple, mientras Fenton se ocultaba aún más bajo su capucha.

—¿Cómo me voy a tranquilizar?

Bruno se levantó, se puso a su lado y, cogiéndole las manos, le pidió:

—Mírame. —Como ella no obedecía, él insistió—: Fierecilla, ¡mírame!

Cuando por fin lo hizo, el guerrero la miró a los ojos y se perdió en sus oscuras pupilas.

—Tranquilízate —dijo—. Si no regresa, saldremos en su busca.

Inquieta, pero aún cogida de su mano, Lidia insistió:

—Quedamos en que traería los víveres tras pasar por Villa Silencio y luego nos esperaría en la Gran Cascada. Pero… pero aquí no hay nada. ¿Cómo puede ser? Él partió antes que nosotros y, si mis cálculos no fallan, ya debería haber pasado por aquí.

Bruno era consciente del cariño que la joven le tenía a Gaúl, por lo que se dispuso a tranquilizarla de nuevo, pero ella, soltándose de sus manos, siguió diciendo:

—Ha pasado algo. Lo sé. Lo intuyo. Y juro por lo más sagrado que mataré al desgraciado que se haya atrevido a ponerle una mano encima a Gaúl. ¡Lo juro!

Sin más, Lidia se alejó caminando furibunda mientras los demás la observaban.

Gaúl era la única persona de su pasado que aún seguía con vida, y Lidia no deseaba pensar en continuar su lucha sin él. Lo quería como a un hermano. Adoraba a aquel hombre por encima de muchas cosas, y sólo de pensar en no volver a verlo se le rompía el corazón.

Penelope la observó alejarse. Quiso ir tras ella, pero Bruno la detuvo y la colocó junto al hombre encapuchado.

—De acuerdo, ve tú —dijo la joven al ver que el guerrero iba tras su amiga—. Pero cuidado con las palabras que empleas.

—Tranquila, lo tendré —asintió Bruno dirigiéndose ya hacia el lugar donde una furiosa Lidia se mesaba su oscuro cabello.

Tharisa, que había observado lo ocurrido, al ver cómo su amorcito caminaba hacia aquélla, se enceló y, dando saltitos, se acercó hasta él.

—Quizá sería bueno que no la molestaras —dijo cogiéndolo de la mano—. Ella…

—Tharisa —siseó Bruno con gesto tosco—, ella es la mujer que amo y por la que daría mi vida. El corazón se me rompe si la veo sufrir, ¿es tan difícil de entender?

Esa revelación tan sincera y directa liberó de pronto el corazón de la joven enana. Su color azul se aclaró y, aliviada al oírlo, murmuró:

—Ve entonces, Bruno.

Conmovido por cómo Tharisa se aclaraba, Risco la cogió entonces por los hombros, la miró a los ojos y la besó para sellar de nuevo su corazón. Era su oportunidad de mostrarse como el hombre que era, y nadie iba a quitársela.

Cuando Bruno llegó junto a su amada, la asió por la cintura, la acercó hasta él y la abrazó. Le habló con dulzura al oído para tranquilizarla ante la mirada de todos, y finalmente Lidia, aquella guerrera implacable, lo miró y apoyándose en él se tranquilizó.

Penelope, conmovida por lo que observaba desde el otro lado de la cueva, se sentó junto al hombre encapuchado que hasta el momento había permanecido inmóvil y en silencio y murmuró:

—Ella es su destino y, a pesar del horror que vivimos todos los días, me agrada ver que dos corazones que se necesitan se encuentran finalmente.

Fenton no dijo nada. Aquellas palabras tan bonitas y duras a la vez lo removían por dentro y le dolían. Al ver que no hablaba, Penelope lo miró e, interesándose por él, preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Freman —respondió modulando la voz.

Tras un tenso silencio, ella insistió:

—¿Por qué te ocultas tras esa capucha?

Aquella pregunta lo pilló tan de sorpresa que él sólo pudo responder:

—Motivos personales.

Sin sorprenderse por su respuesta, ella observó con detenimientos sus sucias y ajadas manos y dijo:

—En cierto modo, te entiendo. Todos tenemos motivos personales para hacer lo que hacemos.

—¿Me entiendes?

—Sí —asintió Penelope con seguridad mirando a Lidia—. La vida no es fácil, pero hay que saber sobrellevarla. Todos los que estamos aquí hemos perdido a seres queridos. Seres amados e irremplazables, pero hay que seguir viviendo. Lo cobarde en un mundo como el nuestro es dejarte llevar por la indiferencia y el hastío. Lo valeroso es luchar para vencer los miedos y las inseguridades.

Fenton sonrió. Había sido él quien, en el pasado, cuando se sentía fuerte y poderoso, le había dicho aquellas mismas palabras.

—¿Tú has luchado por vencer tus miedos? —preguntó.

Retirándose con cuidado un mechón rubio del rostro, Penelope asintió.

—He pasado de ser una muchacha inexperta a la que todo le daba miedo a convertirme en una mujer fuerte y luchadora. Perder al hombre que amaré mientras viva ha sido lo más duro que he tenido que soportar. No poder encontrarlo y ayudarlo casi me consume en la desesperación. Y aunque, cuando me enteré de que había muerto, parte de mí murió con él, una extraña fuerza me hizo continuar con mi vida. Creo que la fuerza me la manda él, allá donde esté.

—Lamento lo que dices —murmuró Fenton sin mirarla.

Penelope asintió. Ella también lo lamentaba, y musitó:

—Estoy segura de que, si existe un mañana y él aún sigue amándome tanto como yo lo amo a él, volveremos a encontrarnos.

Al oír eso, Fenton se sintió profundamente conmovido.

Aquella que hablaba de él con tanto amor, su mujer, aún lo quería y ansiaba su regreso. Pero, en vez de ser valiente y enfrentarse al miedo de ser rechazado por su aspecto, simplemente se levantó y, tras una inaudible disculpa, se alejó.

Penelope suspiró y lo siguió con la mirada. Luego se levantó para acercarse a Bruno y a Lidia. Había que encontrar a Gaúl.

No muy lejos del Túmulo, Dimas Deceus, el malvado hombre que se creía el dueño del mundo, cabalgaba a lomos de su impresionante caballo. Tener en su poder a Gaúl, la mano derecha de Lidia, la cazarrecompensas, era una de las mayores satisfacciones que su oscura vida le había proporcionado en los últimos tiempos.

Después de torturar y matar a dos de los hombres que había apresado junto a Gaúl, y con la llave élfica en su poder, se encaminó hacia el Túmulo.

Entrar en el Gran Pantano fue una dura decisión. Sabía que, una vez allí, muchos de sus guerreros causarían baja, pero eso no le importó. Quería apresar y matar a aquellos que durante los últimos meses habían frustrado sus planes con los prisioneros.

Como bien había previsto, muchos de sus guerreros perdieron la vida al internarse en aquel

paraje, pero su ejército era numeroso y no le importó. Incansablemente se fue acercando hasta el Túmulo y, una vez llegó ante la enorme piedra oscura, hizo llevar a Gaúl hasta él.

Éste, al que habían apaleado sus salvajes guerreros, fue llevado ante él. Sus hombres lo arrojaron a los pies de su tenebroso caballo y, tras desmontar, Dimas se agachó, lo cogió del pelo para que lo mirara y gritó mientras se sacaba un pequeño puñal de su cinto:

—El enano dijo que tus amigos vendrían hacia aquí, ¿dónde están?

Agotado y apenas sin fuerzas, Gaúl lo miró y, dispuesto a morir antes de delatarlos, repuso:

—No lo sé. Se habrán marchado. No lo sé.

La punta del puñal se clavó entonces en la parte baja de su espalda y ascendió rasgando su carne. Gaúl gritó de dolor. Dimas era un torturador y disfrutaba haciéndolo.

Una vez retiró el puñal de su espalda y la sangre corría por ella, siseó:

—Sé que, gracias a la llave élfica, puedes abrir una grieta en el Túmulo, ¿no es así?

Aquello sorprendió a Gaúl. ¿Cómo lo sabía? Sin embargo, no respondió.

—¡Hazlo ahora mismo o mataré a otro de tus hombres! —vociferó Dimas y, cogiendo al bueno de Mauled, que sangraba como él, añadió—: Mataré a este hombre ante ti y tras él morirán todos los demás.

—Noooo —jadeó Gaúl horrorizado.

Complacido por su reacción, Dimas insistió:

—Y, si aun así no haces lo que te pido, juro por la memoria de mi madre que te sacaré primero un ojo, después el otro, y posteriormente te iré arrancando todas y cada una de las partes de tu cuerpo, infligiéndote el mayor dolor que se le puede causar a un desgraciado como tú. Morirás…, pero antes tendrás que soportar una terrible agonía que yo disfrutaré.

Gaúl lo miró con inquina. Después observó a Mauled, y éste le hizo saber con una mirada que estaba preparado para morir. El corazón de Gaúl se desbocó. Lo que le hicieran a él no le importaba. Moriría gallardamente por su causa. Pero no sabía si podría soportar ver cómo mataban cruelmente a sus hombres ante él.

—¡Escoria! —aulló con las pocas fuerzas que le quedaban—. Eres un malnacido al que espero que tras mi muerte le hagan pagar todo el mal que ha ocasionado con tanta crueldad.

Pero Gaúl ya no pudo decir más, puesto que Dimas le cruzó la cara de un puñetazo. Con la sangre chorreándole por la boca, escupió y, sin un ápice de piedad, el villano lo cogió por el pelo y tiró de su cabeza hacia atrás.

—Abre la grieta o ese hombre morirá —rugió.

De nuevo, su mirada se encontró con la de Mauled y éste asintió. A pesar de su aturdimiento, Gaúl intentó pensar con rapidez.

Si comenzaba a decir las palabras mágicas, la tierra del Túmulo se movería y eso haría sospechar a Lidia y al resto de sus amigos. Si ellos entendían su mensaje, saldrían rápidamente de allí y se internarían de nuevo en el Gran Pantano hasta llegar a la Gran Cascada.

Aquella cascada era un lugar seguro para ellos, pero no para los hombres de Dimas, que irían directamente al infierno. Era su única oportunidad. Necesitaba hacer aquello si no quería ver cómo abrían en canal a Mauled.

Así pues, tomando entre sus ensangrentadas manos la llave élfica que Dimas Deceus le

tendía, comenzó a murmurar muy lentamente las mágicas palabras, mientras rezaba porque sus amigos entendieran su mensaje.

En el interior del Túmulo, Lidia ya estaba más tranquila.

Las palabras de Bruno, su cariño y su insistencia al asegurarle que encontrarían a Gaúl le hicieron ver, sentir y entender que así sería. Ni ella, ni sus amigos lo abandonarían.

Pero la tranquilidad le duró poco. De pronto, la tierra del Túmulo comenzó a temblar y la gente gritó asustada. Lidia, Penelope y Bruno se miraron. Aquello sólo ocurría utilizando la magia de una llave élfica, y Gaúl era el único que podía tener una. Su rostro se iluminó. Su amigo estaba vivo. Estaba allí.

Durante varios segundos esperaron a que una grieta se abriera en la piedra, pero tan pronto una pequeña rendija amenazaba con abrirse, comenzaba a cerrarse de nuevo.

¿Qué ocurría?

Después de tres veces, mientras la gente gritaba asustada a su alrededor, los tres intuyeron que algo iba mal. Gaúl, al igual que ellos, era capaz de abrir la grieta en el Túmulo sin ningún problema. ¿Por qué no lo hacía entonces?

—Esto no me gusta —susurró Bruno al ver cómo la tierra se sacudía de nuevo.

Penelope estuvo de acuerdo con él, y Lidia tocó su llave y dijo:

—Yo abriré la grieta.

—No —replicó Bruno sorprendiéndolas a ambas—. Espera. Quizá lo esté haciendo adrede.

Lidia lo miró con gesto serio.

—Algo le ocurre a Gaúl —afirmó Penelope—. Él sabe abrir la grieta tan bien como nosotros.

Angustiada al intuir que algo iba mal, Lidia se acercó hasta la pequeña rendija que llegaba hasta el suelo, aguzó la vista y, al ver algo en una décima de segundo, se le heló el corazón.

Al otro lado de la grieta, a escasos metros de ella, estaba Dimas Deceus con su ejército y, ante todos ellos, un ensangrentado Gaúl con la llave élfica en la mano.

—¡Noooooo!

—¿Qué ocurre? —preguntó Bruno acercándose.

—No puede ser —gimió Lidia mirándolo.

Al siguiente movimiento de tierra, Bruno se colocó en el mismo sitio donde momentos antes se había situado la guerrera y, al contactar con la mirada de Gaúl y entender lo que aquél le estaba queriendo decir, maldijo y se volvió hacia las dos mujeres.

—Nos está avisando y dando tiempo para huir —declaró Bruno—. Saquemos a esta gente de aquí y llevémosla al refugio de la Gran Cascada. Después regresaremos a por él.

Temblorosa por ver el rostro ensangrentado de Gaúl, Lidia murmuró

—Id vosotros. Yo me quedaré aquí y lucharé con Dimas.

—Ni lo sueñes, cielo —aclaró Bruno mirándola.

La guerrera protestó al oírlo.

—Hay que sacar a esta gente de aquí.

Bruno era consciente de que tenía razón, pero no era capaz de marcharse, por lo que replicó:

—Lo sé. Pero o vienes tú o yo de aquí no me muevo. Y, te guste o no, lo mejor es salir y llevarlos a nuestro terreno. ¡Piénsalo!

Penelope, que acababa de ver lo que sus amigos habían visto ante un nuevo temblor de la tierra, se volvió hacia ellos.

—Lidia —terció—, lo más inteligente es hacer lo que dice Bruno. En el pantano podremos manejarnos bien y, al llegar a la Gran Cascada, todos estaremos a salvo. Conocemos el terreno y Gaúl lo sabe. La única manera de ayudarlo a él y al resto de los hombres es salir de aquí y meter al ejército de Dimas en el pantano de nuevo.

—Pero ellos…

—Es lo que están pidiendo —sentenció Bruno—. Gaúl y el resto de los hombres están dando su vida por nosotros y, si lo que quieres es ayudarlos, debemos salir de aquí para intentarlo.

Nerviosa, Lidia comenzó a caminar de un lado a otro del tembloroso Túmulo. Penelope la agarró entonces del brazo.

—Haznos caso, Lidia. Es lo mejor. Hazlo por ellos, no por ti.

Finalmente, con el corazón encogido, la joven asintió. Sabía que Gaúl quería que hiciera aquello y que era la mejor opción. Pero ver a su amigo golpeado y ensangrentado podía con su razón.

No obstante, comportándose como la guerrera que era, respiró hondo y gritó volviéndose hacia las docenas de ojos asustados que la observaban:

—Escuchadme todos. Dimas Deceus está al otro lado de la puerta con su ejército y Gaúl, junto a algunos de nuestros hombres, también. La tierra está temblando porque Gaúl nos está avisando de que debemos salir de aquí y regresar al Gran Pantano hasta encontrar la Gran Cascada.

Los allí presentes comenzaron a chillar de nuevo desconcertados. Lidia prosiguió:

—Sé que teméis el Gran Pantano. Sabéis que es un lugar duro, plagado de inseguridades y peligros. Y, creedme, es cierto. Pero las llaves élficas nos protegerán. Seguid nuestras instrucciones como lo habéis hecho antes y no ocurrirá nada. Sin embargo, en esta ocasión os pido más colaboración. Esta parte del pantano es la peor: debéis taparos los ojos con un trozo de tela para que la visión no os traicione y os convirtáis en piedra. Después os cogeréis de las manos y no os soltaréis los unos de los otros bajo ningún concepto.

—¿Y vosotros? —preguntó Tharisa, preocupada junto a Risco.

—Las llaves élficas nos protegerán. No nos pasará nada —prosiguió Bruno—. Debéis tranquilizaros y confiar en nosotros. Y, sobre todo, recordad que debéis seguid caminando pase lo que pase y oigáis lo que oigáis, y nunca os destapéis los ojos. ¿Lo habéis entendido?

El enano Risco, poseedor de una llave élfica, miró a la Tharisa y, estirándose, dijo:

—Tomaré tu mano y no te soltaré. Confía en mí, preciosa.

Ella sonrió, con el corazón de nuevo blindado, ahora por él.

—De acuerdo, *guapo Mancuerda* —susurró pestañeando.

Al oír eso, Bruno sonrió y, tras cruzar una mirada con Risco, ordenó:

—Vamos. Cubríos todos los ojos.

Atemorizados, todos comenzaron a arrancarse rápidamente trozos de tela de sus harapientas ropas para vendarse los ojos.

—Ven, enana bonita —repitió Risco mirando a Tharisa, que, ahora con su corazón liberado

del amor que había sentido por el guapo Pezzia, miraba al enano con ojitos brillantes—. Yo taparé tus preciosos ojos. Y, no te asustes, te agarraré con fuerza y nunca, en ningún momento, te soltaré.

Tharisa sonrió, aunque estaba tan asustada que apenas si podía pronunciar palabra.

—Yo no necesito cubrirme los ojos —dijo de pronto el hombre encapuchado.

Bruno lo miró.

—Has de hacerlo o morirás —repuso.

—Lo dudo —murmuró el otro.

Penelope insistió:

—No es momento para tonterías. ¿Te tapas los ojos tú o te los tapo yo?

Fenton blasfemó y Bruno se encogió de hombros.

—Tú eliges, amigo —dijo.

Al final, Fenton dio su brazo a torcer y, tras coger un trozo de tela que Bruno le entregaba, se vendó los ojos. No le quedaba otra si no quería que Penelope lo hiciera.

Mientras todos se cubrían los ojos, Lidia observaba fijamente la grieta que una y otra vez intentaba abrirse ante ellos. Su mirada y la de Gaúl conectaron de nuevo, y ella le hizo saber lo que iban a hacer.

Por primera vez en aquel odioso día, Gaúl sonrió al entender el mensaje de su amiga. No importaban los latigazos que el tal Dimas le diera en la espalda. Había conseguido su propósito y se sintió feliz por ello.

Una vez Penelope comprobó que todos se habían tapado los ojos con las telas, avisó a Bruno y a Lidia y, con una facilidad pasmosa, abrieron una grieta en la parte de atrás del Túmulo.

Con celeridad, Bruno guio a las gentes a través de ella y, justo cuando salía el último y la rendija se cerraba de nuevo, Gaúl la abría por su lado para Dimas Deceus.

El silencio del Gran Pantano los envolvió entonces. Sólo se oían sus respiraciones aceleradas, pero los dantescos sucesos de aquel mágico lugar no se hicieron esperar.

De pronto, tentadores cantos de sirena llegaron a los oídos de los hombres intentando atraerlos para hacerse con sus almas, y pequeñas voces de niños pidiendo ayuda consumieron las entrañas de las mujeres.

Ruidos fieros, de lucha, angustia y agonía los asustaban, pero todos continuaron su camino sin soltarse de las manos. Podían oír pero no ver, lo que les facilitaba el camino. Si en algún momento alguno se soltaba de la mano de otro, las almas perdidas del pantano o sus miserias los agarrarían y tirarían de ellos hasta acabar con su vida.

Fenton iba cogido de la mano de Tharisa. De pronto, la enana tropezó. Sin poder evitarlo, las manos de ambos se soltaron y, justo cuando el hombre iba a quitarse la venda de los ojos, dispuesto a defenderse de los cientos de voces e insultos que oía a su alrededor, la mano suave de una mujer lo agarró.

—Sigue tu camino —dijo ésta—. Yo sigo aquí —y volvió a juntar la mano de la enana con la de él.

Fenton se paralizó. Había tocado las manos de su amada Penelope. Su tacto, su suavidad hicieron que su corazón palpitara como hacía mucho que no sentía y, al volver a tener la mano de

la pequeña enana en la suya, la agarró con fuerza y continuó su camino. Debía seguir. Por él. Por ella. Por toda aquella gente.

Lidia silbó entonces y al instante vio aparecer a *Dracela*.

—Estoy aquí, jefa —dijo la dragona.

—*Dracela*, cuánto me alegro de verte —sonrió ella emocionada.

La dragona, ajena a todo lo que estaba ocurriendo, murmuró:

—Tengo malas noticias. Ni Gaúl ni los guerreros están en el refugio del…

—Lo sé —asintió Lidia con pesar. Y, sin tiempo que perder, agregó—. Risco abre la comitiva. Entre los dos, guiad a esta gente hasta la Gran Cascada y esperadnos allí. Dimas y su ejército están en el interior del Túmulo y tienen a Gaúl y a nuestros hombres.

—Oh, Dios mío —balbuceó *Dracela* preocupada.

—Penelope, Bruno y yo nos quedaremos aquí —prosiguió Lidia—. Gaúl abrirá una grieta para que salgan al Gran Pantano de nuevo, y entonces, sin duda, Dimas y sus hombres morirán.

—De acuerdo —asintió la dragona. En el acto, se volvió y gritó con su voz rotunda—: Continuemos, amigos, ya queda poco.

Fenton, que había oído la conversación entre la cazarrecompensas y la dragona, se inquietó. ¿Cómo dejar a su mujer? Por ello, no lo dudó, e intentando soltarse de la mano de la enana, declaró:

—Yo os acompañaré. Sé luchar, y mi ayuda os será de utilidad.

Al oír al hombre encapuchado que apenas si había abierto la boca en aquellos días, Lidia lo tomó rápidamente de la mano y repuso:

—Me alegra saber que quieres ayudarnos, pero la crueldad del Gran Pantano podrá contigo. Más que una ayuda, serás un estorbo. Sigue con el resto…, será lo mejor.

Sin embargo, el hombre no estaba dispuesto a darse por vencido y, apretándole la mano, murmuró mientras se quitaba la venda de los ojos y veía a su alrededor cientos de almas incandescentes flotar junto a todos los que llevaban los ojos tapados:

—Soy un guerrero y nunca rehuiré la lucha.

Lidia lo miró y él afirmó juntando la mano de la enana con la del hombre que estaba a su lado:

—Nunca he sido un cobarde y ahora no lo seré. Confía en mí.

Al ver que Fenton se había soltado de la mano de Tharisa, Bruno corrió hacia él cuando lo oyó decir:

—Dudo mucho que el Gran Pantano pueda encarnizarse más conmigo. Dimas Deceus me ha arruinado la existencia. Me ha robado todo lo que fui. Ha conseguido que desee morir cada instante del día, y ahora yo sólo deseo verlo morir a él, aunque sea lo último que vea en mi miserable vida.

Lidia se dispuso a replicar:

—Pero…

—No —la cortó él—. No tengo por lo que vivir. Déjame ayudaros y moriré feliz.

Conmovida por la crueldad y la sinceridad de sus palabras, la guerrera apretó la mano del encapuchado.

—Al menos —repuso—, y ya que no veo tu rostro, si vas a luchar a mi lado me gustaría saber cuál es tu nombre.

—Su nombre es… —comenzó a decir Bruno, que lo había oído todo.

—Freman… —lo interrumpió él—. Mi nombre es Freman.

Penelope llegó entonces hasta ellos y, al ver al encapuchado con sus dos amigos, inquirió:

—¿Qué hace él aquí?

Pero ninguno pudo responder, ya que de pronto una luz proveniente del Túmulo les hizo saber que Gaúl iba a abrir la grieta para salir.

Sin tiempo que perder, los dos hombres y las dos mujeres se ocultaron tras unos enormes árboles del Gran Pantano. Enseguida vieron a Dimas Deceus aparecer por la grieta junto a sus guerreros.

Tras avisar a Mauled y a los suyos de que cerraran los ojos, Gaúl selló de nuevo la grieta. Entonces, al ver el Túmulo cerrado, Dimas miró al guerrero y, tirando de él, siseó:

—Dame esa llave si no quieres que te arranque la cabeza.

Seguro de que ahora todo jugaba a su favor, Gaúl lo retó:

—Quítamela si puedes.

De pronto se oyó un grito desgarrador. Uno de los soldados de Dimas era rodeado por cientos de almas incandescentes de color verde y, antes de que nadie pudiera reaccionar, el hombre se convirtió en piedra e instantes después se deshizo ante ellos.

Los guerreros, asustados, comenzaron a chillar cuando vieron que de las aguas pantanosas salían miles de almas errantes que los rodeaban sin piedad.

Penelope, Bruno y Fenton, espada en mano, fueron enfrentándose a los guerreros que corrían aterrados hacia ellos. Aunque se merecían morir lentamente, la crueldad no iba con ellos, por lo que clavaban su espada en ellos en cuanto éstos se cruzaban en su camino.

Dimas Deceus miró entonces con horror a Gaúl.

—¿Qué has hecho, bastardo? —rugió—. ¡¿Qué has hecho?!

—¡Ni más ni menos que darte tu merecido! —gritó Lidia.

Al oír su voz, Gaúl la buscó con la mirada y renqueó hacia ella. Una vez se reencontraron, se fundieron en un sentido abrazo.

—¿Estás bien? —preguntó ella preocupada.

Gaúl asintió sin apenas fuerzas. Se encontraba mal. Fatal, de hecho. Pero había salvado su vida y la de sus hombres.

—He estado mejor, jefa, no te voy a engañar —se apresuró a responder—. Pero ahora debemos tapar con algo los ojos de Mauled y de los demás antes de que la tentación haga que los abran.

Sin embargo, Bruno y Penelope, ayudados por el hombre encapuchado, ya se estaban ocupando de ello. Una vez tuvieron todos los ojos vendados, Penelope los agarró de la mano y los llevó hasta un árbol.

—Mauled —dijo—, no os mováis de aquí hasta que regresemos, ¿de acuerdo?

—Aquí estaremos, Penelope. Confiamos en vosotros.

Lidia y Bruno llevaron hasta el árbol a Gaúl. Apenas si podía andar, y Penelope, al volverse,

vio cómo varias almas incandescentes acechaban al hombre encapuchado y tiraban de él mientras éste se encogía con brusquedad. Sus miedos, sus frustraciones, sus vivencias se enzarzaban con él, y eso podía matarlo. Sin tiempo que perder, agarró al hombre de la mano y le espetó:

—Sé que no quieres que te toque, ni que te cure, ni que te vea, pero esta vez te lo digo en serio: o te tapas los ojos tú o te los tapo yo. Tú decides.

Tembloroso y agotado por las visiones rocambolescas que aquellos espíritus le habían mostrado de su pasado y sus miserias, Fenton murmuró con voz ajada:

—Yo… yo… me los taparé.

Ella asintió y, tras entregarle un trozo de tela, él mismo se vendó los ojos. A continuación, Penelope agarró su mano con fuerza y lo condujo hasta el lugar donde estaba el grupo. Al llegar, observó horrorizada el feo golpe que Gaúl tenía en la cabeza y que Bruno le curaba como podía.

A cada instante más furiosa por todo el mal que aquel villano había causado a las personas que quería, Lidia declaró:

—Dimas debe morir.

Penelope asintió con gesto fiero y, mirando a un agotado Gaúl, dijo sacándose la espada del cinto:

—Por fin podré vengar el sufrimiento de mi marido y otras muchas personas inocentes.

Fenton se disponía a replicar, pero Gaúl se le adelantó:

—He de vengar a mi amor.

Lidia lo miró y, tras cruzar una mirada con Bruno, dijo:

—Nosotras nos ocuparemos de él. —Y mirando a Gaúl sentenció—: Tranquilo, vengaré a mi hermana por ti. Te lo prometo.

Las dos mujeres se miraron decididas y, seguidas de cerca por Bruno, se dirigieron hacia el lugar donde estaba aquel malvado.

Dimas Deceus era atormentado por miles de almas mientras se retorcía y gritaba como un loco con los ojos fuera de sus orbitas. Su maldad, aquella maldad que durante años había hecho sufrir a tanta gente, por fin se había vuelto contra él, y la venganza estaba asegurada.

Una venganza que lo mataría sin necesidad de que Lidia o Penelope movieran un dedo. Pero no. Ansiaban acabar con su vida como él había hecho con sus seres queridos, y lo harían.

Durante unos instantes lo vieron sufrir, hasta que Lidia gritó antes de clavar su espada en su cuerpo cuatro veces seguidas:

—¡Esto es por mi madre, por mi padre y por mi hermana! ¡Y ésta es por Gaúl! Acabaste con la vida de su amada y ahora nosotras ponemos fina a la tuya. —Dimas gritó y Lidia siseó—: Deseo que te pudras en el infierno, maldito hijo de perra, y espero que mi vida se llene de paz ahora que sé que tú has desaparecido de ella y de la de todo el mundo.

El cuerpo de Dimas cayó hacia un lado. Entonces Penelope, deseosa de que llegara su turno, se acercó hasta él y, tras levantar el mentón y la espada, gritó con voz temblorosa apuntando directamente a su corazón:

—¡Con esto vengo a mi amado marido Fenton Barmey! Me lo arrebataste de mi lado y…

De pronto, una fuerte mano sujetó la suya con fuerza. Cuando se giró, Penelope vio que la sujetaba el hombre encapuchado y, antes de que pudiera siquiera protestar, él se retiró la capucha

y, ante la expresión de sorpresa de ella, dijo:

—No lo hagas, cariño; déjame a mí.

Penelope parpadeó. ¿Estaba viendo visiones a causa del Gran Pantano? Pero al ser consciente de que no, de que aquél era el hombre que le había robado el sueño todas las noches, sólo pudo susurrar:

—Fenton…

Sin tiempo que perder, el aludido, al que la fuerza de su esposa le había hecho recordar que él era Fenton Barmey, el gran guerrero, clavó su espada en el pecho de Dimas Deceus y siseó:

—Nada de lo que me hayas hecho a mí puede compararse con el sufrimiento que le has hecho vivir a mi mujer. Muere, maldito hijo de perra. Muere y viviremos en paz.

El alarido atronador de las miles de almas a las que Dimas había quitado la vida resonó entonces en el Gran Pantano cuando Fenton le hincó la espada en el corazón.

El cuerpo del villano comenzó a retorcerse con un sufrimiento terrible delante de ellos pero, a diferencia de los otros guerreros, no se consumió. Las almas de los miles de caídos se lo llevaban al mundo oscuro para encargarse de que sufriera eternamente.

Cuando la quietud llegó de nuevo al paraje sólo se oyó el resuello de todos ellos. Lo vivido no había sido agradable, pero había sido necesario para encontrar la paz que necesitaban y asegurar un futuro al mundo en el que vivían.

Aún conmocionada por lo que había descubierto, Penelope, sin poder apartar la mirada del hombre al que amaba y al que había buscado incansablemente, pestañeó y musitó:

—Fenton…

Él asintió pero, horrorizado al ver cómo ella lo miraba, volvió a ocultarse tras la capucha.

Lidia y Bruno observaban en silencio a su amiga, que temblaba.

Penelope lo entendió todo en el acto, comprendió por qué su esposo se había ocultado de ella todo aquel tiempo. Fenton se avergonzaba de su rostro.

Durante varios segundos nadie se movió, hasta que Penelope dio un paso hacia él, levantó las manos y volvió a retirar su capucha para mirarlo.

Ante ella tenía al hombre que amaba, al que deseaba, y al que había buscado incansablemente durante meses. Y lo mejor era que ¡estaba vivo! Por ello, sonriendo como llevaba tiempo sin hacerlo, declaró con un hilo de voz y los ojos llenos de lágrimas:

—Cariño…, pensé que nunca volvería a verte.

Fenton, conmovido, no se apartó, y ella acercó entonces sus labios a la cicatriz de su rostro, que terminaba en la comisura de su boca, y la besó. Al sentir sus dulces labios sobre su piel, el hombre se echó a temblar. Ni en sus mejores sueños habría imaginado ser recibido así.

—Sabía que nunca me dejarías —añadió Penelope—, y has de saber que tampoco yo lo haría nunca.

Él la miró. Apenas podía creer que aquella lo retuviera entre sus brazos y, cuando instintivamente se puso una mano sobre su cicatriz, ella se la retiró y dijo con los ojos llenos de ternura y amor:

—Te quiero, Fenton. Sólo tú eres el amor de mi vida.

Durante varios minutos ambos se miraron, mientras ella lo besaba, lo mimaba y le susurraba

cuánto lo amaba y lo necesitaba. Sus palabras, las dulces palabras de Penelope, eran el bálsamo que él necesitaba para volver a tener la seguridad que siempre había tenido en sí mismo. Ella seguía viéndolo como a su marido, como el hombre apuesto y valiente que había conocido. No le importaba su apariencia, sólo lo quería a él, y finalmente eso derribó sus defensas y Fenton la abrazó.

Bruno sonrió y, posando una mano sobre el huesudo hombro de aquel hombre, murmuró:

—Ella es tu destino, amigo. Te dije que nada haría más feliz a Penelope que tenerte de nuevo junto a ella.

Fenton, emocionado, asintió.

Apenas tenía fuerzas para hablar, pero tenerla entre sus brazos en ese momento era lo mejor que le había ocurrido en la vida.

Emocionada y liberada de la carga que había llevado durante años por la muerte de su familia, Lidia se alejó de Penelope y de su recién recuperado marido y agarró con fuerza de la mano a Bruno para llevarlo hacia el lugar donde estaban Gaúl y el resto de los hombres.

—¿Sabías que era Fenton? —le preguntó.

—Sí.

Asombrada, insistió:

—¿Lo sabías y no me lo habías dicho?

Bruno Pezzia, feliz porque todo hubiera acabado finalmente y Dimas hubiera recibido su merecido, sonrió y cuchicheó apretándole la mano:

—Fierecilla…, aún te queda mucho por aprender sobre mí.

Lidia rio. Sin duda Bruno la había vuelto a sorprender. Y, tras darle un rápido beso en los labios que a ambos los hizo sonreír, se volvió de nuevo hacia Penelope y Fenton, que se besaban.

—Venga, tortolitos —los apremió—. Salgamos del aquí y vayamos a la Gran Cascada a dar la buena nueva a los demás. Creo que por primera vez en muchos años todos tenemos muchas cosas que celebrar.

Penelope y Fenton se miraron y asintieron. El mundo en el que vivían seguía plagado de villanos a los que seguramente tendrían que enfrentarse en un futuro. Pero ellos se habían reencontrado, y lucharían porque nadie volviera a separarlos jamás.

©Archivo de la autora

Megan Maxwell es una reconocida y prolífica escritora del género romántico. De madre española y padre americano, ha publicado novelas como *Te lo dije* (2009), *Deseo concedido* (2010), *Fue un beso tonto* (2010), *Te esperaré toda mi vida* (2011), *Niyomismalosé* (2011), *Las ranas también se enamoran* (2011), *¿Y a ti qué te importa?* (2012), *Olvidé olvidarte* (2012), *Las guerreras Maxwell. Desde donde se domine la llanura* (2012), *Los príncipes azules también destiñen* (2012), *Pídeme lo que quieras* (2012), *Casi una novela* (2013), *Llámame bombón* (2013), *Pídeme lo que quieras, ahora y siempre* (2013), *Pídeme lo que quieras o déjame* (2013), *¡Ni lo sueñes!* (2013), *Sorpréndeme* (2013), *Melocotón loco* (2014), *Adivina quién* soy (2014), *Un sueño real* (2014), *Adivina quién soy esta noche* (2014) y *Las guerreras Maxwell. Siempre te encontraré* (2014), además de cuentos y relatos en antologías colectivas. En 2010 fue ganadora del Premio Internacional Seseña de Novela Romántica, en 2010, 2011 y 2012 recibió el Premio Dama de Clubromantica.com y en 2013 recibió el AURA, galardón que otorga el Encuentro Yo

Leo RA (Romántica Adulta).

Pídeme lo que quieras, su debut en el género erótico, fue premiada con las Tres plumas a la mejor novela erótica que otorga el Premio Pasión por la novela romántica.

Megan Maxwell vive en un precioso pueblecito de Madrid, en compañía de su marido, sus hijos, su perro *Drako* y sus gatas *Julieta* y *Peggy*.

Encontrarás más información sobre la autora y sobre su obra en:

<www.megan-maxwell.com>.

Ella es tu destino
Megan Maxwell

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Megan Maxwell, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2015

ISBN: 978-84-08-13656-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte